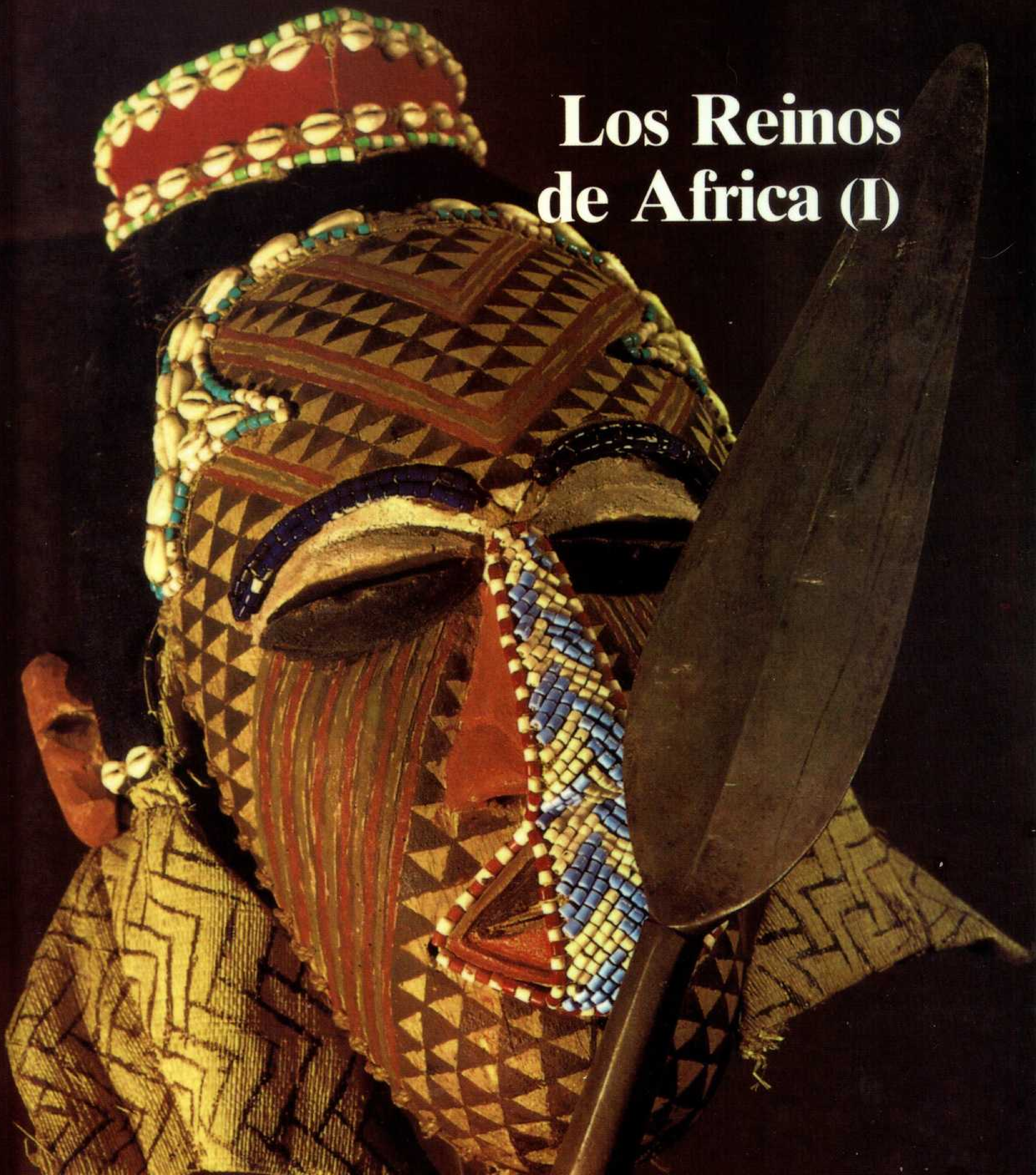
ORIGENES DEL HOMBRE



Los Reinos de Africa (I)

43

folio

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Reinos de África (I)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Peter Garlake

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 Barcelona

© Equinox (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., (9-1-1995)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-981-9 (volumen I)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-10694-94
Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN I

Prefacio 6

Introducción 7

Capítulo primero:
El carácter de África **15**

Capítulo segundo:
Conceptos de África **35**

Meroe y Aksum **51**

Capítulo tercero:
Poblados y agricultores **57**

Arquitectura tradicional **75**

Prefacio

Los reinos de África, con sus muchas formas diferentes, son difíciles de categorizar en términos occidentales convencionales. Poseen sus propias características. La gente era siempre más importante que la tierra. Con frecuencia el orden era asegurado casi tanto a través de fuerzas espirituales y mágicas como a través de la fuerza militar. El poder no siempre descansaba sobre una autoridad única. Una variada gama de instituciones –como conjuntos de edades y sociedades secretas– establecían lealtades de familias, clanes y linajes que han sobrevivido desde tiempos primitivos. Cumplen con la necesidad de integrar a una gente que no ha compartido lazos de sangre dentro de una sola comunidad.

Los reinos africanos muestran una gran continuidad con el pasado. Sus raíces se hunden profundamente en la historia, en los primeros poblados del continente. Muchos linajes han retenido el prestigio y el poder que ganaron en las comunidades de los poblados primitivos y han formado las jerarquías de los nuevos reinos. Las instituciones se desarrollaron como respuesta a tensiones o incentivos muy diferentes dentro de una sociedad dada. A menudo se adaptaban a las nuevas circunstancias o eran abandonadas. Ningún reino permanecía sin cambios. Así, no existe una polaridad entre sociedades con y sin estado en África. Del mismo modo, no existe ningún abismo entre estados «primarios» y «secundarios». Tales términos tienen escaso significado.

Los reinos nacieron de muchas formas diferentes. Algunos grupos consiguieron el poder porque habían actuado como mediadores entre elementos en conflicto. Fueron jueces en disputas; intermediarios en tratos con comerciantes extranjeros; árbitros entre agricultores y pastores o mineros y mercaderes. Algunos reinos prosperaron a través de su control del comercio a larga distancia: los primitivos imperios de Ghana y Mali, en la sabana africana occidental, fueron intermediarios entre los mineros del bosque y los mercaderes del Norte de África. Los estados alrededor de los Grandes Lagos del África Oriental reflejan varios medios de reconciliar los intereses en conflicto de los pastores y los cultivadores de cereales. Muchos grupos alcanzaron el poder a través de la propiedad o el control del ganado. Entre el pueblo chewa de Malawi y el pueblo mbundu de Angola, puede rastrearse el proceso por el cual los especialistas religiosos se volvieron políticos. El reino de Kongo, al norte de Angola, creció como un centro de redistribución donde los productos del bosque tropical podían intercambiarse con los de las praderas. Creció poderoso gracias a la riqueza y la especialización generadas por su comercio interno.

En el intento de rastrear algunos de estos temas a lo largo del tiempo, concentrándonos particularmente en las evidencias de la arqueología, ha habido que omitir algunos reinos. Egipto ha sido ya el tema de un libro separado de esta serie. Meroe, el reino del Nilo Superior, tuvo sus orígenes en el Egipto faraónico. La influencia egipcia fue dominante y caló muy hondo. Su contenido africano es visible tan sólo en algunos elementos estilísticos de la arquitectura y la cerámica. La extensión de su influencia tecnológica y política sobre el resto de África, manifestada por la extensión del trabajo del hierro o formas particulares de reinado, es aún tema de debate. Aksum, en las tierras altas etíopes del norte, heredó el poder de Meroe. Sus orígenes se remontan a fuera de África –al sur de Arabia–, y su influencia sobre las tierras del sur fue insignificante. Los monumentos de Meroe y Aksum son demasiado espectaculares para no ilustrarlos aquí, pero su papel en el desarrollo de los reinos del resto del continente fue con toda probabilidad periférico.

Este estudio se concentra en la información derivada de la arqueología. En consecuencia, algunos estados no son examinados aquí simplemente porque jamás se ha emprendido ningún trabajo arqueológico en sus territorios. Alrededor de los bordes meridionales de los bosques ecuatoriales estaba el reino de Kongo, los estados de Mbundu, Lubu y Lunda y, en el este, Ruanda y Burundi. Ninguno de sus yacimientos ha sido excavado todavía. En África Occidental, los reinos de Oyo, Dahomey y Asante y las ciudades-estado islámicas al norte siguen también sin tocar.

La contribución de la arqueología a la comprensión del desarrollo de los reinos africanos ha sido en buena parte indirecta. Los estudios relativos al origen del hombre y a la Edad de Piedra en África han ocupado las cabeceras de los periódicos de todo el mundo. Los trabajos sobre períodos posteriores han sido mucho más aislados y fragmentarios.

Muchos arqueólogos en África tienen que reconocer todavía las complejidades y riquezas de las sociedades que están estudiando o diseñar programas de investigación que eluciden los elementos dispersos dentro de una sociedad y la forma en que interactúan entre sí para modelar la economía y su desarrollo. Porque es muy frecuente en el funcionamiento interno de una sociedad que se generen cambios. Como un reflejo de esta comprensión, los historiadores de África están dirigiendo ahora su atención a los estudios de los procesos sociales y económicos, a fin de buscar una comprensión de los orígenes de muchos de los problemas de África, como los del subdesarrollo y la pobreza rural. Estas nuevas perspectivas estimularán enormemente la investigación arqueológica, porque son intereses que de hecho puede abordar con facilidad la arqueología. Lamentablemente, buena parte de la gran masa de datos arqueológicos hoy disponibles de los reinos africanos fue reunida en excavaciones hechas por arqueólogos con preocupaciones muy distintas. En consecuencia, resulta frecuentemente difícil situarlos o interpretarlos dentro de los nuevos esquemas. A menudo tienen poca relevancia con respecto a los nuevos problemas. Éste es pues un informe de una disciplina que apenas empieza a buscar nuevas direcciones y a enfocarse en nuevos intereses. El proceso de desarrollar métodos para alcanzar estas nuevas metas apenas ha comenzado. Ciertamente, lo mejor aún tiene que llegar.

Introducción

Si observamos los avances arqueológicos más significativos en África a lo largo del período transcurrido desde que este libro fue publicado por primera vez, se hace evidente un impulso unificador. Es el creciente reconocimiento de la autonomía, creatividad y dinamismo innovador de las sociedades indígenas locales. Estas cualidades emergen a cada nivel tecnológico, económico y social a medida que las sociedades han reconocido y han respondido, a través de elecciones y decisiones racionales conscientes, a los desafíos y oportunidades de nuevas tierras, recursos, productos y tecnologías, y a los cambiantes modelos de precipitaciones, vegetación y fauna. Esto lo han puesto en evidencia arqueólogos que han diseñado sus estrategias y sus programas de investigación al nivel de regiones ecológicas completas y han intentado estudiar toda la gente, recursos y asentamientos en estas regiones en vez de concentrarse exclusivamente en un único lugar, por importante que sea. Las viejas suposiciones implícitas de que los africanos fueron a lo largo de las eras pasivos receptores de nuevos productos y tecnologías, que los desarrollos fueron impuestos a las sociedades por agentes y agencias externos, casi han desaparecido. Los cambios representan una variación general del punto de vista, una nueva forma de pensar acerca del pasado y acerca de la sociedad. Se anunció en este libro, pero las formas en que iba a abrirse camino a través de todos los aspectos del estudio de la prehistoria no podían predecirse entonces.

Esta variación general del punto de vista es evidente en los estudios de todas las regiones y períodos: en los estudios de los cazadores y forrajeadores de la Edad de Piedra tardía por todo el continente hasta los intensos estudios de los grupos san en el Kalahari; de los primeros pastoreadores del Sáhara y el Sahel por parte de Fred Wendorf y Andrew Smith; de los primeros agricultores en la parte oriental de África por parte de Stanley Ambrose y Peter Robertshaw y en las costas orientales del lado sur de África por parte de Tim Maggs y Martin Hall; de los asentamientos y la rápida ascensión a la posteridad de los nuevos colonos en los difíciles márgenes del desierto del Kalahari en Botswana por parte de Jim Denbow; de los asentamientos en las altas praderas interiores de África del Sur por parte de Tim Maggs; de la economía y la dinámica política internas de los estados en Zimbabwe y Mozambique por parte de Graeme Barker y yo mismo. Roderick y Susan McIntosh han investigado la gran y virtualmente recién descubierta antigua ciudad de África Occidental de Jeenne-Jeno y sus muchos asentamientos dependientes en la llanura de aluvión del delta interior del Níger y han revolucionado nuestra interpretación de la ascensión y la naturaleza de las ciudades no sólo en la parte occidental de África sino en todo el mundo. Los historiadores han seguido el ejemplo y han empezado a explorar la dinámica autónoma interna que desarrolló y sostuvo las ciudades saharianas como Audaghost. A lo largo de la costa de África Oriental, los estudios y excavaciones de asentamientos hechos por Mark Horton y Thomas Wilson han proporcionado una firme base hasta sus orígenes en la sociedad africana local y han demostrado que hubo florecientes intereses con amplios contactos comerciales mucho antes de que sintieran el impacto del Islam.

Los estudios sobre las innovaciones tecnológicas han progresado menos espectacularmente, pero nuestra comprensión de sus implicaciones para el desarrollo y sus consecuencias se ha profundizado. Existe el reconocimiento cada vez mayor de que casi todos los desarrollos fundamentales tuvieron probablemente lugar dentro del continente. Se ha sugerido una nueva y convincente relación entre el trabajo del hierro y el desarrollo de la agricultura, estableciendo la necesidad de tener herramientas cortantes de metal para segar los cereales y granos domesticados como el sorgo.

Los prehistoriadores son hoy en día mucho más conscientes de lo importantes que son para la comprensión del pasado los estudios acerca de cómo la dinámica interna, las estructuras, las instituciones y las creencias que conducen a la riqueza y el poder se concentran en manos de unos pocos, acerca de las formas en que se ejercieron el control y la coerción para mantener la estabilidad y la permanencia del estado. Sin embargo, buena parte del trabajo en este campo permanece al nivel de la generalización especulativa y se basa en la imposición de modelos generados externamente, a menudo neomarxistas, con pocas evidencias detalladas que los apoyen.

De todos modos, ha habido un reconocimiento mucho más amplio del papel, destacado en las páginas siguientes, que representó el control sobre los crecientes rebaños de animales en todo el sur de África en la ascensión de linajes, jefes y reyes y en el desarrollo de estados como el Gran Zimbabwe y sus muchos vecinos en Zimbabwe, Mozambique, el valle de Limpopo, Botswana y el veld alto del sur. El ganado es reconocido hoy en día como un medio primario de expresar y mediar las transacciones de propiedad, patronazgo, clientela, herencia, matrimonio, tributo y sacrificio, y ley. Pero cómo funcionaba exactamente es algo que todavía discernimos de forma confusa, y sigue confiándose demasiado y de una forma peligrosa en los recientes análogos antropológicos.

A medida que se acumula el conocimiento detallado de muchos más yacimientos y crece el reconocimiento de las respuestas creativas de cualquier comunidad a su situación, muchas de las antiguas y nítidas distinciones se desvanecen y desenfocan en su significado. Categorías tales como la Edad de Piedra tardía, la Edad de Hierro primitiva y tardía, pierden sus identidades separadas y buena parte de su significado. Pueden seguir siendo útiles como abreviatura descriptiva o mapas útiles, pero pueden convertirse en restrictivas como conceptos. Los grupos basados en formas comunes de cerámica ya no tienen la misma clara definición y muchos parecen arbitrarios. Las distinciones entre cazador, pastoreador, agricultor y artesano se vuelven también difíciles de sustentar. El cazador se convierte en pesca-

dor, construye poblados semipermanentes junto a lagos y ríos y recoge cereales silvestres de una forma habitual e intensiva. El pastoreador planta cereales tras una buena lluvia y caza cuando sus rebaños disminuyen a causa de la enfermedad o la sequía. Los cultivadores desvían sus energías hacia criar rebaños en nuevos entornos.

Poblados y agricultores. El concepto de una «civilización acuática» pansahariana, basado en la amplia presencia de un método distintivo de decorar la cerámica y la presencia de arpones de hueso, fue considerada ya engañosa en la primera edición de este volumen. Quizá sea el mejor ejemplo de «la insensatez de las afirmaciones excesivamente generalizadas» que han confundido la prehistoria africana y que hoy en día han sido categóricamente desechada. Esto es especialmente cierto en el África Oriental, donde las conexiones acuáticas saharianas se basaron en evidencias particularmente inadecuadas de restos cerámicos aislados.

Lo que pareció una de las más convincentes demostraciones de los cambios fundamentales que surgieron del desarrollo de la agricultura en el Sáhara, la secuencia de Dhar Tichitt de cambios de lugares y tipos de asentamientos en los últimos dos milenios antes de Cristo, ha sido ahora generalmente rechazada. Los distintos asentamientos son vistos hoy como contemporáneos, que reflejan los cambios estacionales en un único sistema de subsistencia del mismo grupo predominantemente pastoreador, que pastoreaba y cazaba en las llanuras en la estación seca y se trasladaba a moradas de piedra permanente al borde de la meseta y cultivaba el mijo durante la estación húmeda.

En el borde de los bosques tropicales de lo que hoy es Ghana se ha establecido una firme continuidad entre los grupos de finales de la Edad de Piedra y los primeros cultivadores, en lugar de la intrusión de nueva gente, a raíz de la reinvestigación de Ann Stahl de Kintampo. Las actuales evidencias de ganado o cosechas domesticados pueden parecer menos ciertas, pero resulta claro como, desde el 1600 a.C., la gente efectuó progresivos ajustes económicos a las oportunidades de la agricultura. El bosque fue limpiado gradualmente, tal como muestran las nuevas especies animales atraídas a los nuevos claros. La gente se asentó; la cantidad y variedad de sus posesiones, en particular la cerámica, creció; se establecieron sistemas de intercambio locales; y las moradas se construyeron más resistentes y duraderas.

La búsqueda de correlaciones entre cerámica y grupos de lenguajes en el Rift Valley central de África Oriental en el primer milenio a.C. y la búsqueda para establecer identidades étnicas y raciales ha sido abandonada en preferencia a los análisis ecológicos detallados de pequeñas áreas. Como consecuencia de ello, Stanley Ambrose ha construido una convincente resolución respecto a la confusión sobre los muchos ensamblajes diferentes de herramientas de piedra y tipos de cerámica de este período en Kenia. Se ha basado no en buscar una única secuencia evolutiva, sino en considerar la forma en que distinta gente explotó los diferentes hábitats del suelo seco y poco boscoso del Rift Valley, las laderas boscosas del valle y las montañas y las praderas abiertas de las tierras altas. Esta variedad permitió a pueblos con muy diferentes economías y estilos de vida coexistir en muy cercana proximidad durante muchos siglos. Las interacciones entre ellos tomaron formas muy diferentes, e ilustran conceptos arqueológicos tradicionales tales como la emigración, la difusión, la asimilación y la transformación económica.

Pueblos que eran predominantemente forrajeadores y que construían un complejo de herramientas de piedra, hoy llamados eburranos, se asentaron en el fondo y los márgenes del valle y adaptaron sus estrategias de caza a los distintos hábitats. Los creadores de las características herramientas de hoja elmenteintana de obsidiana eran predominantemente pastores de cabras que vivían en refugios de roca en las laderas del valle y en grandes asentamientos en las tierras altas. En las praderas pastaba el ganado de los pueblos «neolíticos pastoreadores», de los que había al menos cinco grupos diferentes, a juzgar por su cerámica, y que a menudo vivían juntos en el mismo lugar o lo ocupaban de forma sucesiva. Algunos eran nómadas; otros se asentaban cerca de charcas permanentes.

Todos confiaban en la piedra para sus herramientas y armas; todos fabricaban cerámica; y todos tenían ganado doméstico, aunque el énfasis que ponían en ello variaba de unas cuantas cabras asociadas a yacimientos eburranos a los grandes rebaños de cabras de los elmenteitanos y la a menudo completa dependencia en el ganado de algunos pueblos pastoreadores. Los antepasados de los pastoreadores vivieron en el norte de Kenia durante el segundo milenio a.C., y sus orígenes últimos estaban en las altiplanicies etíopes. El pastoreo es presentado por Peter Robertshaw por encima de todo como un sistema ideológico, en el cual la inclinación cultural hacia los rebaños excede del valor funcional de esa forma de vida, y los rebaños definen la identidad.

Los orígenes y desarrollo inicial del trabajo del hierro en África siguen siendo poco claros. La predicción cuando fue escrito este libro de que los estudios de la tecnología eran la estrategia más prometedora para avanzar en este campo ha demostrado ser correcta. Lo mismo que las dudas expresadas sobre Meroe como fuente de la tecnología del hierro para el África Oriental. Los diseños de hornos y los procesos de fundición en los dos lugares son reconocidos ahora como demasiado diferentes para que haya alguna conexión. Los estudios del desarrollo de la fundición alrededor de Akjoujt y Agades, en lo profundo del Sáhara, los han convertido en excitantes candidatos para una fuente indígena de tecnología del metal. En ambos, el cobre nativo fue fundido durante el segundo milenio a.C. por los pastoreadores del Sáhara. Se fundían menas de cobre en el 800 a.C. y menas de hierro en el 500 a.C. Se sugiere que esto representa una progresiva maestría local y una extensión de la misma tecnología básica. Sin embargo, aunque se hicieron considerables esfuerzos por obtener oro –las fuentes más cercanas estaban al menos a 55 kilómetros de distancia del lugar donde se habían establecido los hornos–, la escala de la producción de cobre sahariana era minúscula: no más de 17 kilos de metal se produjeron en un año, apenas suficiente para las herramientas más diminutas, como agujas o punzones.

En el interior del África Oriental, en las orillas este de Buhaya del Lago Victoria y en Ruanda y Burundi, Peter Schmidt y otros han hallado considerables evidencias de industrias de fundición intensiva del hierro en el 600 a.C.,

que empleaban una sofisticada tecnología y estaban firmemente integradas dentro de las culturas de la Edad de Hierro primitiva de la región. Las tuberías a través de las cuales se introducía el aire en los hornos estaban encajadas dentro de los mismos hornos en la mayor parte de su longitud, lo cual aseguraba que el aire que entraba estaba ya a alta temperatura antes de alcanzar la carga del horno. Así, los hornos alcanzaban altas temperaturas de una forma mucho más eficiente y fácil: una innovación tecnológica que no se desarrolló fuera de África hasta siglos más tarde. La producción de hierro al oeste del Lago Victoria fue temprana, tecnológicamente sofisticada, extensa, especializada y casi industrial. El impacto ambiental de la producción de metal a esta escala, la cantidad de madera dura que tuvo que ser talada y quemada para producir el carbón, y la devastación que todo esto causó, han sido puestas de relieve en áreas muy diferentes. Esto puede que tuviera algunos efectos positivos, puesto que convirtió bosques en pastos que permitieron a los rebaños multiplicarse, pero también obligó a frecuentes movimientos de las comunidades.

El trabajo más significativo a lo largo de los últimos 15 años en la agricultura de la Edad de Hierro primitiva ha tenido lugar en Sudáfrica. También se ha basado en intenso estudios y profundos análisis de unidades ecológicas completas. En la costa de Natal, en los siglos III y IV d.C., se establecieron pequeños poblados efímeros en las granjas de la pradera abierta al pie del largo y estrecho cordón de antiguas dunas, por entonces cubiertas de densos bosques. Las evidencias de trabajo del hierro o agricultura son extremadamente ligeras, y no hay ninguna indicación de que quienes se asentaron allí tuvieran animales domesticados. Los mariscos eran su única fuente de proteínas. En esto, así como en su organización social y calidad de vida, hay muy poco que distinga a los primeros agricultores del sur de sus contemporáneos de la Edad de Piedra. Su cerámica, sin embargo, no deja ninguna duda acerca de su clasificación arqueológica.

En Natal se han hallado más de 150 poblados del siglo VII, algunos de los cuales albergaron a varios cientos de personas. En marcado contraste con los primeros asentamientos, todos se hallan tierra adentro, sobre suelo fértil, a lo largo de los profundamente cortados valles fluviales a los pies de las colinas de la alta meseta interior: una buena evidencia de que eran predominantemente granjeros. Cabras u ovejas no eran la fuente principal de carne. Sólo en el siglo XIX se había despejado tierra suficiente para abrir un sustancioso territorio para pastos y permitir mantener un ganado en número significativo.

La creciente madurez de la prehistoria africana queda mejor ilustrada en las reevaluaciones del papel de las migraciones externas en el establecimiento de la temprana Edad de Hierro en las partes oriental, central y meridional de África. La última generación de prehistoriadores estaba preocupada por el origen y la difusión de la Edad de Hierro, concebida como un paquete preensamblado de rasgos que incluían raza, lengua, formas de cerámica distintivas, trabajo de los metales, ovejas y cabras domesticadas, ganado y cosechas. Esto representaba necesariamente una migración de pueblos de una región en particular en un tiempo en particular. El esquema de Phillipson de una sucesión de flujos distintos de emigrantes, descrito en los capítulos que siguen, fue la culminación de este enfoque. Desde entonces ha sido ligeramente refinado, mientras que Thomas Huffman presentaba interpretaciones alternativas a las rutas tomadas por los inmigrantes.

Ahora es posible argumentar que nunca tuvo lugar ninguna migración a esta escala. Ciertamente, la naturaleza de los movimientos, si los hubo, es vista ahora de una forma mucho más realista, y nadie sugiere ya que la Edad de Hierro fue introducida con una sola «enorme y rápida colonización». Más bien representa la filtración casi al azar de pequeños grupos, que fueron extendiendo inconscientemente las fronteras de la agricultura a medida que buscaban las pocas y pequeñas bolsas de nueva tierra que su frágil e incierta tecnología y economía podría traer a la producción para complementar la más antigua y más segura vida del forrajeador.

Casi todos los conceptos subyacentes a las teorías de la emigración han sido actualmente cuestionados. A medida que se desenmaraña el paquete y sus componentes son examinados de forma individual, su contemporaneidad se vuelve cuestionable. Ya no se ve la raza como una categoría útil, y ciertamente no una a la que puedan asignarse los huesos de individuos aislados. En la actualidad el interés se centra en el acervo genético y en el cruce de las poblaciones. Las relaciones del lenguaje ya no son vistas como el resultado de una secuencia evolutiva de progresiva diferenciación, sino como una compleja, cambiante y posiblemente impenetrable red de relaciones marcada tanto por convergencias como por divergencias. Las divisiones étnicas son reconocidas como invenciones a menudo recientes, arbitrarias, incluso coloniales, con poco significado o importancia histórica. Las formas de cerámica ya no son tomadas como algo que simplemente se equiparaba a las culturas tribales. Los cambios en estas formas se correlacionan tan bien o incluso mejor con cambios en la organización artesana, grados de especialización, intensidad de producción y variaciones de, por ejemplo, la producción especializada para el intercambio a la producción intermitente en el hogar para consumo puramente doméstico. Los cambios en el énfasis económico, incluso el crecimiento de los rebaños, pueden y de hecho reflejan cambios en la organización social, sistemas de parentesco y herencia, y conceptos de propiedad. Los arqueólogos han perdido hoy interés en las generalizaciones amplias que marcaban las teorías de la migración. Ahora buscan comprender su propio material más plenamente y por derecho propio antes que efectuar fáciles correlaciones con conceptos pobremente comprendidos de lingüistas o antropólogos físicos.

Los orígenes de la primitiva Edad de Hierro requieren mucha más investigación, y más sofisticada; el debate sobre la naturaleza de la discriminación que esto representa aún prosigue. Por otra parte, las continuidades locales entre ella y la Edad de Hierro tardía son hoy tantos, tan fuertes y tan variados, que muy pocos arqueólogos siguen buscando distantes orígenes para la última a fin de explicar nada de ello en términos de movimientos de población.

Minas y cortes en el sur. Cuando este libro fue publicado por primera vez, el primitivo desarrollo de complejas socie-

dades jerárquicas, que vivían en grandes ciudades bajo el control centralizado de una rica minoría con ganado que tenía un papel importante en las relaciones económicas, sociales y políticas, se situó en las secas tierras de pastos de Matabelé, en la parte sudoeste de Zimbabwe, en el siglo XI. Hoy en día la forma en que se desarrollaron estas sociedades puede rastrearse con convincentes detalles hasta lo que por aquel entonces parecía un área de lo más improbable: el nordeste de Botswana.

A lo largo del borde oriental del desierto del Kalahari, el monótono territorio llano y abierto, cubierto de arbustos espinosos y hierba y roto por aisladas colinas de piedra arenisca de cima plana, tiene menos lluvia aún y una vegetación más escasa que su vecino occidental, Matabelé, la región del ganado de Zimbabwe. Los cultivos, incluso de las cosechas indígenas de cereales resistentes a la sequía y de maduración rápida, son arriesgados. Hoy es el núcleo de los tradicionales propietarios tswana de ganado y su economía casi feudal, con pastores clientes guardando sus rebaños durante buena parte del año y puestos ganaderos lejos de las vastas ciudades tradicionales donde viven sus propietarios. En los años 1970 se sabía tan poco de la prehistoria de esta parte del subcontinente que se suponía que hasta muy recientemente no había sido más que los terrenos de caza de los forrajeadores nómadas san. Ahora, un programa de investigación ha descubierto más de 250 asentamientos de la Edad de Hierro ocupados entre los años 600 y 1300 d.C., hogar de una única sociedad, cuya cerámica establece unos lazos culturales muy próximos con sus contemporáneos granjeros a pequeña escala de la Edad de Hierro primitiva a lo largo de todo Zimbabwe.

Los asentamientos se centraban alrededor de los corrales de ganado. El estiércol de los corrales, secado y quemado a lo largo de los siglos, anima a un tipo de hierba tan característico que los yacimientos pueden identificarse mediante fotografías aéreas. Los asentamientos varían considerablemente de tamaño, profundidad de los depósitos de ocupación y longitud de esa ocupación, y pueden establecerse cuatro categorías distintas. Las más grandes eran sustanciales ciudades en la cima de colinas, situadas allí por motivos de defensa y teniendo poco en cuenta la distancia del agua o las tierras agrícolas. Los poblados grandes, aunque de un tamaño de poco más de una décima parte del de las ciudades, estaban construidos sobre colinas más pequeñas alrededor de las ciudades. En las llanuras de abajo había pequeñas aldeas y caseríos comparables en tamaño a los puestos de ganado contemporáneos de los tswana y ocupados como máximo durante dos generaciones. Se diferenciaban de los poblados y las ciudades en que estaban situados cerca de los cursos de agua y al alcance de terrenos tanto densos como ligeros: las cosechas plantadas en uno u otro sobrevivían fuera cual fuese el régimen de lluvias.

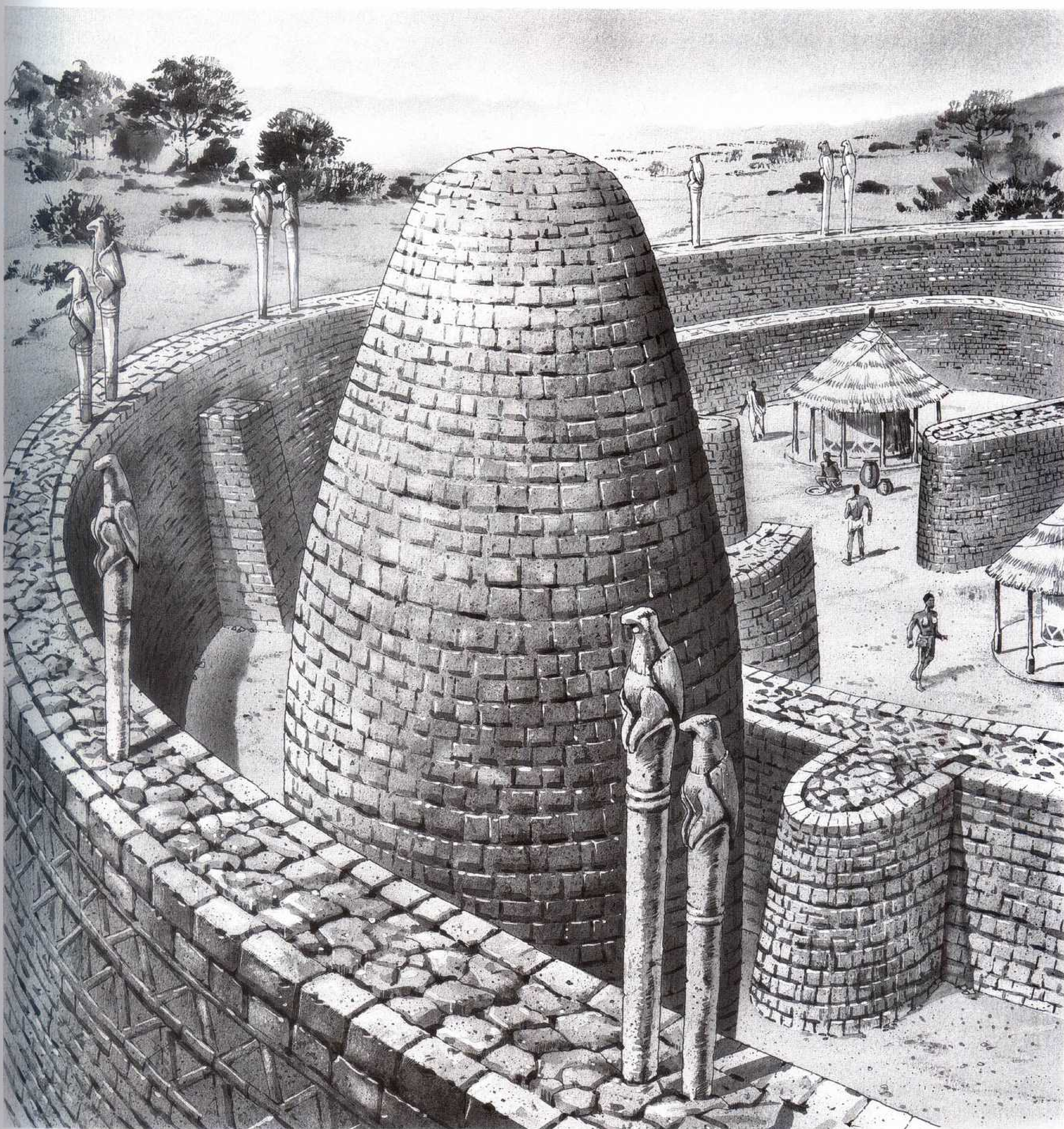
En el siglo XIX había tres ciudades en las colinas, a unos 100 kilómetros de distancia unas de otras. Los poblados se arracimaban a una cierta distancia de ellas, y los asentamientos más pequeños se arracimaban a su vez alrededor de los poblados: un esquema característico y una jerarquía de asentamientos que señalaba tres ciudades-estado independientes, autosuficientes y competitivas al control de sus propios territorios, cada una de ellas con su propia infraestructura de poblados agrícolas y puestos de ganado. Su control sobre sus poblaciones era lo bastante fuerte como para extraer ganado, presumiblemente en forma de tributo, para sostener las ciudades. El sistema de recogida de este ganado muestra que la gente de la ciudad subsistía de la carne del ganado sacrificado en su plenitud, mientras que en los asentamientos más pequeños sólo eran sacrificados los machos jóvenes y los animales que habían pasado su período de reproducción: el esquema característico de los ganaderos que buscan mantener e incrementar el tamaño de sus rebaños.

En estos asentamientos toutswe podemos hallar el ejemplo más primitivo en el sur de África del desarrollo de la riqueza, desigualdades, un grupo dirigente, control político sostenido sobre amplios territorios, poblaciones considerables y ricos rebaños. Esto tuvo lugar muy al interior, en el punto más alejado de cualquier contacto comercial con extranjeros, en un área sin el oro de Zimbabwe y mucho menos atractiva para agricultores o ganaderos. Aunque evidentemente existieron contactos externos, y las cuentas de cristal y las conchas alcanzaron los asentamientos toutswe, la auténtica infraestructura comercial era interna, con el ganado y el cereal transitando entre asentamientos y las pieles, cueros, marfil y probablemente sal intercambiados con grupos de caza san más allá de los territorios toutswe.

A unos 19 kilómetros al este de Toutswe, Mapungubwe, en el valle del Limpopo, fue en esa misma época una ciudad en las colinas mucho más grande. En los años 1970 el conocimiento de Mapungubwe estaba aún limitado a las toscas excavaciones y los aún más toscos análisis de los años 1930. Una extensa reexcavación por parte de la Universidad de Pretoria, propietaria del yacimiento, ha proporcionado unas dataciones mucho más precisas y una gran cantidad de material, aunque la mayor parte permanece sin publicar, y las interpretaciones de sus excavadores siguen equiparando todos los cambios con sucesivas incursiones por parte de tribus diferentes. Un valle entrante cerca de la colina fue ocupado en el siglo VIII por un pueblo cuya cerámica encaja con la de los grupos de la misma época en Matabelé. Adquirió rápidamente enormes proporciones, hasta que los restos de los enormes corrales centrales de ganado lo ahogaron. A finales del siglo XI el pueblo se trasladó a los pies de la colina, y la elite gobernante se estableció poco después en recintos amurallados con piedra en la cima.

Algunos siguen atribuyendo la prosperidad de Mapungubwe al comercio del marfil desde el valle y del oro desde los campos de oro de Matabelé con la costa del océano Índico, sostenido por la introducción de las telas de algodón, las cuentas de cristal y las conchas desde la costa. Hay buenas o excelentes razones para ver tanto el marfil como el oro como absorbidos dentro de los asentamientos como lujos de la corte; la mayor parte del marfil está presente en diseños uniformes de brazaletes, lo cual sugiere el trabajo de artesanos de la corte especializados y ciertamente no diseñados para la exportación.

Magungubwe fue abandonada después de menos de un siglo. Más o menos en la misma época el Gran Zimbabwe se convirtió en la capital de un estado. La suposición de que tal vez se trató de una conexión casual, de que quizá



Reconstrucción de un artista de cuál pudo ser el aspecto de parte de la residencia del rey en el Gran Zimbabwe en los años 1400. Cerca de la Torre Cónica –probablemente un almacén de grano–, las murallas reforzadas con contrafuertes (5 m de grosor en su base) estaban decoradas con un dibujo en cabrio (zigzag). La muralla exterior tenía 250 m de largo por 9,75 m de altura. Las piedras, expertamente cortadas y encajadas (sin utilizar mortero) muestran la habilidad de los constructores.

las rutas de comercio extranjeras se desviaron hacia el norte, no está probada y es innecesaria. Más bien somos testigos de una manifestación más del amplio desarrollo de nuevas y similares formas de sociedad y economía. Cuando escribí este libro, estaba enzarzado también en la excavación de la *zimbabue* (en bantú, «casa de piedra») más externa, Manekweni, en las tierras bajas del Mozambique costero. Los estudios de los huesos recobrados y de la ecología local efectuados por Graeme Barker demostraron que el entorno local sólo podía sustentar el ganado una pequeña parte del año, que los rebaños eran mantenidos a considerable distancia de la *zimbabue* durante la mayor parte del tiempo, y que, cuando estaban en la *zimbabue*, eran sacrificados los animales en su plenitud y su carne era consumida tan sólo por la elite que vivía dentro del recinto de piedra. El resto de la población obtenía su carne casi enteramente de las cabras y la caza. Manekweni proporcionó las primeras evidencias de una economía basada en el ganado que se trasladaba estacionalmente (transhumancia) bajo el control y para el beneficio de un pequeño grupo dirigente.

Un reexamen de los emplazamientos de las muchas *zimbabues* en el interior sugirió que éste era un modelo general, que los rebaños pastaban en las tierras agrícolas del alto veld durante parte del año y se trasladaban al bajo veld para el invierno, cuando la hierba era allí más nutritiva, todavía era posible el ramoneo y las enfermedades provocadas por las moscas del verano estaban ausentes. Enormes cantidades de huesos de ganado arrojados ladera abajo desde los recintos de la colina en el Gran Zimbabwe muestran que aquí también eran escogidos exclusivamente los mejores animales para su consumo por los habitantes de los recintos. Esta revisión de la distribución de las *zimbabues* sugirió también que había unas diez capitales importantes, espaciadas regularmente a unos 100 kilómetros de distancia unas de otras por el borde de la meseta, que eran mejor interpretadas, como Manekweni, como las capitales de estados autónomos y competidores, que el Gran Zimbabwe ejercía poco más que una hegemonía cultural sobre la meseta, y que su control político o económico sobre estos estados era en el mejor de los casos ligero, transitorio e insignificante. Los modelos deducidos para la meseta alta hallaron confirmación en los posteriores estudios en Botswana.

Por todo Zimbabwe y cruzando sus fronteras hasta Botswana, Mozambique y el Transvaal, desde al menos el siglo IX hasta e incluso más allá de las disrupciones iniciadas por los portugueses en el siglo XVI, hubo varios estados prósperos, estables, de larga vida y autónomos que encajan al menos en tres grupos culturalmente distintos. Cada uno de ellos era dueño de su propia economía predominantemente pastoral. El papel del comercio extranjero en crearlos y sostenerlos, como el agente de cambio más importante o como la forma de situar el control de la riqueza en manos de una pequeña elite, resulta enormemente disminuido y, afirmaría, periférico e insignificante. Sus gobernantes no eran los compradores de los amos árabes o portugueses, pasivos beneficiarios de la ayuda extranjera, aunque al final pudieron ser sobornados por pequeñas cantidades de lujos extranjeros para derrochar sus recursos y sus trabajos.

Ciudades en la costa de África Oriental. Las páginas que siguen insisten en que las ciudades de la costa del océano Índico de África tampoco fueron «trasplantes extranjeros» o «pasivos receptores de iniciativas extranjeras». Desde que fueron escritas, extensas excavaciones en las ciudades en ruinas de Manday Shanga, en el archipiélago de Lamu, en el norte de Kenia, han proporcionado una confirmación mucho más detallada de esto. Las fechas de su fundación han retrocedido en el tiempo hasta antes del siglo VIII, en cuyo momento eran ya negocios florecientes que importaban cerámica extranjera, cuya datación es hoy considerablemente más exacta y precisa gracias a las excavaciones de los hornos en el Oriente Próximo y en China, donde fue manufacturada. Sin embargo, el 95 por ciento de la cerámica en todos estos yacimientos era de diseño y manufactura local africana. Muy distinta de los productos contemporáneos de la primitiva Edad de Hierro y notablemente uniforme a lo largo de un área sorprendente, ha sido hallada a una cierta distancia tierra adentro en asentamientos a lo largo del río Tana y las montañas de Usambara y siguiendo la costa, hasta tan al sur como la parte central de Mozambique no lejos de Manekweni. Esta distribución indica una cultura comercial costera y marítima de largo alcance comparable y probablemente ancestral a la de los suahili.

Los primeros asentamientos eran modestos y poco sofisticados poblados de chozas de mimbre y argamasa que cubrían menos de media hectárea de tierra cerca de la playa pero también cerca de canales de agua profunda. Ya mostraban evidencias de actividad artesana local. En el siglo X se había iniciado la edificación con coral, y con ella la larga evolución local de la característica arquitectura doméstica. Las ciudades que crecían ahora estaban situadas cada vez más lejos del mar. Cubrían de 4 a 20 hectáreas y mostraban algunas evidencias de planificación formal. Los rasgos africanos, compartidos con las ciudades africanas de tierra adentro de la época, incluían lugares centrales de reunión amurallados. Los primeros comerciantes extranjeros, procedentes de los puertos musulmanes de Persia, fueron visitantes de estas ciudades establecidas desde hacía ya mucho tiempo. Formaban un pequeño e insignificante sector de la población, y vivían en enclaves limitados dentro de la ciudad. La primera y única mezquita en Shanga, por ejemplo, no podía albergar a más de 25 fieles, cuando la población total era de unos 500. Sólo en el siglo XI se vio convertida la totalidad de la población de estas ciudades al islamismo.

A veces se han efectuado por azar descubrimientos de acumulaciones de antiguas monedas de oro y plata a lo largo de la costa. Siempre excitan la imaginación, y a menudo también constituyen reveladoras «cápsulas del tiempo». En 1984 se descubrió una acumulación de pequeñas monedas de plata con fechas desde 1050 hasta 1066 en el antiguo asentamiento de Mtambwe Mkuu, en la isla de Pemba, donde habían permanecido ocultas y sin que nadie las tocara durante cerca de 900 años. Evidentemente habían sido acuñadas en la costa, y apuntaban a una acuñación en el archipiélago Lamu. Sus diseños e inscripciones versificadas son elementos compartidos por la acuñación de los califas fatimíes de Sicilia. Algunas llevan el nombre del primer sultán de Kilwa, Alí ibn al Hasán, y la fecha de 1050. Esto sugiere que Kilwa pudo haber sido muy bien fundada

por una familia o clan de una de las ciudades de Lamu en el siglo XI, un período particularmente tumultuoso en el archipiélago.

Reinos de África Occidental. En el texto principal de este libro, las ciudades del Sahel y las tierras de la sabana septentrional de África Occidental son reconocidas como las capitales de reinos, en gran parte de cultura, arquitectura y población africanas indígenas. Pero también son vistos en una parte igualmente grande como creaciones y dependencias del comercio de caravanas transahariano, iniciado por comerciantes musulmanes después de la invasión musulmana de Mauritania en el 734. Uno de los programas de investigación más excitantes, publicado después de que fuera escrito este libro, ha recorrido un largo camino para derribar este punto de vista.

El delta del Níger medio, donde el río se escinde en una cambiante y lodosa red de una miríada de canales, lagos y pantanos temporales, tiene en su cabecera la ciudad de Jenne. (Tombuctú se halla en el extremo inferior del delta, y Hao más corriente abajo, donde el curso del río gira hacia el sur.) Encima de la llana y por lo demás carente de rasgos llanura de aluvión alrededor de Jenne, que se inunda hasta una profundidad apreciable cada año, se proyectan montículos artificiales (tells) de ocupación antigua. Roderick y Susan McIntosh han identificado más de 400 de estos tells a partir de fotografías aéreas, lo cual sugiere una densidad de población de diez veces la de hoy. Han examinado y recogido artefactos en un muestreo de 75 al azar, y los han datado comparando su cerámica con la de excavaciones hechas en los profundos depósitos del tell más grande, Jenne-Jeno («antigua Jenne»).

Jenne no ha demostrado ser un centro de domesticación indígena de cereales como se había predicho. El asentamiento se produjo comparativamente tarde. Sólo en el 300 a.C. se fue desecando el delta, y las áreas de lagos permanentes disminuyeron y el peligro de enfermedades acuáticas se redujo. Los primeros signos de asentamiento permanente, pequeñas aldeas de agricultores mixtos, datan de aproximadamente el 250 a.C. Sus habitantes pescaban, cazaban animales salvajes y recolectaban plantas silvestres, pero también cultivaban arroz, sorgo y mijo y pastoreaban cabras y ganado vacuno. Desde un principio importaron también muelas de piedra para moler el grano, cuentas de piedra y menas de hierro de más allá de la llanura de aluvión.

A lo largo de los siguientes cinco o seis siglos los asentamientos permanecieron predominantemente rurales, pero crecieron en número y tamaño: en el 150 d.C., Jenne cubría probablemente más de 12 hectáreas. Recursos tales como el cobre y el oro eran traídos de muy lejos. La artesanía se diversificó, y algunos productos eran claramente obra de especialistas al menos a tiempo parcial.

En el año 500, varios asentamientos se habían fundido en una ciudad completamente urbana. En la cima de su prosperidad, allá por el 800, Jenne cubría unas 40 hectáreas; muchos edificios eran de ladrillo, y la ciudad estaba rodeada por una gran muralla. Sin embargo, no hay ninguna evidencia de que existiera un grupo gobernante, algún sistema de coerción o control autoritario, palacios, templos o una ciudadela, y muy pocas importaciones de lujo o riqueza que se concentraran en las manos de unos pocos, aunque el área excavada era limitada y es posible que los edificios de este grupo aún no hayan sido localizados. Lo más significativo es la forma en que los artesanos especializados en toda una variedad de manufacturas estaban organizados en cuerpos cohesionados, físicamente separados y que vivían en sus propios asentamientos alrededor del borde de la ciudad, identificados por montículos vecinos separados unos 500 metros pero también arracimados, con 3-15 poblados formando un racimo, en el que cada uno era un centro social y de manufactura independiente. Estas unidades pudieron tener una base étnica además de productiva. Sin embargo, ciudad, poblados artesanos y campo formaban un único sistema social y económico. Las ambigüedades de la identidad personal y de grupo dentro de este sistema pudieron quedar muy bien expresadas y resueltas a través de la proliferación del arte y particularmente de la estatuaria de terracota que es uno de los rasgos principales de Jenne: símbolos de las diferentes lealtades y unidades de grupos que interactuaban y se superponían, con diferentes orígenes, ocupaciones, lealtades étnicas, creencias y valores.

Los asentamientos en la llanura de aluvión pueden alinearse según su tamaño y distinguirse por su situación: un 34 por ciento se hallan en tierras adaptadas para el cultivo del arroz y un 54 por ciento están situados en cursos de agua que proporcionan oportunidades para el viaje y el transporte de mercancías. La intensidad y el alcance del comercio regional a través del delta queda reflejado en la homogeneidad de la cultura material, particularmente la cerámica, sobre una amplia área, evidencia o bien de la dispersión de objetos desde los centros de manufactura urbanos o de la forma en que la alta moda de la ciudad era emulada en todas partes por los artesanos locales.

Corriente abajo, grandes túmulos funerarios construidos aún más elaboradamente sobre cámaras mortuorias de madera contienen tumbas ricas en artículos y cerámica de Jenne. En la actualidad han sido datados entre los siglos VIII y XI, y por lo tanto son contemporáneas con la época de mayor prosperidad de Jenne. Más que cualquier otra cosa en la ciudad, sugieren que algunas personas se hicieron ricas y poderosas a través del control del flujo de artículos de comercio por el delta.

Las influencias norteafricanas, árabes e islámicas sólo aparecen en Jenne después del año 1000, con nuevas plantas rectangulares en las casas, cuentas para comerciar y la introducción de las telas de algodón. Se trata también de un punto en el que el clima se volvió más húmedo. Las crecidas del río se hicieron más extensas, más altas y más largas, y el cultivo del arroz tuvo que ser en buena parte abandonado, y con él muchos asentamientos. La población de la llanura de aluvión declinó, y los nuevos asentamientos se establecieron en terrenos más altos y suelos más ligeros donde podía cultivarse el mijo. El clima se volvió luego progresivamente más seco, y esos asentamientos se redujeron aún más, hasta formar un racimo alrededor de la propia Jenne. El final llegó en el 1400, y la ciudad fue abandonada.

Las investigaciones sobre Jenne se ocuparon principalmente de comprender la dinámica de un proceso autónomo de urbanización y cambio sobre toda una región, vista como un sistema único económico y social, y de las cam-

biantes relaciones entre los componentes de ese sistema. Muchas de las demás ciudades bien conocidas de la sabana, del Sahel y del Sáhara han sido investigadas también con mayor profundidad desde los años 1970, pero estas investigaciones se han planteado en un marco más descriptivo, particularista e histórico, y siguen buscando correspondencias entre la arquitectura y la disposición de las ciudades con primitivas descripciones documentales de ellas hechas por visitantes extranjeros. Sin embargo, al menos han proporcionado indicios de que pudieron existir historias tan largas, tan ricas y tan independientes como las de Jenne.

Tanto Tegadaoust como Kumbi Saleh están edificadas sobre profundos depósitos que atestiguan una larga historia local preurbana de desarrollo. Los arqueólogos han reconocido, a lo largo de los bordes de las ciudades, barrios de artesanos especializados que trabajaban el cristal, el cobre, el hierro y la joyería y que ya estaban establecidos en el siglo IX.

Conclusión. En las últimas dos décadas, sólo Sudáfrica ha establecido su propio cuerpo de arqueólogos altamente productivos y profesionales. Por lo demás, es un rasgo sorprendente el que todo el trabajo haya sido descrito, todos los avances conceptuales y trabajo de campo significativo hayan sido logrados por individuos y equipos ajenos a la propia África, en particular de universidades de los Estados Unidos de América.

Es sorprendente cómo ha surgido esta situación. Cada país de África es ahora un estado independiente, y ha pasado más de una generación desde que los grandes movimientos para la liberación dieron sus primeros frutos. Cada nueva nación ha afirmado categóricamente reconocer el importante papel de la arqueología en la recuperación de su auténtico pasado, no teñido por la historiografía colonial. Muchos han enviado a algunos de sus mejores estudiantes al extranjero para un mejor entrenamiento en arqueología. Su impacto en el tema ha sido mínimo. Sus problemas son muchos. Gran número de ellos regresan inhibidos por su inexperiencia en el trabajo de campo en sus condiciones locales. Muchos se enfrentan a problemas de equipo, financieros y de transporte: otros se ven barridos a puestos puramente administrativos. Muchos países siguen sufriendo años de guerra civil: las economías y las infraestructuras de las que depende cualquier investigación se han visto rotas en estos y en muchos otros países. Sin embargo, incluso allá donde se ha dispuesto de abundantes fondos y apoyo extranjeros para permitir a los arqueólogos locales de varios países cooperar en la investigación de los orígenes de los estados de la costa oriental y sus tierras interiores, hasta ahora los resultados han sido insignificantes.

El dominio de los investigadores extranjeros, evidentemente, no es una situación sana. La sensación local de que sólo los pueblos indígenas pueden o deberían investigar el pasado de sus propias culturas, y de que la investigación por parte de extranjeros es en cierto sentido un robo, una pérdida o una extirpación de su propio pasado, ha conducido a menudo a una obstrucción burocrática extrema, ignorante y carente de imaginación y a la cancelación de programas extranjeros de estudio. Las frustraciones y el coste en tiempo y dinero pueden ser inmensos. Como consecuencia de ello, los desesperadamente necesitados nuevos compromisos a nuevos programas y nuevas entradas en el campo de la arqueología africana disminuyen cada vez más.

Se ha afirmado, justificadamente, que «es presuntuoso y peligroso para los arqueólogos escribir el pasado en nombre de otros... descubrir un pasado... porque cualquier sección de la sociedad... debe implicar necesariamente un intento de controlar e incorporar esos segmentos de la sociedad, cambiar sus actitudes y apropiarse y así debilitar su afirmación social». Los arqueólogos expatriados quizá tengan el deber particular «de alentar las arqueologías indígenas y alternativas». Por otra parte, también es cierto que «la arqueología no es la proveedora de pasados satisfactorios».

Como cabría esperar, dada su larga y poco gloriosa historia de controversia, el Gran Zimbabwe ha proporcionado el ejemplo más extremo de la chauvinista y oportunista invención de un pasado satisfactorio pero puramente ficticio, satisfactorio para las actuales fuerzas políticas y tan ridículo en su distorsión y olvido de la historia como cualquiera de la antigua propaganda colonial. El primer Director de Museos y Monumentos negro que contrajo la responsabilidad de la conservación e investigación del yacimiento, el doctor Kenneth Mafuka, denunció todas las investigaciones anteriores. «La erudición confirmada es imperialismo intelectual... El conjunto de la erudición europea ha *(sic)* conspirado para negarnos lo que por derecho nos pertenece.» La sustituyó por relatos de una «resplandeciente civilización... rica más allá de toda imaginación... sus edificios crean los más maravillosos ejemplos jamás contemplados por el hombre». Aunque «hormigueaba con célibes... austeros, no alcohólicos y espaciales *(sic)* compartimentados *(sic)* en sus pequeñas perchas», su gente era también «capaz de una infinita felicidad, libre, locuaz, intensamente democrática... (proporcionando) una herencia que debería de ser la envidia de la raza humana... un reflejo histórico de una en cierto modo idiosincrásica forma del socialismo del actual gobierno».

Esto representa un ejemplo extremo de los absurdos de un pasado puramente inventado. Cuando esto ocurre, presenta un serio obstáculo al progreso de la investigación tal como la conocemos generalmente. Los capítulos que siguen en este libro son optimistas acerca de las nuevas perspectivas, nuevas direcciones y nuevos enfoques que se reflejarán en el pasado africano con la evolución política y económica de un continente donde la autonomía era entonces en buena parte una experiencia nueva. Mucho de lo que previeron se ha visto realizado, pero el futuro es ahora oscuro. Los avances de las últimas dos décadas siguen siendo obra de un pequeño número de dedicados e imaginativos investigadores extranjeros, y han proporcionado lo que sigue siendo sólo atisbos sobre unos pocos aspectos del muy largo pasado de un enorme y antiguo continente. Y ciertamente, por el momento, los investigadores de este tipo son una especie en peligro, una especie cuya época se está acercando a su final.

PETER S. GARLAKE

Capítulo primero: El carácter de África



El entorno africano. Para mucha gente, la imagen de África conjura enormes llanuras muy planas, cubiertas de hierba, que se extienden hasta el distante horizonte, rotas tan sólo por árboles aislados y en las que pastan grandes manadas de antílopes. Sabanas de este tipo se extienden desde las orillas del Atlántico del Senegal y por todo el Sudán hasta las montañas de Etiopía. También avanzan hacia el sur a través de África Oriental, Zambia y Rodesia hasta las orillas meridionales de Sudáfrica. Las regiones con más agua, más bajas y más cálidas, sostienen una densa vegetación de árboles de hoja caduca. La sabana, a lo largo de su historia, ha sostenido todo el peso de la población africana.

En las zonas más secas de las tierras altas del este y el sur de África, como la parte occidental de Kenia, Uganda y el Estado Libre de Orange, la hierba alta cede el paso a las tierras bajas abiertas. Esto proporciona unas espléndidas tierras de pastos, aunque la hierba no forma los ricos pastos o céspedes de los países templados del norte sino grupos apretados y recios que sólo son nutritivos durante cortos períodos de tiempo después de llover. Los pastoreadores se ven aquí comprometidos inevitablemente a una vida en gran parte nómada.

En muchas zonas de tierras bajas secas, como los nyika a lo largo de la costa de África Oriental, los valles de los grandes ríos como el Zambeze y el Limpopo, y las franjas de desierto de las llanuras del Sahel, el Kalahari y el Turkana, las acacias de copa plana se alzan por encima de los matorrales espinosos. Aquí pocos cultivadores pueden sobrevivir.

A medida que se incrementa la pluviosidad, los árboles de la sabana se mezclan con bosques altos y densos, como los de Guinea y los que se extienden a lo largo de las orillas del lago Victoria y en los niveles inferiores de las cadenas montañosas del este de África. Aquí los suelos son a menudo fértiles, pero la limpieza del terreno es una tarea intimidante.

El bosque tropical de la costa de África Occidental y la cuenca del Congo proporciona otra imagen extremadamente poderosa de África: «el corazón de la oscuridad». Grandes árboles cierran la luz del sol, tan apretados entre sí por las plantas trepadoras, y sus troncos están tan bien apuntalados, que son casi imposibles de talar. Aquí siempre hay calor y humedad. La lluvia cae densa y muy frecuentemente. En algunas áreas, como la tierra natal de los ibo en el este de Nigeria, el bosque tropical alberga algunas de las poblaciones más densas de África. Las cosechas de raíces tropicales y el aceite de palma proporcionan extremadamente altos beneficios a los cultivadores.

Clima y cultivos. Estas zonas de vegetación pueden parecer muy diferentes pero tienen mucho en común. Fuera de los bosques, casi toda la lluvia cae en una única y corta estación, en general en violentas tormentas. Esto produce una gran cantidad de corrientes superficiales de agua, que erosionan el suelo y llenan los ríos con su aluvión. La lluvia puede parecer adecuada si se examinan las estadísticas anuales –de 50 a 75 centímetros es la pluviosidad media de áreas muy amplias–, pero los granjeros raras veces extraen todo su beneficio. No sólo son

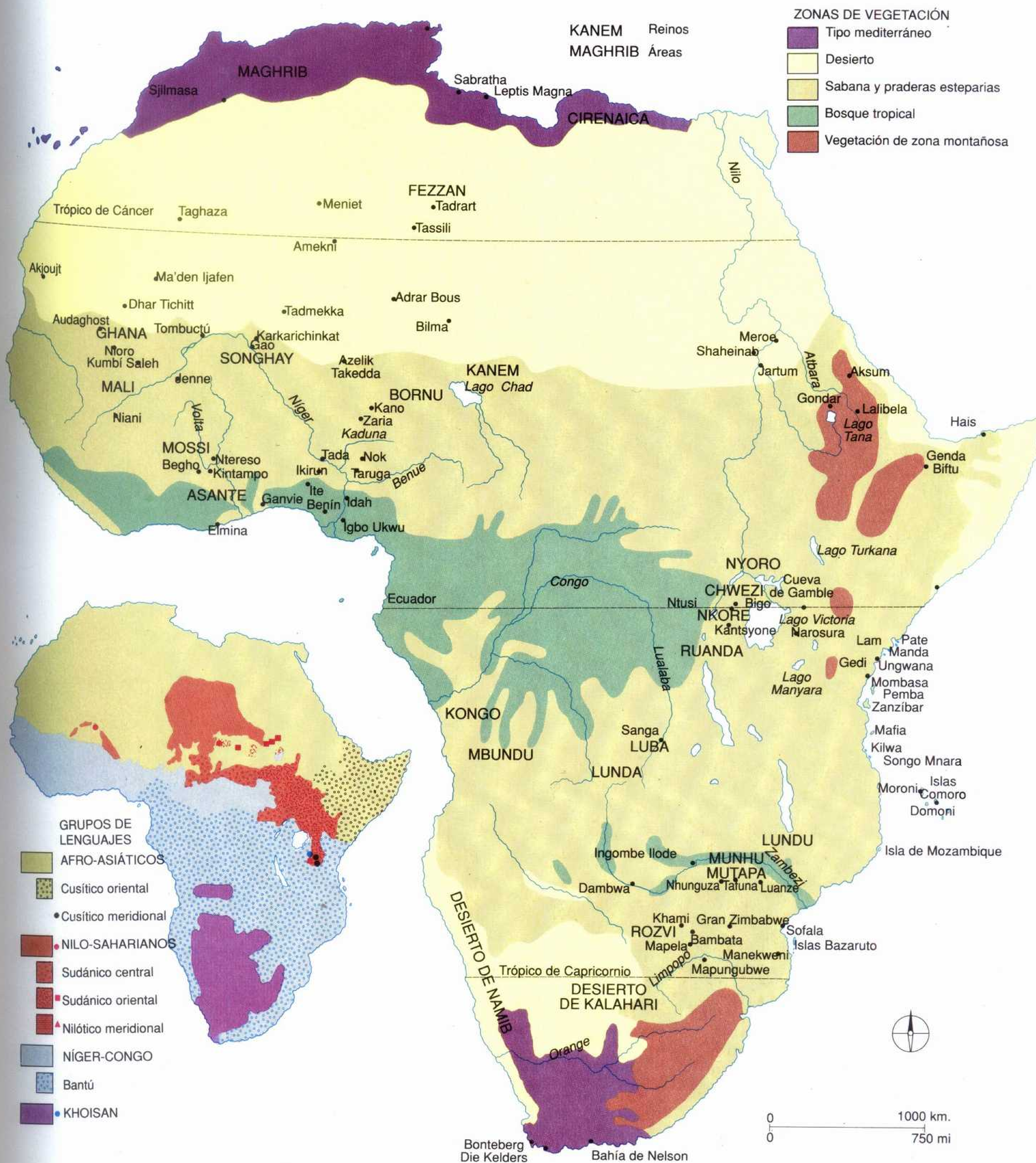
Página anterior: El monte Kenia, desde el cual Mogai –el Creador– mostró por primera vez a Gikuyu –padre del pueblo kikuyu– la tierra que había preparado para ellos. El monte Kenia sigue siendo el lugar de descanso de Mogai, símbolo de una nación, centro de sus tierras.

Página opuesta: Yacimientos, vegetación e (insertado) lenguajes de África.

Abajo: La sabana tiene muchos rostros. Las ruinas de Nhunguza, *abajo*, se alzan en medio de un bosque de árboles de hoja caduca en el alto y bien irrigado extremo norte de la meseta zambezana. Desde el asentamiento en la cima de una colina de Mapela, *abajo izquierda*, en el extremo opuesto de la meseta, las secas y achaparradas acacias se extienden más allá de las colinas de granito.







KANEM Reinos
MAGHRIB Áreas
ZONAS DE VEGETACIÓN
Tipo mediterráneo
Desierto
Sabana y praderas esteparias
Bosque tropical
Vegetación de zona montañosa
MAGHRIB
Sjilmasa
Sabratha
Leptis Magna
CIRENAICA
Nilo
FEZZAN
Tadrart
Tassili
Meniet
Trópico de Cáncer
Taghaza
Amekni
Akjoujt
Ma'den Ijafen
Dhar Tichitt
Tadmekka
Adrar Bous
Bilma
Audaghost
GHANA
Tombuctú
Karkarichinkat
Gao
Nioro
Kumbí Saleh
SONGHAY
Azelik
Takedda
KANEM
Lago Chad
MALI
Jenne
BORNU
Kano
Zaria
Kaduna
Niger
Volta
Niani
MOSSI
Begho
Ntereso
Kintampo
Tada
Nok
Ikiruun
Taruga
Benue
ASANTE
Ganvie
Ite
Benín
Idah
Elmina
Igbo Ukwu
Meroe
Shaheinab
Jartum
Atbara
Aksum
Gondar
Lalibela
Lago Tana
Hais
Genda Biftu
Lago Turkana
NYORO
Cueva de Gamble
CHWEZI
Congo
Ecuador
Ntusi
Bigo
NKORE
Kantsyone
Lago Victoria
Narosura
RUANDA
Lam
Pate
Manda
Ungwana
Gedi
Mombasa
Pemba
Zanzíbar
Lualaba
Lago Manyara
KONGO
MBUNDU
Sanga
LUBA
LUNDA
Mafia
Kilwa
Songo Mnara
Islas Comoro
Moroni
Domoni
LUNDU
Isla de Mozambique
Ingombe Ilode
MUNHU MUTAPA
Zambezi
Dambwa
Nhunguza
Tafuna
Luanze
DESIERTO DE NAMIB
Khami
Gran Zimbabwe
ROZVI
Sofala
Mapela
Bambata
Islas Bazaruto
Manekweni
Limpopo
Mapungubwe
Trópico de Capricornio
DESIERTO DE KALAHARI
Orange
Bonteberg
Die Kelders
Bahía de Nelson
0 1000 km.
0 750 mi
GRUPOS DE LENGUAJES
AFRO-ASIÁTICOS
Cusítico oriental
Cusítico meridional
NILO-SAHARIANOS
Sudánico central
Sudánico oriental
Nilótico meridional
NÍGER-CONGO
Bantú
KHOISAN



marcadamente estacionales, sino que a menudo no puede confiarse en ellas y se ven sometidas a grandes fluctuaciones de año en año. Una serie de años de sequía pueden causar un desastre económico. Tierras abandonadas, rebaños diezmados y hambre requieren generaciones para recuperarse. Muy a menudo la búsqueda de agua en la superficie para el ganado resulta algo difícil y complicado durante muchos meses del año.

El suelo es generalmente pobre y poco fértil. El calor oxida el poco humus que pueda haber. Las fuertes lluvias arrancan los vitales minerales de la tierra. Cuando

El famoso ganado vacuno de largos cuernos de Nkore fue introducido en la parte occidental de Uganda al mismo tiempo que las instituciones del reino.



Arriba: La alta meseta montañosa de Etiopía proporciona un entorno ideal para las cosechas de cereales templados, pero en un paisaje tan escabroso a menudo hay poca tierra arable.

Página opuesta, arriba: El bosque tropical alienta el desarrollo de muchas plantas y enredaderas distintas bajo su dosel, pero la limpieza del terreno es difícil y peligrosa.

esto se combina con la obstrucción del drenaje, las sales se acumulan en el subsuelo para formar capas tóxicas o costras impermeables. Estos «sustratos de hierro» o «ferricretas» destruyen la fertilidad de muchos suelos tropicales.

Hubo un tiempo en que la sabana albergaba grandes manadas de caza. Un enorme número y una ingente variedad de antílopes proporcionaban alimento a todos los hábitats existentes. Esta biomasa era tan rica que pocos pueblos de África dependían enteramente de su ganado o sus cosechas para la alimentación. La caza y el ganado salvaje complementaban casi siempre la dieta. Incluso puede suponerse que, en el remoto pasado, los incentivos hacia la agricultura en África nunca fueron posiblemente tan grandes como en otros continentes.

Las ovejas y las cabras eran abundantes entre los practicantes de la agricultura. Pero el ganado siempre fue mucho más importante social y económicamente. No era una fuente primaria de comida. Más significativamente, era la base de muchas relaciones e intercambios sociales.





Simbolizaba y ratificaba muchos vínculos y alianzas. Nunca fue usado para carga o transporte. Hasta muy recientemente el arado sólo era conocido en partes de Etiopía. La enfermedad limita el número y la distribución del ganado.

Los granjeros, cuya única herramienta para el cultivo es la azada, tienden a buscar y cultivar suelos ligeros, las arenas finas antes que las densas y pegajosas arcillas. Éstos son precisamente los suelos que pierden más fácilmente su fertilidad. Sin ningún conocimiento de cómo utilizar la tracción animal para el arado y sin ninguna tradición de fertilizado, el suelo, excepto en las áreas más favorecidas, se agota rápidamente. La agricultura de barbecho, en la que es preciso despejar nuevas tierras cada pocos años mientras se deja que las viejas tierras se regeneren, a menudo durante una década o más, puede agotar tanta tierra que los asentamientos se ven obligados a trasladarse tres o cuatro veces en una generación.

Las cosechas de cereales son las que más le exigen al suelo. Comparadas con el trigo y la cebada de las zonas templadas, que germinan con las lluvias invernales, los cereales africanos son resistentes a la sequía y sólo necesitan una corta estación de crecimiento en el verano. Proporcionan altas cosechas con poca atención. Los cereales base africanos son el sorgo y el mijo. El sorgo, como el trigo, el arroz y el maíz, es uno de los principales cereales del mundo. Necesita 40 centímetros de lluvia al año para dar una cosecha. El mijo *pennisetum* es el más común de los varios mijos indígenas africanos. Puede proporcionar una cosecha con la mitad de la lluvia necesaria para el sorgo.

Recursos naturales. África posee pocos recursos que puedan explotarse comercialmente mediante una simple tecnología preindustrial. Las cosechas exportables esta-

Izquierda: Las minas de Bilma, en el gran desierto de arena del Sáhara central, han exportado sal al lago Chad y a la tierra de los hausa desde el siglo XV.

Abajo: La sal de roca es cortada de un depósito en el desierto de Mauritania.



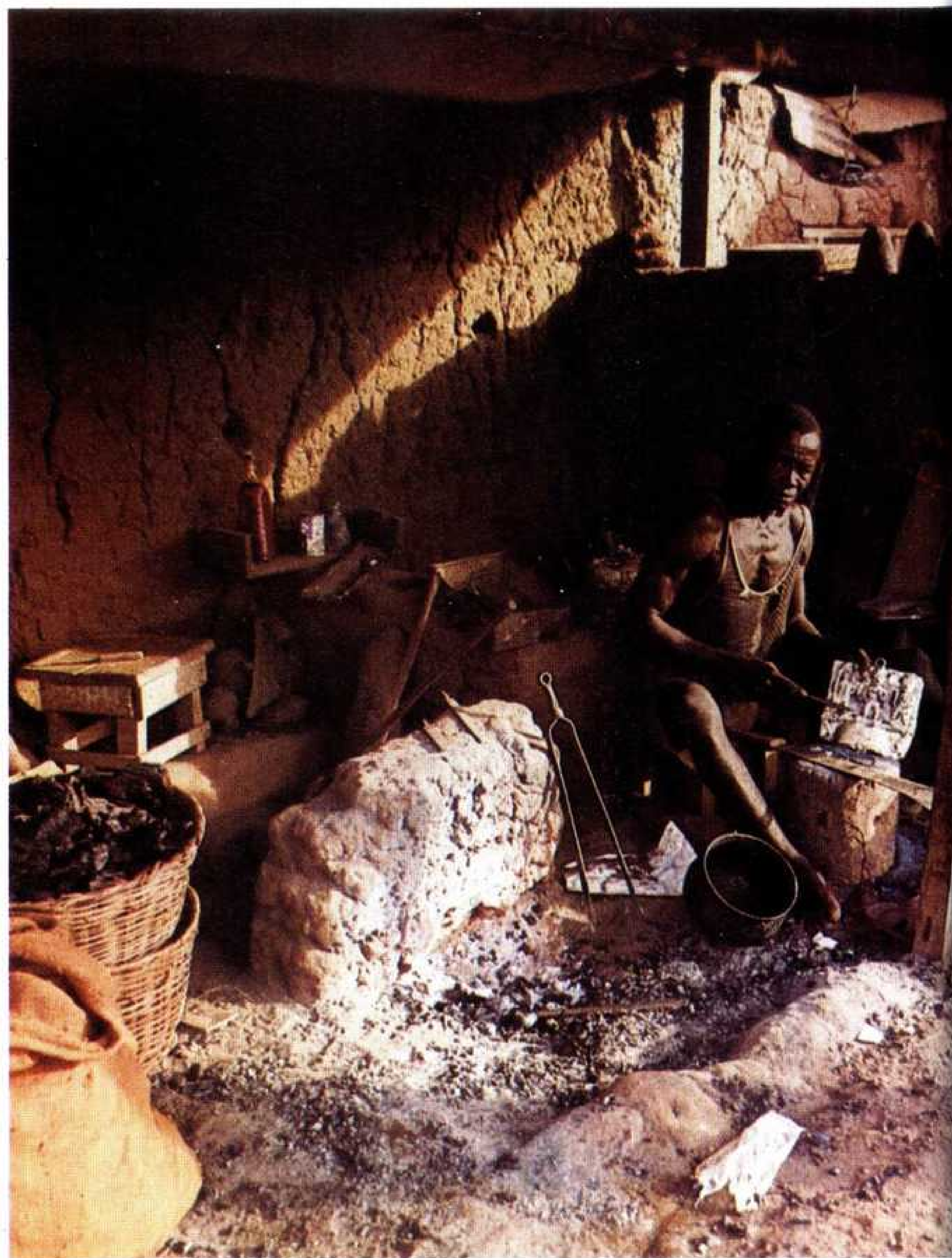
ban limitadas a las nueces de cola, un estimulante que crece en los bosques de África Occidental y es particularmente popular entre las comunidades islámicas.

La sal es, por supuesto, un elemento vital en la dieta. En todas partes de África se convirtió en un importante artículo de comercio. La falta de sal puede tener enormes consecuencias económicas. Las tradiciones asocian frecuentemente el declive de los reinos con una carestía endémica de sal. En pocas cantidades pueden hallarse sustitutos inferiores a la sal filtrando y desecando soluciones de varias cenizas. Pero se trata de una fuente despreciada y temporal. La sal destilada del mar o de manantiales salinos es mucho más deseable. Los manantiales salinos, como los de Ivuna y Uvinza en Tanzania, fueron la base de una industria productora de sal. Ambos yacimientos fueron excavados en los años 1960 y muestran siglos de utilización. Pero la sal extraída del agua salobre es delicuescente y por lo tanto se deteriora con rapidez. La sal gema era la más buscada: al ser cristalina, no se deteriora. En África Occidental las masas de sal gema eran raras y lo bastante valiosas como para convertirse en una moneda de cambio casi equivalente, peso por peso, al oro.

Las menas de hierro estaban muy extendidas. Las concreciones de óxidos de hierro en muchos suelos tropicales –«ciénagas de hierro» o «sustratos de hierro»– son lo bastante ricas como para proporcionar las menas necesarias a los herreros a tiempo parcial. Cada poblado tenía sus trabajadores del hierro, y generalmente había poco incentivo a comerciar con él. Sólo las comunidades que vivían cerca de menas de hierro particularmente ricas y fáciles de trabajar aprovechaban la oportunidad para convertirse en herreros y comerciantes especializados.

El cobre era lo bastante escaso como para formar los cimientos de redes comerciales regionales. No hay masas de mena de cobre explotables en los bosques de África Occidental. Allí, el cobre tenía que obtenerse de minas en el desierto de Mauritania y del Níger. Las menas del sur del Zaire y el norte de Zambia, complementadas por los trabajos en el distrito de Urungwe en Rodesia, formaban parte de una amplia red regional de intercambio en el sur de África, que pudo extenderse hasta tan lejos como la costa este africana. El metal era fundido frecuentemente en varillas y lingotes, que tienen un peso lo suficientemente estandarizado como para ser interpretados como formas de monedas de cambio. El metal comerciado de este modo era en general reelaborado como joyería. Grandes cantidades de hilo de cobre lastraban los miembros de muchas mujeres en varias sociedades de la Edad de Hierro tardía.

Fue el oro, sin embargo, lo que más atrajo a los comerciantes extranjeros tanto a África Occidental como Oriental. En los campos de oro de Senegal y Ghana se presenta en estrechas vetas en las rocas graníticas. En



Arriba: Un trabajador el cobre en Benín termina el vaciado de una pieza junto a su fragua. Los moldes de arcilla se apoyan contra las paredes, listos para ser calentados para recibir el metal fundido.
Página opuesta: Una mujer venda lleva en sus tobillos hilo de alambre idéntico al llevado desde hace siglos en las comunidades prósperas de la Edad de Hierro tardía.
Abajo: Un horno tradicional para la fundición del hierro en funcionamiento en el norte de Ghana. A su lado puede verse el producto de una carga anterior, preparado para la forja.



ambas regiones las fuentes eran difusas y la producción completamente impredecible. Pocos habitantes de cualquier poblado podían depender de la extracción del oro como único ingreso regular. La minería la realizaban en general granjeros en la estación agrícola floja. La suerte ocupaba una gran parte en las recompensas de la minería del oro, y en estas circunstancias resultaba difícil desarrollar y controlar formas regulares de producción. Este tema se describe con mayor detalle en el capítulo 4.

La mayoría de productos animales –aparte de los huesos de los sacrificados para alimento– no sobreviven en los contextos arqueológicos. Para una estimación de su importancia económica es preciso examinar primitivos documentos y tradiciones. El marfil era un artículo de exportación que en muchos lugares llegó a rivalizar con el oro. Los elefantes podían cazarse casi en cualquier parte. Eran un bien mucho más transitorio e incierto que el oro. Esto sugiere que la caza del elefante era mucho más difícil de controlar que la minería del oro. De hecho, cazar elefantes era peligroso y difícil. Muchos relatos sugieren que exigía los esfuerzos comunales de los hombres de poblados enteros. La necesidad de hechizos, medicinas o magia cazadora proporcionaba un medio de control. La importancia de las pieles, cueros y cuernos de rinoceronte resulta difícil de estimar. Ciertamente eran comerciados pero, a juzgar por los documentos, eran un artículo subsidiario a otras exportaciones.

Transporte: Una gran cantidad de desarrollo social y económico depende de las comunicaciones fáciles. Cuando las comunidades se hallan fácilmente en contacto unas con otras, pueden intercambiarse ideas, comerciar con bienes y difundir técnicas y habilidades. La autosuficiencia se rompe; los mercados crecen; las especializaciones individuales y regionales se ven estimuladas. La riqueza y el poder tienden a acumularse en puntos nodales en la red de comunicación; pueden desarrollarse unidades políticas más grandes; la coordinación y el gobierno son más fáciles. En África, mucho de esto era imposible.

El interior de África es virtualmente una única y gran meseta. Las onduladas llanuras presentan pocas barreras físicas al viaje. Los grandes rift valleys de África Occidental pueden estar en su mayor parte desprovistos de agua y sus escarpas parecer unos obstáculos formidables cuando se ven desde cierta distancia, pero pueden cruzarse sin gran dificultad. Esto no significa que las comunicaciones sean fáciles. Las distancias son enormes, y la población fue siempre pequeña. En consecuencia, no había carreteras. Esta falta de carreteras o animales de transporte significaba que los vehículos con ruedas eran inútiles: nunca se desarrollaron. Todos los artículos tenían que ser transportados sobre las cabezas de porteadores. Los



Manillas de cobre, la materia prima del herrero, rodean al comerciante portugués que las importaba, en esta placa de Benín.





A su paso por el seco Sahel, el río Níger se descompone en varias corrientes –el «delta»– e irriga una fértil llanura de aluvión, una isla de producción agrícola muy alta.

pequeños y muy dispersos poblados no tenían ninguna de las seguridades proporcionadas por un gobierno fuerte. En consecuencia, los hombres necesitaban incentivos muy fuertes para trabajar como tales porteadores. Esto significaba que el comercio de productos de gran masa o volumen era imposible: el comercio tenía que limitarse a objetos pequeños y caros.

Buena parte del África negra estaba aislada de otros continentes por una imponente línea costera. Hay pocos puertos. El perímetro de África es tan poco accidentado que, pese a la gran área del continente, su línea costera mide tan sólo una décima parte de la de Europa. En África Occidental las aguas son demasiado frías para que se formen arrecifes de coral que protejan la costa. Las corrientes cercanas a la orilla y las grandes mareas hacen que las playas desciendan en un ángulo muy empinado y sean fuertemente golpeadas por la resaca. La entrada a cualquier río está bloqueada por bancos de arena. Vientos ligeros y variables –las calmas ecuatoriales– son un peligro para los barcos a vela que viajan a África Occidental. Cuando hay viento, sopla contra los barcos que abandonan la costa. Como dicen los marineros: «Cuidado con el golfo de Benín, del que pocos salen, pero al que muchos entran».

Como contraste, las aguas tropicales de África Oriental están protegidas de la furia del océano por una línea continua de arrecifes. En su interior hay un paso seguro, con buenos refugios para embarcaciones pequeñas. En África Oriental los monzones facilitan un ciclo anual de viajes comerciales, desde la India y Arabia hasta África y de vuelta. Esta parte del continente pudo participar durante siglos de la economía comercial del océano Índico.

En África Occidental el acceso desde la costa al interior se ve impedido por constantes pantanos de mangles y una red de poco profundas lagunas, entre los 50 y los 60 kilómetros tierra adentro. (Por otra parte, estas lagunas alentaron a desarrollar el tráfico de canoas regional a lo largo de una distancia considerable, desde el río Níger hasta la república de Benín.) En la mayor parte de África Oriental y del Sur las escarpas se alzan bruscamente desde las estrechas tierras bajas costeras hasta la llanura inte-

Sólo las lagunas y los tramos inferiores de los ríos más grandes, como el Congo, mostrado aquí, permiten el tráfico regular y el comercio con canoas.



rior. En consecuencia, pocos ríos son navegables una distancia muy grande antes de que el paso se vea cortado por rápidos y cascadas. El tráfico fluvial tierra adentro estaba limitado a las canoas. Las crecidas estacionales lo hacían además difícil. Después de las lluvias, el volumen del agua puede llegar a incrementarse hasta diez veces. En invierno los ríos se secan, y los derivantes bancos de arena crean canales temporales, tortuosos e inseguros.

En el norte, el desierto del Sáhara era una barrera a los contactos extranjeros tan peligrosa como un mar hostil. Las caravanas que cruzaban el desierto corrían unos riesgos muy parecidos a los de los barcos que se aventuran en el mar. Había problemas similares de supervivencia: las caravanas necesitaban el mismo cuidadoso aprovisionamiento y organización; las aventuras comerciales tenían que atraer al mismo capital de alto riesgo; se exigían los mismos altos beneficios a la inversión. Las ciudades que bordeaban el desierto tenían unas funciones y una atmósfera muy parecidas a las de los puertos. Los mismos especialistas –banqueros, corredores, mercaderes de provisiones, guías o pilotos– las utilizaban como bases.

Enfermedades. Las enfermedades endémicas de África impidieron el desarrollo probablemente más que ningún otro factor individual. La malaria sea tal vez la más extendida y común de las enfermedades del hombre en África. Gusanos y parásitos –los esquistosomas de la bilharziasis, la filariasis, el trematodo y la nigua– causan infecciones crónicas. Éstas debilitan antes que matar. Puesto que el hombre es en todos los casos a la vez anfitrión y portador, son una amenaza sobre todo en poblaciones concentradas. Ciertamente, han restringido los crecimientos de la población.

La enfermedad con un efecto más significativo en los esquemas de asentamientos fue la tripanosomiasis. Es transmitida por las moscas del género glossina, la mosca tsé-tsé. Una infección repetida o masiva puede causar en un hombre la «enfermedad del sueño» y la muerte. Más significativo es el que este parásito resulta, de una forma rápida e invariable, letal para el ganado. Las áreas infestadas por la mosca tsé-tsé pueden fluctuar rápida y ampliamente. La mosca prefiere vivir en un entorno húmedo y umbrío, pero puede sobrevivir en cualquier parte, excepto en una pradera completamente abierta. Normalmente se alimenta de animales salvajes. La presencia de



El río Kaduna, en el centro de Nigeria, posee los derivantes bancos de arena y las fluctuantes corrientes que hacen que la mayor parte de ríos africanos sean arterias comerciales muy insatisfactorias, aunque aquí se cargan vasijas para ser transportadas a los mercados muy corriente abajo.

unos anfitriones adecuados es un factor crucial para su supervivencia, puesto que no puede volar muy lejos. En consecuencia, cuando los agricultores despejan la tierra para el cultivo y ahuyentan la caza, la mosca se ve obligada a retirarse. Entonces puede introducirse el ganado. Pero si los rebaños aumentan de tamaño o las tierras no siguen siendo limpiadas, los animales domésticos pueden entrar en contacto con los animales salvajes. Los riesgos de infección aumentan entonces notablemente. Una vez producida la infección, los rebaños resultan enteramente destruidos.

Gente y tierra. Hemos examinado la vegetación, el clima, los recursos, la agricultura y las enfermedades. Todos estos factores tienen un efecto común. Comparada con el resto del mundo, África, al final de su prehistoria, tenía muy pocos habitantes. Este solo factor ha representado un papel determinante en buena parte del rumbo tomado por la historia humana en el continente. Por supuesto, es imposible calcular la población africana con la menor exactitud antes del período colonial. En 1962 la población de África era de 269 millones, en un área de 30.000.000 de kilómetros cuadrados. La densidad media era pues de 9 personas por kilómetro cuadrado. En 1920 esta cifra era apenas la mitad, en una época en que la densidad de la población en Europa era por término medio de 50 personas por metro cuadrado y en Asia de 29. Una estimación de la población africana en 1680 sugiere un total por debajo de los cinco millones. Esto equivale a menos de una persona por cada seis kilómetros cuadrados, mucho menos que la mitad de la densidad de población de Europa en la Edad Media.

La densidad general puede significar poco. Buena parte del continente es desierto o bosque, hostil a cualquier tipo de asentamiento. Otras partes, como los bosques nigerianos de hoy, poseen poblaciones tan densas como cualquier otra parte del mundo. Puede que incluso hayan permanecido densamente pobladas durante siglos. Pero estas cifras proporcionan una clara indicación de que la demografía de África fue de un orden diferente a la del resto del mundo.

Con poca gente, la tierra estaba libremente disponible para cualquiera que deseara limpiarla y trabajarla. El cultivo dependía enteramente del trabajo humano. Sin ningún sistema para enriquecer el suelo o impedir su agotamiento, la tierra no podía mejorarse. El valor de la tierra disminuía con su fertilidad. Cuando su fertilidad quedaba ahogada, los hombres sólo podían limpiar nuevas tierras. Puesto que la tierra no tenía ningún valor absoluto, no había ningún medio de invertir en ella o de acumular riqueza o poder a partir de su propiedad o control. África nunca tuvo propiedades cuya renta o producto sostuviera a los hombres que ostentaban cargos públicos. Los índices diferenciales en la fertilidad o el valor de porciones particulares de tierra o el área de tierra controlada no podían producir desigualdades de riqueza.

La unidad básica de la producción agrícola seguía siendo la familia o el grupo familiar. La tecnología agrícola era demasiado simple para proporcionar unos excedentes continuos o en los que se pudiera confiar. En cualquier caso, no había ningún medio de transportar comida en grandes masas o almacenarla en cantidades suficientes como para que fuera económicamente significativo o diera origen a una redistribución o comercio. La producción agrícola podía contribuir poco o nada al sostén de gobernadores, administradores, artesanos o comerciantes, los especialistas que hacen funcionar las ciudades o estados de mercado. Sin mercados, no podía haber una especialización agrícola regional. Hay pocos casos en África, incluso en tiempos históricos, de localidades particulares que explotaran sus propios recursos con vistas al intercambio con regiones cercanas dotadas de productos distintos. Como tampoco podían los individuos dedicar todo su tiempo a la práctica de una sola ocupación u oficio. Todo el mundo tenía que participar necesariamente, al menos durante parte del tiempo, en la agricultura.

En unas pocas partes de África la postura era distinta, y la tierra lo suficientemente fértil como para mantenerse bajo cultivo permanente: los huertos de plataneros en Buganda, en las orillas del lago Victoria; las llanuras de aluvión del Zambeze superior, el hogar de los lozi; y las tierras altas etíopes, fueron otras tantas de estas áreas. Todas ellas vieron la rápida evolución de instituciones estatales centralizadas. Sin embargo, buena parte del resto de África vio también el nacimiento de reinos e imperios. Ghana y Mali tuvieron muchos sucesores en las praderas del Sudán. El reino del Kongo fue uno entre muchos en los bosques tropicales costeros. Hay ciudades a lo largo de la costa este africana que llevan establecidas mucho tiempo. En el interior, el comercio del oro sostuvo a ricos y poderosos gobernantes. Abundan las teorías acerca de cómo ocurrió esto. Esta cuestión ocupa el núcleo de este libro. Aparte los estudios históricos, las disciplinas de la arqueología y la lingüística pueden contribuir a su elucidación. Pero antes de examinar estos métodos y datos, es preciso tomar en consideración otras teorías.

Raza. Muchos escritores extranjeros han visto desde hace mucho tiempo la historia africana en términos raciales, sin buscar ninguna otra explicación más allá de los caracteres genéticos inherentes a sus distintos pueblos. África se presta fácilmente a este tratamiento porque posee una diversidad humana sin parangón en ningún otro continente. Hay tres razas: negroide, caucasoide y bosquimanoide. En los días coloniales se edificaron muchas teorías

basadas en términos raciales sobre cómo se desarrollaron los estados en África. Veían a los pueblos negroides como congénitamente incapaces de la visión, liderazgo y organización que forman los cimientos de los gobiernos.

Utilizar raza y lenguaje para definir grupos étnicos o tribus presupone que ambos elementos poseen sus propios caracteres inherentes e inmutables. Las discusiones sobre la raza se han vuelto infructuosas, porque las distintas características humanas se ven en términos de rígidos estereotipos. Cada raza es así definida por un cierto número de rasgos inconexos, cada uno de los cuales se considera claro, característico e invariable. En consecuencia, se acepta que una mezcla de tales rasgos denota una mezcla racial.

En antropología física esto ha dado como resultado que los fragmentos de un solo esqueleto o incluso un cráneo sean asignados a una raza en particular. Recientemente se ha usado la serología de la misma forma; en particular, se ha considerado que el estudio de las células sanguíneas falciformes señala ciertas características raciales inmutables. Tales conceptos de raza no pueden ser apoyados. Todas las poblaciones humanas varían enormemente. También se hallan todas en un estado permanente de cambio, a medida que se adaptan a nuevos ambientes, nuevos alimentos o diferentes economías. Así, no es posible definir los tipos físicos humanos en términos rígidos, como tampoco se pueden asignar huesos únicos a una raza en particular. La debilidad de este enfoque se hace evidente incluso cuando la discusión se limita a interpretar rasgos físicos.

La filosofía que forma la base de tales conceptos de raza lleva a sus adherentes un paso más allá. Si la raza posee un valor absoluto, pueden relacionarse las razas con lenguajes, culturas e incluso formas de gobierno en particular. En este modo extremo, como veremos en el capítulo 2, la gente con rasgos caucasoides –alta y delgada, con rasgos aquilinos– es equiparada a los lenguajes camíticos. Esta correlación se extiende para incluir el pastoreo nómada, la formación del estado e incluso el reinado divino. Este tipo de enfoque ha confundido los estudios africanos durante siglos. No es tan sólo empíricamente erróneo –y existen en la actualidad muchos ejemplos concretos para mostrarlo– sino lógicamente sospechoso. Todo el concepto que reside en su base es filosóficamente insostenible.

Estudios del lenguaje. Si bien todas las teorías raciales mal fundadas han oscurecido en vez de hacer avanzar los estudios sobre el pasado africano, el trabajo de los lingüistas ofrece una gran cantidad de ayuda a los prehistoriadores. Los estudios sobre el lenguaje son valiosos no tanto a la hora de comprender las causas o procesos del cambio social como a la de rastrear las comunidades a medida que obtienen una identidad cultural concreta y luego crecen, se dispersan e interactúan con grupos vecinos. Para el arqueólogo, uno de los aspectos más sorprendentes de la lingüística es la enorme abundancia de material fácilmente accesible que se halla disponible para su estudio. No sólo las palabras mismas del vocabulario de todos los lenguajes son un campo potencial de estudio, sino que la gramática, el tono, los cambios de género, las variaciones de sonidos y demás contienen una gran cantidad de información útil. África es particularmente idónea para este trabajo, porque contiene un número y diversidad de lenguajes mucho mayor que cualquier otro continente.

Los lenguajes cambian, se desarrollan e interactúan unos con otros de una forma muy similar a las culturas. Cuando una población humana queda aislada, el lenguaje que habla se volverá a su debido tiempo distinto del de sus vecinos. Pueden reconstruirse estadios sucesivos en el proceso de diferenciación. Este tipo de secuencia, por supuesto, normalmente sólo puede proporcionar una indicación muy general de la fecha. El índice de diferenciación en el desarrollo del vocabulario depende de muchos otros factores además del tiempo. El alfabetismo es el ejemplo más obvio.

Uno de los primeros lingüistas en ver la importancia de este trabajo con relación a la prehistoria africana fue el erudito británico Malcolm Guthrie. En su clasificación de los lenguajes bantúes había reconocido un conjunto de palabras comunes a la mayoría de ellos. Dedujo que éstas debían haber formado parte de un lenguaje común original. Luego delineó la proporción de tales palabras que permanecían en los vocabularios de un conjunto ampliamente disperso de lenguajes bantúes. Halló en sus resultados un modelo consistente: la mayoría de las palabras originales se hallaban en los lenguajes de los pueblos bantúes que vivían en la sabana en la parte sur del Zaire. Guthrie consideró que el bantú tenía que haberse originado allí. La proporción de palabras declinaba en las áreas más al este y al oeste del núcleo, hacia los océanos Índico y Atlántico. Todavía quedaban menos en los lenguajes de la periferia norte y sur. Guthrie equiparó este esquema con el esquema histórico de la expansión de los pueblos de habla bantú.

El razonamiento de Guthrie es actualmente cuestionado sobre bases lógicas. Las áreas donde hay una alta retención de formas arcaicas no se corresponden necesariamente con el punto de origen de los lenguajes. En la práctica, el conservadurismo y la uniformidad son características de formas de lenguaje posteriores y periféricas. Puede demostrarse matemáticamente que los lenguajes de unos vecinos inmediatos estarán siempre más íntimamente relacionados unos con otros que con lenguajes más distantes. El esquema radial de Guthrie es pues inevitable. No posee ninguna connotación histórica. Sin embargo, los estudios de Guthrie mostraron a los arqueólogos el



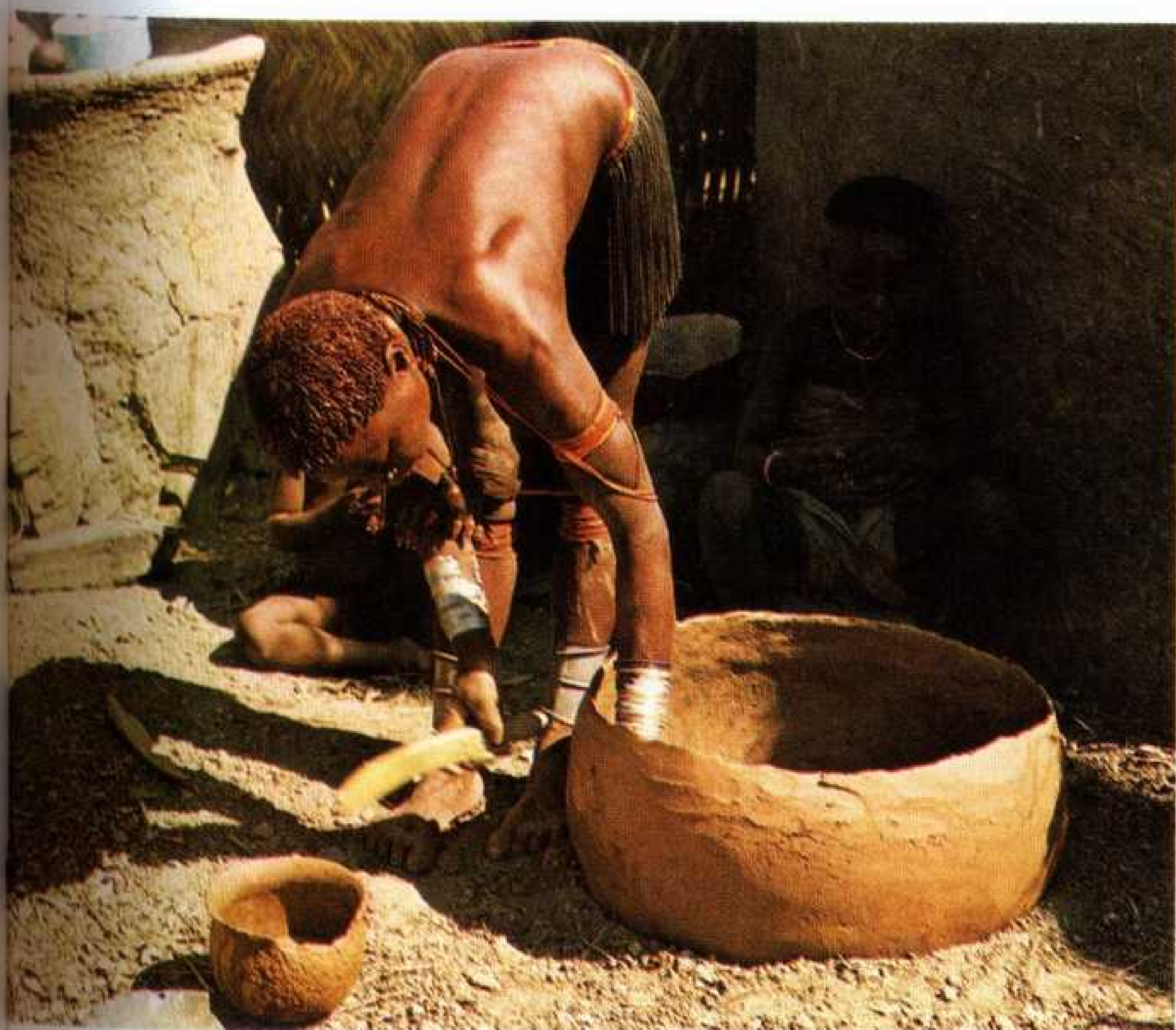
potencial del trabajo lingüístico para una reconstrucción del pasado.

El historiador norteamericano Christopher Ehret ha tomado un enfoque distinto a la reconstrucción lingüística del pasado. Cuando unos pueblos que hablan lenguajes diferentes entran en contacto, toman prestadas palabras los unos de los otros. Los vocabularios, en particular las palabras prestadas, reflejan la extensión y la naturaleza de estos contactos. El núcleo del vocabulario de cada lenguaje –por ejemplo, las palabras que describen algunas de las ideas más fundamentales, como las relaciones familiares, los números o las partes del cuerpo– son mucho menos susceptibles al cambio que las otras. A partir de una consideración del tipo de palabras prestadas unos de otros, los lingüistas pueden sugerir si los grupos han sido vecinos durante un largo período de tiempo, si un grupo ha dominado a sus vecinos, si un grupo se hallaba en proceso de absorción o extinción, o si un grupo no estaba haciendo más que usar las técnicas o el conocimiento técnico de otro.

Los lenguajes de África se hallan agrupados en cuatro familias. La familia khoisan es de poca importancia para los estudios de la Edad de Hierro. Durante el último millar de años ha sido hablada sólo por pequeños grupos de cazadores que viven alrededor de los bordes de los desiertos del sur de África y por pastoreadores que viven cerca de la punta meridional africana.

Página opuesta: Toda la gama de vasijas de cerámica excavadas de una morada urbana en la antigua Ife. Incluye recipientes para cocinar, servir y almacenar, y potes pintados de rojo reservados para las ofrendas a los templos y las ceremonias.

Abajo: La elaboración tradicional de la cerámica en África es una tarea doméstica. Los recipientes se van formando lentamente a mano, sin hacerlos girar nunca en una rueda de alfarero.



La familia del Níger-Congo incluye los lenguajes sudánico occidental y bantú. Ambos se reúnen cerca del río Benue al este de Nigeria. Es probable que el bantú se originara allí. Los que hablan bantú pueblan ahora la totalidad del este y el sur de África. Se han identificado entre 350 y 400 lenguajes bantúes distintos. Hay pocas dudas de que la introducción del trabajo del metal, la agricultura y la vida en los poblados del este de África se equipara en algunas formas con la dispersión de los pueblos de habla bantú.

La distribución de la tercera familia de lenguajes, la nilo-sahariana, se halla hoy fragmentada. Los lenguajes de esta familia están dispersos por todo el desierto del Sáhara, el Sudán y partes del este de África, áreas que coinciden con los yacimientos de los primeros poblados permanentes en África, donde los pescadores explotaban los pantanos y los lagos de territorios que en su tiempo fueron fértiles y bien irrigados pero que ahora son en su mayor parte desérticos. Un grupo de lenguajes de esta familia, el sudánico central, era hablado por el pueblo que introdujo la agricultura y el pastoreo entre los pueblos de habla bantú.

La cuarta familia, la afro-asiática, incluye cinco lenguajes cusíticos, hablados hoy en Etiopía, Somalia y el norte de Kenia. Estos lenguajes fueron etiquetados en su tiempo como «camíticos». Los teoristas raciales veían a los camitas como el pueblo que introdujo el gobierno y el reino en África. Aunque estas teorías están hoy desacreditadas, son un terreno sustancial para suponer que los de habla cusita, que hoy viven en pequeños grupos en el Rift Valley de África Oriental, fueron en su tiempo más numerosos y se hallaban más extendidos. Entre hace dos y tres mil años, probablemente introdujeron el pastoreo en las tierras altas de África Oriental.

A la hora de correlacionar lenguaje con otras evidencias culturales es preciso reconocer que la relación entre los dos es compleja y cambiante. Los elementos de la cultura pueden dispersarse a áreas diferentes de formas distintas, en respuesta a estímulos diferentes de aquellos que afectaron la dispersión del lenguaje. Un pueblo puede adoptar un nuevo lenguaje sin cambiar su cultura, o cambiar su economía y su estilo de vida sin cambiar su lenguaje. Abundan los ejemplos tanto en el África contemporánea como en su historia.

Arqueología. La esencia de la lingüística histórica ha sido identificar grupos distintos y rastrear su crecimiento. Son vistos en términos de su distribución geográfica y su interacción con otros grupos. Los estudios arqueológicos en África han tendido a seguir un curso paralelo. (Tienen la ventaja de ser capaces también de datar muchos de los desarrollos.) Como lenguajes, se hallan divididos en dialectos, grupos y familias, de modo que las entidades arqueológicas han sido definidas en términos



Los símbolos de la realeza en África son muchos y variados. Esta antigua máscara de cobre de Benín forma parte de las galas reales del atah de Idah, sobre el río Níger.

de conjuntos, industrias y culturas. Pueden rastrearse diversos elementos como tradiciones a través de fases o períodos de tiempo. Todas estas entidades se definen por las formas de ciertos artefactos: herramientas, armas, cerámica o edificios. (Cada vez se reconoce más que muchas de estas definiciones se basan en muestras dispersas y prejuiciadas y en unos pocos objetos, a menudo arbitrariamente seleccionados. Estos últimos pueden carecer de significado histórico o realidad.)

De este modo firme y detallado se han establecido en muchas partes de África modelos arqueológicos. Perfilan los cambios que han tenido lugar a lo largo de los últimos dos mil años en diseño y tecnología. Tales esquemas pueden volverse cada vez más detallados y refinados. Sus ramificaciones proliferan. Nuevos descubrimientos pueden hallar su lugar con facilidad y precisión en tales diseños. Las entidades pueden recibir una mayor apariencia de realidad cuando se hallan correlacionadas con grupos étnicos o de lenguaje.

De todos modos, es preciso preguntar siempre qué significado pueden tener estas unidades de lenguaje y culturas prehistóricas. ¿Qué relevancia tienen para el estudio del desarrollo histórico? La elaboración de tipologías –ya sean lingüísticas o arqueológicas– contribuye poco a la comprensión de cómo o por qué han cambiado las comunidades. Proporciona pocas indicaciones de su estructura social, su organización, sus instituciones o su base económica. Olvidar o dejar de lado muchos de los elementos clave que constituyen una sociedad significa que es difícil localizar cualquier ímpetu hacia el cambio o la inestabilidad dentro de una sociedad de este tipo. Esto da a entender que la mayoría de los prehistoriadores en África buscan invariablemente las causas del cambio fuera de las «culturas» que están estudiando. Para tiempos más remotos las causas se han visto en cambios del clima o del entorno. Las presiones demográficas, generadas de forma nebulosa –por «éxitos»– que no son susceptibles de regulación social, son propuestas a menudo. Para sociedades más recientes se sugiere a menudo que poblaciones enteras emigraron y que guerras, conquistas y esclavitud trajeron consigo un rápido y total cambio cultural. Nuevas ideas de gobierno y reino fueron difundidas desde los antiguos centros de civilización o llevadas consigo más rápidamente por grupos de aristócratas, guerreros u hombres de estado refugiados, en número demasiado pequeño para dejar su huella en el registro arqueológico. Estos conceptos merecen un examen más detallado. Existen ciertamente precedentes históricos bien sustanciados para sostener muchas de tales interpretaciones.





Arriba: El tesoro de los emperadores de Etiopía, guardado en su catedral de la coronación en Aksum, incluye coronas votivas, sombrillas, tambores y cruces tradicionales de latón intrincadamente grabadas.

Página opuesta: El oba de Benín, con su traje ceremonial de cuentas de coral, oficia en el altar de su padre. Su apoyacodos, en forma de caja ritual, se parece a los antiguos taburetes de Ife.

Abajo: Algunos jefes asantes tienen el privilegio de «traductores» en sus séquitos. Son reconocidos por sus varas que muestran proverbios asantes y están cubiertas con pan de oro.



La Edad del Hierro primitiva, en la que la agricultura, el trabajo del metal y la vida en poblados fueron introducidos en amplias partes del este de África, marcó una profunda, repentina y completa ruptura con la Edad de Piedra tardía. Esto sólo puede verse en términos de un cambio fundamental en la masa de la población sobre un área amplia. Sin embargo, este proceso necesitó siglos para dispersarse por el continente. No implica de ninguna forma que hordas amenazadoras de guerreros bien armados avanzaran firmemente hacia el sur a través de África. La Edad del Hierro tardía puede representar muy bien un cambio similar. Ciertamente, resulta difícil en la actualidad ver mucha continuidad social, económica o cultural entre cualquiera de sus variantes y la Edad de Hierro primitiva.

En tiempos históricos el desarrollo de los sistemas de gobierno de estado en África ha dado a menudo como resultado conquistas militares. Los ejércitos han invadido un territorio y han permanecido en él para exigir tributo y servicio de los conquistados. Frecuentemente se han establecido como una aristocracia gobernante permanente. Así, las diferencias étnicas y culturales entre grupos se han visto perpetuadas e incorporadas en la organización de la sociedad. A menudo la economía de los dos grupos ha seguido difiriendo y ha servido para refor-

zar la estructura de clase. En el sur de África muchos ejércitos zulúes se trasladaron hacia el norte desde Natal para escapar a la presión chaka a principios del siglo XIX. Los ndebele se asentaron en Rodesia, los nguni en Malawi y Zambia, y los kololo en el sur de Zambia. En cada territorio introdujeron nuevas formas de gobierno a las poblaciones indígenas.

Muchos estados de África surgieron de la interacción entre los pastoreadores –normalmente el grupo predominante y el más agresivo– y los agricultores. Los pastores fulani en el Sudán conquistaron a los sedentarios agricultores hausa. Los ganaderos nilóticos del este del Sudán se abrieron camino en el siglo XV hasta el corazón de las tierras agrícolas bantúes a través de los Grandes Lagos de África Oriental. La última de las varias oleadas de tales invasiones fue la de los luo y massai, dos siglos más tarde. Los pueblos de las tierras que rodeaban a aquellas que habían sido conquistadas adoptaron a menudo formas centralizadas de gobierno similares a aquéllas del pueblo que los amenazaba.

Reino. Para quienes ven las fuerzas impulsoras del desarrollo social en términos de la difusión de formas extranjeras de organización, la institución más importante y de mayor penetración introducida en África fue el reino «divino» o «sudánico». Se caracteriza por los poderes únicos de un solo gobernante autocrático, que combinaba funciones religiosas y gubernamentales. Algunos ven sus orígenes en los faraones de Egipto. Desde ahí la idea se extendió a Nubia y al reino de Meroe, de donde pasó a Aksum en Etiopía, a África Occidental, y finalmente se extendió por la mayor parte del África negra.

Se creía que sus distintas formas tenían mucho en común. Los derechos y la propiedad sobre las tierras correspondían al rey, que poseía poder absoluto sobre su adjudicación. A menudo el ganado era suyo también. El rey reflejaba y encarnaba el bienestar de la nación. Plantaba la primera semilla de la estación y recogía la primera cosecha. Si se debilitaba, la nación sufría. En consecuencia, un rey enfermo era invitado a quitarse la vida para dejar paso a un sucesor sano. El rey vivía en reclusión en medio de una galaxia de cortesanos, con una proliferación de títulos y funciones. Sus reinas –su madre, hermanas y consortes– tenían un prestigio y a menudo un poder particulares. El oficio de monarca estaba simbolizado por muchos adornos e insignias, que a menudo eran más reverenciados que la propia persona del rey.

Pueden hallarse formas de reinado que combinaban muchos de estos atributos en buena parte del África subsahariana. Pero, ¿son tan similares que deben explicarse en términos de un origen común? El reino sudánico es una abstracción, construida combinando rasgos de muchas áreas y períodos diferentes. Es un término sombrilla. Existe más como un ideal en las mentes de los antropólogos e historiadores que en cualquier estado o sistema social africano tomado individualmente. Resulta difícil argumentar contra un concepto formulado de esta forma. Por el método mismo usado en su construcción, puede hallarse casi en todas partes. Posee una inevitable e inherente universalidad.

Estudios detallados han mostrado que muchos reinos africanos desarrollaron y adquirieron rasgos de reino sudánico en diferentes períodos, a menudo siglos después de que fueran fundadas sus dinastías. En ninguna

Página opuesta: Un rey asante, el omahene de Akrokerri, es llevado a un festival en un palanquín, rodeado por las espadas y sombrillas de su cargo, objetos tradicionales de las galas reales asante.

Abajo izquierda: Las coronas llenas de cuentas son uno de los derechos más celosamente guardados de los 16 reyes yorubas descendientes de los dioses. Las coronas de Ikirun son exhibidas una vez al año.

Abajo: Los taburetes son unos símbolos particularmente sagrados de realeza e identidad nacional. En la antigua Ife algunos taburetes eran tallados de bloques de cuarzo, un logro sorprendente.







parte era el reino una única entidad estática, completamente formada desde el principio. Así, es improbable que ningún sistema de reinado tuviera una única fuente. En el Sudán occidental, los obvios ecos del antiguo Egipto quedan apagados por los rasgos derivados de los primitivos agricultores negroides. Entre estos agricultores, los oficios de jefe y sacerdote se veían a menudo combinados en una única persona. Los cultos a la tierra y a la producción de la lluvia, que unían fertilidad con el bienestar del gobernante, forman la raíz del sistema de creencias. Una continuidad entre liderazgo dentro de las sociedades de los poblados, basadas en grupos familiares, y los principios monárquicos de los estados africanos, es muy evidente. Hay pocos signos de interrupciones disruptivas, culturales o políticas, en el desarrollo de las formas más complejas de integración social.

Si bien las elaboraciones del reino sudánico proporcionan una falsa y extraña sensación de unidad a las formas más complejas de sociedad africana, uno debe reconocer que los conceptos de poder religioso se hallan profundamente incrustados en las formas africanas de gobierno. En las sociedades basadas en el poblado de África, la visión del mundo es predominantemente religiosa. La autoridad se define en términos espirituales; está respaldada por las mismas fuerzas. Los conflictos dentro de una sociedad son resueltos con una llamada a los espíritus, que tomarán posesión de un médium. Éste recibe entonces el poder de investigar y dictar juicio sobre las disputas. De la posesión temporal por un espíritu a una posesión más permanente, base del reino divino, sólo hay un paso fácil de concebir.

Así, el reino ritual puede verse como un «proyecto mental» que permeaba la sociedad africana, un «fondo común de ideas políticas», un «estilo común», una «forma común de pensar». El reino fue creado a partir de sistemas de reinado que siguen formando la base de las estructuras políticas dentro de los reinos. Las comunidades africanas evidencian generalmente una preocupación hacia los enfoques indirectos de las relaciones sociales. También muestran una pasión hacia la legalidad y el orden. Todos estos rasgos residen en el corazón de la sociedad africana tradicional.



Los cuernos que se soplan por el lado pueden ser antiguos, raros y preciosos símbolos de la identidad de una comunidad. *Arriba:* El *siwa* de bronce de Lamu y el *siwa* de marfil de Pate, islas del norte de Kenia, datan del siglo XVII. *Abajo derecha:* El *siwa* de Mbweni, ahora un insignificante poblado de pescadores de Tanzania. *Abajo:* Cuernos utilizados en una corte asante.

Si bien los orígenes del reino ritual se hallan muy profundamente arraigados y se remontan a lo largo de milenios de historia africana, el gobierno de estado puede ser mucho más reciente. El estado poseía el monopolio de la fuerza. Sus instituciones controlaban, administraban y defendían la producción de la comunidad. Muchas instituciones estatales requerían apoyo religioso para ratificar su poder. No hay dicotomía entre estado y religión, ninguna separación entre sacerdote y rey, en la sociedad africana. Allá donde los dos brazos son distintos, las instituciones religiosas servían al rey de muchas formas prácticas. Los sacerdotes de los mwari proporcionaban una red de información e inteligencia que cubría todo el país hasta el reino de los rozvi de Rodesia a finales del siglo XIX. Los sacerdotes mwari diseminaban los objetivos y órdenes del rey entre la comunidad. Hoy, en la misma zona, los médiums de los espíritus del shona actúan de una forma similar, y proporcionan autoridad moral dentro de las sociedades tradicionales para los ejércitos de la guerrilla.

Factores económicos. Hemos visto cómo el suelo y el clima, los métodos simples de agricultura, las poblaciones escasas y dispersas y la tierra ilimitada, y las dificultades de transporte, almacenamiento y comunicación, afectaban las posibilidades de desarrollo social y económico en África. Hemos visto algunas de las respuestas: cómo en tiempos históricos han surgido sistemas particulares de gobierno centralizado a través de guerras, conquistas y migraciones. También hemos visto cuántas comunidades a través del continente han desarrollado sus propios sistemas de reinado. En resumidas cuentas, ¿puede hacerse alguna generalización sobre los procesos de la historia y la prehistoria en África?

Las instituciones del estado dependen de la acumula-





ción de un excedente económico para su sostén. En la situación africana, ¿cómo puede conseguirse esto?

Cuando existen nuevas tierras fácilmente accesibles para el asentamiento, las imposiciones de un rey deben descansar de forma ligera sobre sus súbditos si no quiere destruir su reino. Los súbditos insatisfechos pueden muy bien marcharse y crear nuevas políticas o transferir su lealtad a un dirigente distinto. Los reinos onerosos se fragmentan con facilidad. Sin embargo, cuando el tributo de los súbditos de un rey puede producir poco en forma de excedentes para el estado, es preciso obtener éstos de alguna otra forma. Muchos estados se vieron obligados a buscarlos fuera de sus propios sistemas de producción.

Allá donde la tierra es ilimitada y no posee valor comercial y donde el rendimiento de los agricultores no puede sostener los instrumentos de gobierno, el poder reside en quienes pueden obtener hombres. Lanzar incursiones contra los territorios vecinos y tomar cautivos, que eran puestos a trabajar como esclavos, proporcionaba mano de obra, el instrumento necesario para aumentar la producción. Las incursiones crecían inevitablemente hasta convertirse en campañas de conquista. Los estados conquistados podían proporcionar tributos constantes en forma de esclavos. Una vez encarrilado este proceso, muchas veces aquellos que se veían amenazados aceptaban rápidamente el status de vasallos y tributarios antes que enfrentarse a la guerra y a la perspectiva de una completa destrucción.

Sin embargo, aunque la exportación de esclavos a las Américas, a través del comercio esclavista del Atlántico, fue una herida abierta en África Occidental durante siglos, se trató de una creación posterior y extranjera. Parece que la esclavitud tuvo un papel muy pequeño en el desarrollo de los estados africanos. Nunca tuvo un significado económico importante. Los esclavos eran usados como porteadores en las caravanas comerciales, y trabajaban como mineros cavando en busca de oro para los reyes akanos del siglo XVI. Pero sólo proporcionaron al rey una ventaja marginal sobre los campesinos que efectuaban el mismo trabajo por su propia cuenta. Los esclavos fueron usados también para proporcionar la mano de obra necesaria para desarrollar una economía real de plantaciones en Dahomey en el siglo XIX. Sin embargo, éste fue un método extranjero de producción que sólo fue introducido cuando el comercio de esclavos hacia otros países cesó.

Otra fuente potencial de excedentes fue el comercio con una fuente externa. Las comunidades tuvieron que mirar fuera de sí mismas y exportar sus valiosas materias primas a los comerciantes extranjeros que estaban en contacto con mercados más allá del alcance de sus propios comerciantes. Para tener éxito en esta empresa, las comunidades tuvieron que acumular artículos suficientes en un mismo lugar para conseguir que fuera rentable a los comerciantes extranjeros el visitarles. Las fuentes de materias primas exportables –como el cobre, el oro o el marfil– eran difusas. El control central de su producción era, en consecuencia, difícil. El control de los mercados, y el acceso a ellos y a los comerciantes que entraban en el país, era mucho más fácil. Cuando una autoridad podía garantizar una regular y amplia provisión de artículos, un viaje seguro, un intercambio justo y un sistema económico estable, tenía asegurado el comercio exterior. Así, la autoridad centralizada creció a partir de un monopolio del comercio extranjero. El control centralizado de la distribución, y de ahí el valor de las importaciones, podía determinarse por los receptores. Los productos textiles extranjeros, las cuentas y el metal elaborado eran convertidos en bienes de prestigio, los elementos esenciales que determinaban y exhibían el status de una persona: una medida de su rango y riqueza. Se utilizaban para sellar contratos y eran intercambiados como prueba de compromiso. El sistema proporcionaba incentivos positivos para la lealtad. La disponibilidad de los bienes de prestigio para su distribución atraía a los seguidores de un rey y permitía a éste retener su lealtad. Concentraba una creciente riqueza y poder en el estado.

Es posible ver la mayor parte de las economías africanas como divididas en dos sectores. La gran masa de la población, ampliamente dispersa en poblados, permanecía vinculada a la agricultura tradicional. Tan sólo producía la comida suficiente para mantenerse a sí misma. El trabajo estaba organizado en unidades familiares. Las lealtades se mantenían a nivel de poblado. Los intercambios dentro del poblado podían tener lugar entre herrero y granjero, cazador y pastor, a veces a una escala que permitía un cierto grado de incipiente especialización. Pero estos intercambios no generaban un impulso comercial. No estimulaban la producción, y no ofrecían ninguna diferencia significativa a la economía básica. Los artículos se fabricaban para ser usados en las pequeñas comunidades que los producían. No tenían ningún valor de cambio. No podían ser comparados en términos monetarios. Su circulación estaba a menudo enteramente restringida a ciertos sectores de la comunidad, como los ancianos del poblado. Estas comunidades igualitarias no tenían ningún incentivo para el cambio. Su forma de vida ha permanecido casi invariable en África hasta nuestros días.

El sector comercial de la economía fue producto de los contactos con extranjeros y del comercio a larga distancia. Era el monopolio de un pequeño grupo, que exclusivamente por su acceso, no por los recursos sino por los mercados gracias a los cuales podían convertirse en un excedente útil, se transformó en la clase dirigente. Su control del trabajo, las tierras o la producción era mínimo: suficiente para proteger el flujo del comercio, y no más. Recibían poco en forma de tributo, ni en trabajo ni

en especies, del sector de subsistencia. Tampoco podían permitirse exigir mucho de los comerciantes extranjeros. Los excedentes generados por el comercio extranjero no se empleaban en incrementar la producción en el sector de subsistencia, sino que eran convertidos en bienes de prestigio. Esto perpetuaba los privilegios. Eran consumidos, acumulados o destruidos ceremonialmente. No estimulaban ni cambiaban la economía de subsistencia.

La moneda, que proporcionaba un patrón común de valores de cambio, y las leyes de la oferta y la demanda, que permitían que la producción cambiara en respuesta a las demandas del consumidor, no funcionaron nunca. El estado determinaba dónde podían tener lugar los intercambios y quiénes podían participar en ellos. Decidía qué bienes podían ser comerciados y en qué términos. Crucialmente, determinaba los valores equivalentes a los que esos bienes podían ser intercambiados. Se trataba de una economía administrada y no de una economía de mercado.

Pese a estos controles, el sector comercial de los estados tradicionales generó su propio impulso político. Empujó al estado hacia la expansión territorial, animando la captura y el control de los centros de producción, nuevos mercados o agencias. Buscó un mayor control del comercio para eliminar intermediarios. Inversamente, fue con frecuencia de interés para los comerciantes subvertir el monopolio de la autoridad central. Ofrecían a la gente de la periferia del estado mejores condiciones comerciales a fin de alentar su secesión. Buscaban relaciones comerciales directas con los productores. La participación extranjera en el comercio introducía con frecuencia una influencia inherentemente desestabilizadora hasta el propio corazón de la economía.

La dualidad de muchas economías africanas queda generalmente reflejada en la naturaleza dual de las sociedades de África. Las relaciones e interacciones entre los dos sectores y las tensiones que generan eran fuerzas dinámicas, que impulsaban a las sociedades hacia el cambio.

Este modelo de una dicotomía simple en la sociedad y la economía es en muchos casos una excesiva simplificación. A menudo surgían empresarios e intermediarios locales para explotar recursos particulares. Formaban elementos adicionales de la sociedad. Puede hallarse un ejemplo en la meseta Batoka de Zambia. En la estación agrícola baja, grupos de hombres tonga emprendían viajes comerciales hasta distancias considerables. No sólo producían sal y metales trabajados, sino que actuaban como intermediarios y comerciaban con otros grupos. Distribuían metales trabajados del norte y pescado del río Zambeze. Sin embargo, la riqueza que obtenían era disipada rápidamente. Seguían siendo agricultores. Sus actividades comerciales les reportaban aventura y prestigio, una mejor forma de vida y alguna seguridad contra la adversidad. Pero hubieran podido hallar todos estos mismos beneficios cazando cerca de sus casas.

Muchos otros grupos vivían de una forma similar. Algunos empresarios locales desarrollaban frecuentemente sistemas regionales de comercio. Podían proporcionar los contactos locales, el conocimiento y la experiencia locales, y seguridad a los extranjeros. Eran precisamente los factores que servían para atraer a los comerciantes desde muy lejos hasta la zona. A finales del siglo XIX los nyamwezi proporcionaron los porteadores, la comida y el conocimiento local para las caravanas de esclavos suahili de camino desde la costa de África Oriental hasta los Grandes Lagos. Los chikunda hicieron algo muy parecido para los comerciantes portugueses en el valle del Zambeze, quizá siguiendo el ejemplo de los trabajadores del metal del siglo XIV de Ingombe Ilede en la misma zona. En África Occidental los pueblos mande, bajo toda una variedad de nombres, tuvieron un papel clave como empresarios para los estados de Mali, Songhay y Asante. Estos comerciantes profesionales formaban una clase aparte. Residían en barrios especiales en muchos interiores de capitales e influenciaban su política.

Se ha dicho ya lo suficiente para mostrar que, si bien las constricciones sobre el desarrollo social y económico fueron similares en muchos lugares, la forma en que la gente se adaptó a ellas difirió enormemente. Es muy improbable que existiera una solución sencilla y uniforme. El modelo esbozado aquí deriva principalmente de estudios históricos, en los que el detalle y la precisión se hallan disponibles con mucha más facilidad. La reconstrucción de las estructuras sociales y económicas del África prehistórica de la Edad de Hierro, que formaron los cimientos de los estados y los reinos históricos, apenas ha empezado.

Capítulo segundo: Conceptos de África



África ha visto pocas de las espectaculares revelaciones que iluminan la historia de la arqueología en otros continentes. Ninguna civilización desconocida ha brotado a la luz. Ningún explorador ha tropezado con ruinas de ciudades perdidas en las junglas tropicales. Pocos excavadores han tenido la buena suerte de descubrir las riquezas de pueblos desconocidos. Las razones son muy evidentes. Hasta hace poco más de dos mil años nunca hubo asentamientos permanentes al sur del desierto del Sáhara. Los reinos surgieron en África tan sólo en los últimos mil años o así. Esto significa que los símbolos de un estado Africano –edificios monumentales, galas reales, esculturas de reyes, dioses o padres fundadores– no son particularmente antiguos. No han tenido tiempo de ser abandonados, de desvanecerse o de quedar enterrados. Muchos se hallan todavía en los palacios de los gobernantes tradicionales. Este corto espacio de tiempo significa también que la continuidad cultural entre las sociedades africanas contemporáneas y los reinos primitivos sigue siendo algo real y vivo. El pasado se recuerda en genealogías dinásticas, es contado una y otra vez en las corte de los reyes. Las heroicas hazañas de los antepasados aparecen en los mitos y se representan en los rituales, danzas y festivales. Los acontecimientos históricos, guerras, conquistas y migraciones se hallan incrustados en la memoria de la gente. Son transmitidos y contados por historiadores especializados.

Esto no quiere decir que las sociedades africanas no hayan desarrollado y cambiado mucho a lo largo de los siglos. En los últimos quinientos años, por todo el continente, las instituciones indígenas se han visto sometidas a una tensión particular a causa de la explotación económica externa y el comercio esclavista. El daño que ha causado esto ha sido profundo y extenso. En el siglo XIX, cuando la penetración en el interior del continente de misioneros, comerciantes y exploradores europeos empezó a pavimentar el camino de la colonización directa, estas tensiones se hicieron particularmente evidentes. Tanto es así que muchos de los visitantes extranjeros posteriores hallaron a la gente local indolente, degradada y poco digna de confianza. Su sociedad parecía primitiva y estancada. No había ninguna razón para suponer que las cosas no habían sido siempre tan horribles. En estas circunstancias, los portadores estándar de la civilización europea creyeron de forma natural que su influencia sólo podía ser benéfica. Ciertamente no comprendieron que el atraso de África podía ser al menos en parte resultado de las acciones de sus predecesores. Si el carácter primitivo de África fuera inherente, los africanos estarían destinados por naturaleza a ser los receptores pasivos de las culturas extranjeras y a cumplir el papel de sirvientes y esclavos. Los brotes de creatividad y arte, cultura y civilización humanos, estaban sin embargo por todas partes.

Cuando se «descubrieron» los logros africanos en arte y arquitectura, fueron interpretados de forma natural como la obra de extranjeros civilizados procedentes de Asia o Europa. Milenios antes, los colonos prehistóricos debieron introducir sus culturas en África. Esta actitud se refleja en los escritos de los más eminentes filósofos e historiadores de Europa. Georg Wilhelm Hegel, en su *Filosofía de la historia*, publicada en 1854, observó que: «África no es un continente histórico; no muestra ni cambio ni desarrollo, y cualquier cosa que haya ocurrido en ella pertenece al mundo de Asia y de Europa ... nada remotamente humano puede hallarse en el carácter [negro] ... Su condición no es capaz ni de desarrollo ni de educación. Tal como los vemos hoy en día es como han sido siempre».

En 1961, el historiador británico Hugh Trevor-Roper escribió: «En la actualidad no existe historia africana: sólo es la historia de los europeos en África, el resto es oscuridad ... y la oscuridad no es un tema histórico. Por favor, no me interpreten mal. No niego que han existido grandes hombres incluso en los países oscuros y los siglos oscuros, ni que han tenido su vida política y su cultura, interesantes para sociólogos y antropólogos: pero la historia, creo, es esencialmente una forma de movimiento, y un movimiento deliberado además. No es una mera fantasmagoría de formas y atuendos cambiantes, de batallas y conquistas, dinastías y usurpaciones, formas sociales y desintegración social. Si toda la historia es igual, como algunos creen ahora, no existe ninguna razón por la que debamos estudiar una sección de ella antes que otra; porque ciertamente no podemos estudiarla toda. Claro que podemos dejar a un lado nuestra propia historia y divertirnos con los estériles giros de tribus bárbaras en pintorescas pero irrelevantes esquinas del globo: tribus cuya principal función en la historia, en mi opinión, es mostrarle al presente una imagen del pasado del cual, por la historia, han escapado».

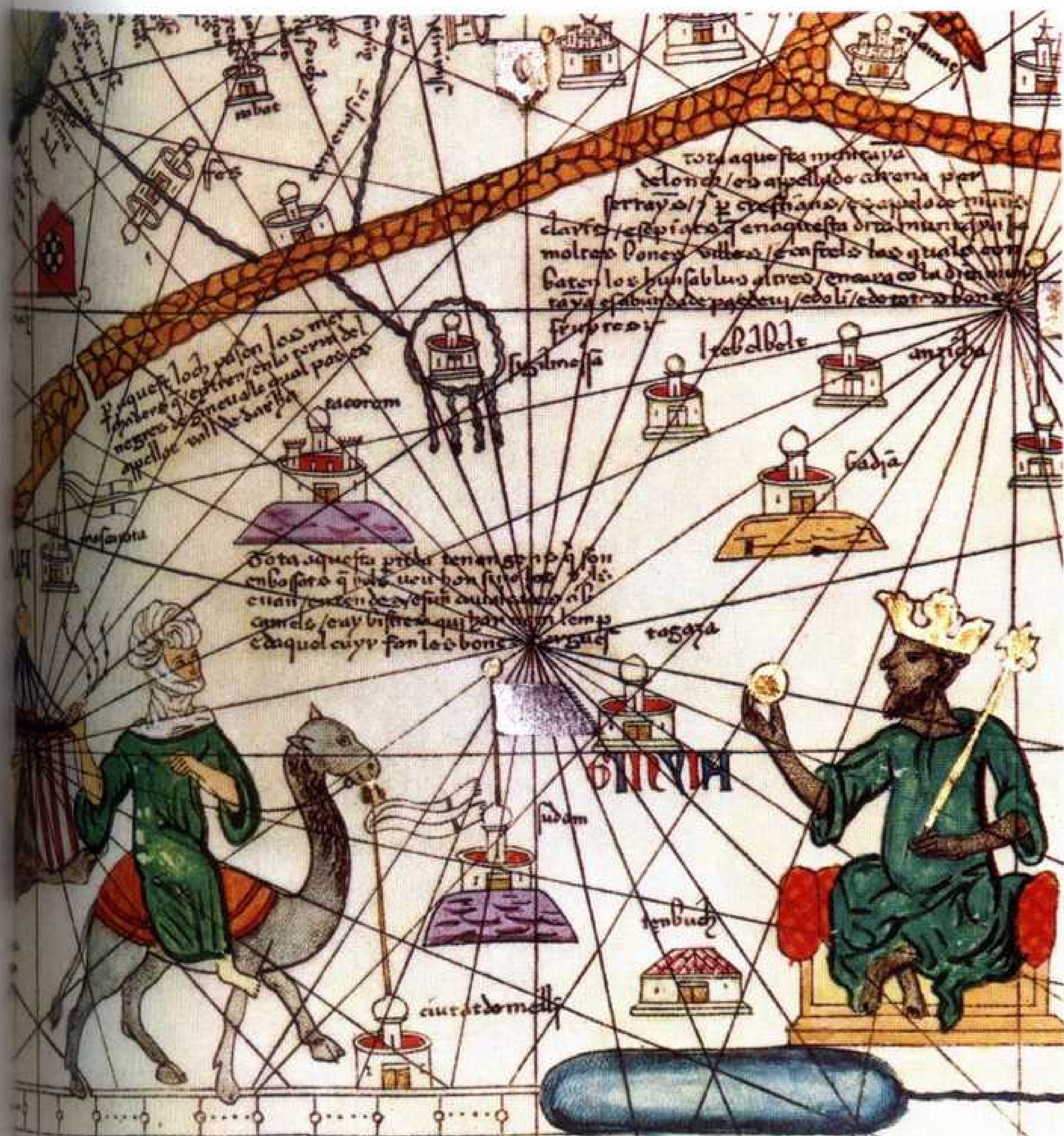
Actitudes como éstas han prejuiciado a muchos investigadores. Tales preconcepciones han distorsionado sus hallazgos. Así, pese a que el oni de Ife, rey de la ciudad que es el centro espiritual del pueblo yoruba de Nigeria, podía nombrar los temas representados en las antiguas esculturas, talladas y moldeadas con suprema sensibilidad y desenterradas en su capital, colocadas en los templos de su pueblo, y guardadas por sus sacerdotes, esto no era tomado como indicativo de que los artesanos yorubas podían haberlas elaborado o sus reyes encargado. Aunque la gente del lugar podía contar la historia del Gran Zimbabwe y describir las ceremonias religiosas celebradas en su tiempo allí, esto no significaba que fueran responsables de los edificios. Estas cosas sólo indicaban que unos artistas extranjeros habían sido

Página anterior: Un *griot* o bardo. Los bardos de la corte de los reyes mandinga eran custodios de las tradiciones orales. Cada uno de ellos podía recitar la historia de la dinastía y del reino.

absorbidos, hacía mucho tiempo, por la población local. Su sangre, raza y cultura se había diluido, debilitado, degradado y casi extinguido a causa de sus súbditos negroides. Aparte los monumentos, la única huella de su paso tenía que hallarse en los labios delgados, la piel algo más clara o las narices puntiagudas de informadores particularmente elocuentes. El abismo entre la realidad histórica y las interpretaciones extranjeras de ella es tan amplio en África que la investigación prehistórica ha de tener en cuenta estas actitudes. Debe buscar discernir las presiones y motivos que las moldearon.

Los geógrafos árabes. Esta negación de los logros africanos es un fenómeno del período colonial y los años que condujeron a él. No quedó reflejada en el primer contacto entre los viajeros extranjeros y los reinos africanos. La primera indicación de las riquezas culturales y económicas de África procede de los eruditos árabes. Una vez el Islam se hubo establecido a lo largo de las orillas meridionales del Mediterráneo, las caravanas cruzaron el Sáhara y unieron el Sudán africano occidental con el comercio del mundo islámico. En el Sudán crecieron grandes ciudades comerciales. Su riqueza era una realidad viva para el mundo islámico. Con las caravanas iban aventureros, eruditos y mercaderes. Regresaron con grandes historias, con detalladas descripciones de ciudades y gente, y con afirmaciones de la posibilidad del comercio. Sus informes fueron la sustancia sobre la que trabajaron los geógrafos árabes.

En el Atlas Catalán, el mansa Musa recibe a un mercader sahariano. Entre ellos están reflejadas *Tagaza, Ginyia* (Guinea), *Melli* (Mali), *Sudán* y *Rembuch* (Tombuctú).



A finales del siglo VIII, al Fazari, geógrafo de la corte del califa de Bagdad, mencionó por primera vez el antiguo reino de Ghana en el Sudán meridional. Un siglo más tarde, al Yarubi señaló que las minas de oro y muchos estados tributarios formaban la base de la grandeza del rey de Ghana. En 1067 al Bakri, un árabe español que vivía en Córdoba, ofreció el cuadro más completo de Ghana. Describió cómo la capital de Ghana estaba dividida en dos. El área comercial abastecía a los mercaderes extranjeros y tenía una docena o más de mezquitas. A una cierta distancia, al otro lado de la ciudad, vivía el rey, en un palacio construido al estilo tradicional. La complejidad y riqueza de su corte eran inmensas. En sus audiencias estaba rodeado por gobernadores y visires y flanqueado por pajes que llevaban espadas montadas en oro. Los adornos de oro relucían por todas partes. Incluso los jaeces de las caballerías y los collares de los perros eran de oro y plata. Los reyes de Ghana se llevaban todo su esplendor a sus tumbas. A su muerte, el cadáver del rey era depositado en una cámara bajo un túmulo de tierra en forma de cúpula, rodeado de joyas, comida, bebida y sirvientes. Ghana era lo bastante poderosa como para situar a 200.000 hombres, incluidos 40.000 arqueros, en el campo de batalla. Su riqueza procedía de los impuestos sobre el cobre y la sal que cruzaban la capital en dirección a los bosques del sur y sobre el oro del sur que la cruzaba hacia el norte.

La riqueza del África negra se exhibió a plena vista del mundo árabe cuando el mansa Musa, el rey de Mali, se alojó en El Cairo durante su peregrinaje a la Meca en 1324. Doce años después de su paso, al Omari halló el acontecimiento todavía muy vívido en la memoria de su benefactor: «Este hombre esparció por El Cairo el fluir de su generosidad: no hubo persona, oficial de la corte u ostentador de cualquier cargo del sultanato que no recibiera de él una suma de oro. La gente de El Cairo ganó incalculables sumas de él, ya sea comprando o vendiendo o mediante regalos. Corría tanto oro por El Cairo que arruinó el valor de la moneda». En su país, la corte del mansa era igual de espléndida, como señaló Omari: «El sultán de este reino preside en su palacio desde un gran balcón ... flanqueado por colmillos de elefantes ... sus armas permanecen cerca de él, todas de oro ... Tras él están de pie una veintena de turcos u otros pajes comprados para él en El Cairo ... Uno de ellos ... sostiene una sombrilla de seda rematada por una cúpula y un pájaro de oro».

Una generación más tarde, Ibn Battuta visitó Mali. Era un erudito musulmán, abogado y teólogo de rígida ortodoxia. Había dedicado su vida a viajar. Nacido en Tánger, visitó lugares tan distantes como el Nilo supe-

rior, Crimea, la India, Samarcanda, China y Sumatra. A sus ojos, la pompa de la corte de Mali era más grande que cualquier otra cosa que hubiera visto. Los súbditos del rey vivían seguros. La injusticia era particularmente rara: «Los negros son, de todos los pueblos, quienes más aborrecen la injusticia». Los viajeros gozaban de una seguridad completa: «El viajero no tiene más razón que el hombre que permanece en casa de temer a bandidos, ladrones o saqueadores». La gente era piadosa: «Los viernes, todo el mundo que llegue tarde a la mezquita no hallará ningún lugar para rezar, tan grande es la concurrencia... Aprenden celosamente el Corán de memoria. Los niños que se muestran reacios a ello son encadenados hasta que han memorizado el Corán». Sólo algunas costumbres paganas resonaban de forma discordante: «Las mujeres van desnudas en presencia del sultán, sin siquiera un velo ... poseen bufones que aparecen delante del sultán ... un buen número de negros comen carne de perros y asnos».

A lo largo del continente, las ciudades comerciales de la costa este africana atrajeron la misma atención en el mundo islámico. El comercio marítimo con Asia de estas ciudades tenía una historia más larga aún que la del comercio de caravanas del Sudán. La constancia escrita más primitiva del papel que representó África Oriental en la red comercial del océano Índico aparece en el *Periplo del mar de Eritrea*, escrito en el siglo II de nuestra era. Por aquel entonces el puesto comercial más alejado de los puertos del Mar Rojo y Arabia era Rhapta, «la última ciudad-mercado continental». Más o menos por aquella época, Claudio Tolomeo la describió como «la metrópoli de Barbaria, situada tocando al mar ... alrededor de la

El puerto de Hais en la costa somalí del Mar Rojo, probablemente uno de los puertos mencionados en el *Periplo*. La mirra y el incienso eran exportados desde esta alejada región.





África, según un mapa dibujado por Juan de la Casa en 1500. Biblioteca Pública de Nueva York.

cual viven salvajes que comen hombres». Todavía no ha sido localizada, pero probablemente se halle en la costa de Tanzania.

En el siglo X, cuando al Masudi tomó pasaje desde Omán hasta las islas de África Oriental, los zanjs, los habitantes de lo que hoy es Tanzania, eran unos comerciantes importantes: «La tierra de los zanjs produce pieles de leopardos salvajes. La gente las lleva como ropa, o las exporta a los países musulmanes. Son las más grandes pieles de leopardo y las más hermosas para hacer sillas ... También exportan conchas de tortuga [y] marfil ... Hay muchos elefantes salvajes ... Los zanjs se lanzan sobre ellos armados con lanzas muy largas, y los matan por su marfil. Es de este país de donde proceden los colmillos que pesan 25 kilos y más. Normalmente son transportados a Omán, y desde ahí enviados a China e India. Ésta es la principal ruta comercial, y si no fuera así, el marfil sería muy común en las tierras islámicas».

Mientras al Omari escribía en 1336 sobre el peregrinaje del mansa Musa y las agitaciones económicas que provocaba, Ibn Battuta visitaba las hoy bien establecidas ciudades-estado comerciales de África. Descubrió que Mogadishu era «una ciudad muy grande» con un sistema de comercio muy regulado, dirigido por agentes locales y controlado por el sultán. «Cuando llega un barco, es costumbre que sea abordado por el *sanbuq* [un bote pequeño] del sultán, para averiguar de dónde viene, quiénes son sus propietarios y quién su capitán. También inquieren la naturaleza de la carga y qué mercaderes u otras personas van a bordo. Todo esto es comunicado al sultán, que invita como huésped a quien merezca este honor ... Ninguno de los mercaderes desembarca excepto para ir a la casa de su anfitrión ... ex-

cepto los visitantes frecuentes del país. Éstos pueden ir adonde quieran. Cuando un mercader se ha aposentado en la casa de su anfitrión, éste vende en su nombre todo lo que ha traído y hace sus compras por él. Comprar cualquier cosa a un mercader por debajo de su precio de mercado o venderle cualquier cosa excepto en presencia de su anfitrión es desaprobado por el pueblo de Mogadishu. Encuentran ventajoso mantenerse fieles a esta regla.»

De Mogadishu y Mombasa, Ibn Battuta navegó hasta Kilwa, «la principal ciudad de la costa, la mayor parte de cuyos habitantes son zanjs de complexión muy negra». Consideró que Kilwa era «una de las ciudades más hermosas y bien construidas del mundo. Toda ella está edificada elegantemente. Los techos están sostenidos con postes de mangles. Llueve mucho. La gente se halla enzarzada en una guerra santa, porque su país está junto al de los paganos zanjs. Las cualidades del jefe son la devoción y la piedad: siguen el rito shafi'i».

Europa encuentra África. Los relatos sobre África se filtraron por toda Europa occidental. En 1154 al Idrisi compiló una serie de relatos sobre África hechos por sus compatriotas musulmanes para Roger, rey de Sicilia, en cuya corte había residido durante muchos años. Los mercaderes judíos que habían viajado con las caravanas saharianas proporcionaron al cartógrafo mallorquín Abraham Cresques suficiente información como para que reprodujera sus rutas con considerable detalle en su Atlas Catalán de 1375. Hassán Ibn Mohammed, un musulmán español capturado por piratas cristianos, fue recibido por el papa León X en 1512 y describió sus viajes hasta las ciudades del Níger de Tombuctú y Gao. El papa, a cambio, lo bautizó como León el Africano. Sus descripciones fueron publicadas por Giovanni Ramusio para los mercaderes de Venecia. En Gran Bretaña, Samuel Purchas las reprodujo en su antología de viajes *Purchas, sus peregrinajes.*

Aunque Europa sabía del comercio y las riquezas de los reinos del África negra, el acceso a estos mercados estaba negado por los poderes islámicos del Norte de África. La hostilidad islámica bloqueó también el comercio cristiano con la India y Oriente. Portugal inició una campaña sistemática para flanquear el Islam por el mar. Sus navegantes buscaron abrir una ruta marítima a África y el océano Índico. En 1442 los barcos portugueses lanzaban incursiones sobre los campamentos tuaregs del desierto a lo largo de la costa de Mauritania. También tomaban esclavos de los poblados del Senegal. El primer polvo de oro de África fue traído de vuelta a Lisboa. Al cabo de una década Portugal acuñaba monedas con oro africano..., la primera acuñación de oro que podía permitirse en 70 años.

En los años 1470 la corona portuguesa entró en el golfo de Guinea. Se construyeron fuertes a lo largo de su costa y se establecieron los primeros tenues contactos con los reinos de los bosques de África Occidental. El acceso a las minas de oro, cuya producción había alimentado el tráfico de caravanas del Sáhara durante muchos siglos, estaba al alcance de la mano. Todo el comercio del Sudán africano occidental se tambaleó. El oro empezó a dirigirse al sur, hacia los nuevos puestos en la costa atlántica.

En 1486 un enviado portugués, João Affonso d'Aveiro, entró en la ciudad de Benín, capital del más poderoso reino de los bosques. Allá oyó hablar de un estado aún más poderoso más tierra adentro. Su rey, el ogane, era un líder religioso que enviaba a cada nuevo rey de Benín mensajeros que llevaban la insignia real: una vara, una corona parecida a un yelmo español, y una cruz de Malta. Sólo a través de estas ceremonias quedaba legitimizada la sucesión real de Benín. Los portugueses creyeron hallarse al fin al alcance del aliado que más habían estado buscando.

Desde 1165, cuando envió una carta al emperador de Bizancio, los reyes cristianos de Europa habían especulado sobre el Preste Juan, el gran rey y sacerdote cristiano que gobernó en África más allá de las fronteras del Islam. «Nos, Juan el Presbítero, lord de lores, somos superior en virtud, riquezas y poder a todos los que caminan bajo los cielos. Setenta y dos reyes nos rinden tributo. Nuestro poder se extiende por las tres Indias, y nuestras tierras abarcan todo el camino hasta las Indias más lejanas ... nuestro país es hogar y morada de elefantes ... leones ... tigres, hienas y hombres salvajes. Treinta mil personas comen en nuestra mesa cada día, aparte los

El castillo de San Jorge de la Mina –hoy Elmina– fue el principal puerto portugués en el golfo de Guinea desde 1481 hasta su captura por los holandeses en 1637.





Arriba: El Preste Juan observa su reino desde su fortaleza en las montañas de Etiopía. Detalle de un mapa portugués del siglo XVI.

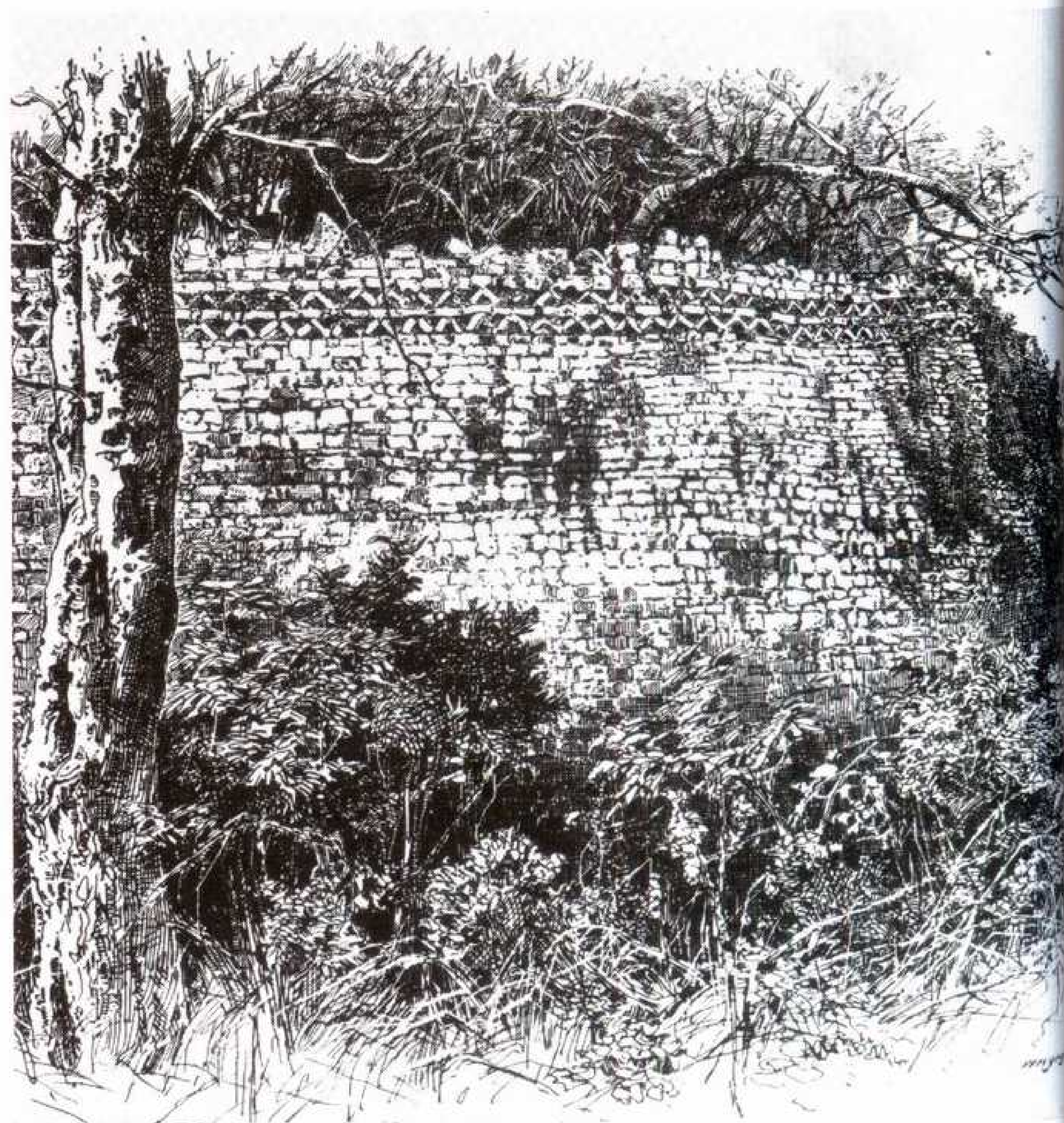
Derecha: El Gran Zimbabwe, según una fotografía tomada desde la linde norte por las fuerzas de ocupación de Rhodes. «Haremos que este país vomite de nuevo el oro que durante tanto tiempo ha permanecido escondido en estos restos prehistóricos.»

invitados casuales, y todos ellos reciben regalos de nuestros almacenes ... esta mesa está hecha con la más rica esmeralda y sostenida por cuatro columnas de amatista ... en nuestra corte hay muchos sirvientes que retienen altos oficios y honores espirituales. Nuestro mayordomo es primado y rey; nuestro copero es un rey y un arzobispo...»

Los sacerdotes cristianos nativos de Etiopía, que viajaron hasta tan lejos como la corte de Portugal como enviados de su emperador, parece que confirmaron la existencia del Preste Juan. Ahora parecía que el ogane, el gobernante secreto que Benín reverenciaba tanto y cuyo emblema era la cruz, debía de ser el propio Preste Juan en persona. Cuando el informe de d'Aveiro llegó a Lisboa, se hizo un nuevo intento de alcanzar al Preste Juan enviando un agente a través de las tierras musulmanas. Pero de Covilhao, disfrazado de mercader árabe, abandonó Lisboa en 1487 y viajó hasta Adén y el sur de la India. Desde ahí tomó pasaje en un dhow de cabotaje hasta Sofala, mientras examinaba las posibilidades de rodear África por el sur. En 1493 llegó a la corte del emperador de Etiopía, donde residió durante más de 27 años. La turbulenta alianza entre el Preste Juan, emperador de Etiopía, y los portugueses nunca iba a darles el poder que buscaban en el interior de África.

Mientras tanto, los barcos portugueses siguieron sondeando su camino más hacia abajo por la costa de África Occidental. En 1482, Diogo Cao ancló en las aguas del río Congo. En 1490 el rey del Kongo fue bautizado y empezó a modelar su reino según el de Portugal. En 1498 Vasco da Gama rodeó finalmente la punta sur de África y entró en el océano Índico. Se había abierto un nuevo mundo.

En sus esfuerzos por capturarles el comercio con el océano Índico a las ciudades-estado suahilis, los portugueses construyeron fuertes en Kilwa y Sofala y los dotaron de guarniciones. Desde Sofala se exportaba el oro procedente de reinos tan tierra adentro como Kilwa y otras ciudades de la costa norte. Pronto los portugueses fueron conscientes de la riqueza potencial del interior. «La tierra es rica en oro; si la gente fuera codiciosa, podría obtenerse una gran cantidad de oro; pero también son perezosos en buscarlo, o más bien lo codician tan poco, que uno de esos negros tiene que estar muy hambriento antes de que se decida a cavar en su busca.» Pero

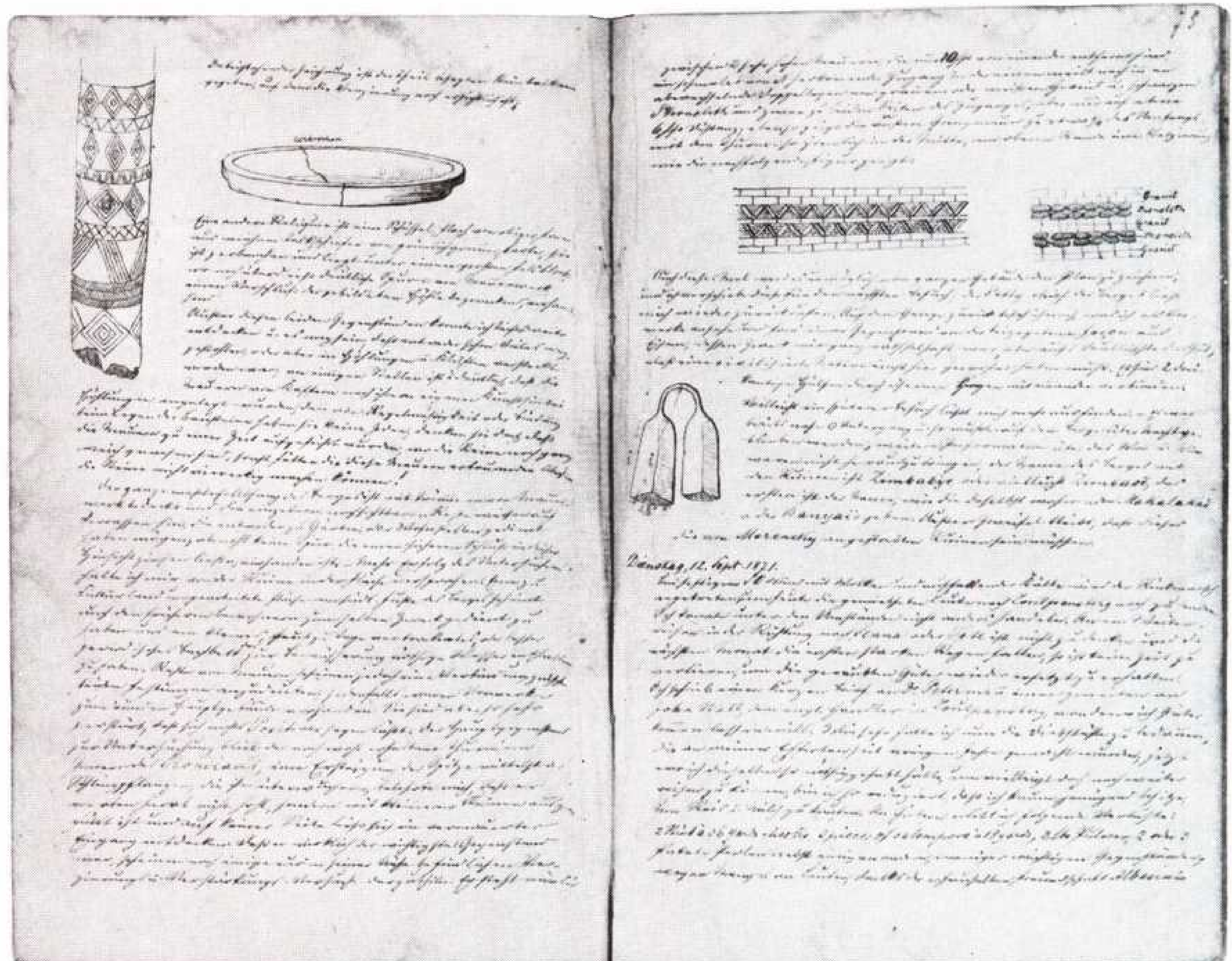


había más. Viçente Pegado, capitán de Sofala en 1531, oyó noticias de unas grandes ruinas que se alzaban entre las minas de oro de las llanuras del interior. «Una fortaleza cuadrada, de mampostería por dentro y por fuera, construida con piedras de maravilloso tamaño, y sin que al parecer las una ningún mortero ... Este edificio está casi rodeado de colinas, sobre las cuales hay otros que se parecen a él en el modelado de la piedra y la ausencia de mortero, y uno de ellos es una torre de más de 12 brazas de altura. Los nativos del país llaman a todos estos edificios Simbaoe, que según su lenguaje significa corte ... Cuándo y por quién fueron construidos estos edificios ... no hay ningún indicio, pero se dice que son obra del diablo, porque en comparación con su poder y conocimiento no parece posible que hayan podido ser obra del hombre.»

¿Era otra evidencia del Preste Juan? «Estos edificios son muy similares a algunos que se hallan en las tierras del Preste Juan ... Parece que el príncipe señor de este estado era propietario también de estas minas, y en consecuencia ordenó levantar estos edificios.» Había otras explicaciones más prosaicas. «Los grandes edificios de piedra que son llamados Simbaoe por los kaffirs y que son como fuertes baluartes ... los kaffirs consideran que son los medios por los cuales Monomotapa obtiene el dominio sobre toda Kaffraria.» (El mutapa munhu gobernaba el reino tierra adentro con el que los portugueses comerciaban en oro en una incierta asociación que duró los siguientes dos siglos.) Pero también había nociones más románticas que mantenían la promesa de una riqueza mucho más allá que incluso la del Preste Juan: «Algunos moros de edad avanzada afirman tener una tradición procedente de sus antepasados de que estas casas fueron antiguamente una factoría de la Reina de Saba, y que de este lugar le eran enviadas grandes cantidades de oro ... Otros dicen que son las ruinas y la factoría de Salomón, donde tenía a sus factores que le proporcionaban una gran cantidad de oro de estas tierras ... dicen además que el oro de Ofir que le era traído a Salomón procedía del lugar llamado Fura [una montaña cerca de la capital de Monomotapa]».

Un inicio en la prehistoria. Existen pocas dudas de que las ruinas que conocieron los portugueses eran el Gran Zimbabwe. Había sido la capital de un estado shona durante 300 años, y sólo perdió su poder unas pocas décadas antes de que los portugueses oyeran hablar de él. De hecho su asociado, el mutapa munhu, gobernó un estado que había conseguido escindirse de los territorios del Gran Zimbabwe. Pero esto sólo ha podido ser establecido gracias a los trabajos arqueológicos dentro de este siglo. En todos sus tratos con el interior, los portugueses vieron menos ruinas y no descubrieron nada más. Su más románticas especulaciones permanecieron sin ser contestadas durante más de tres siglos.





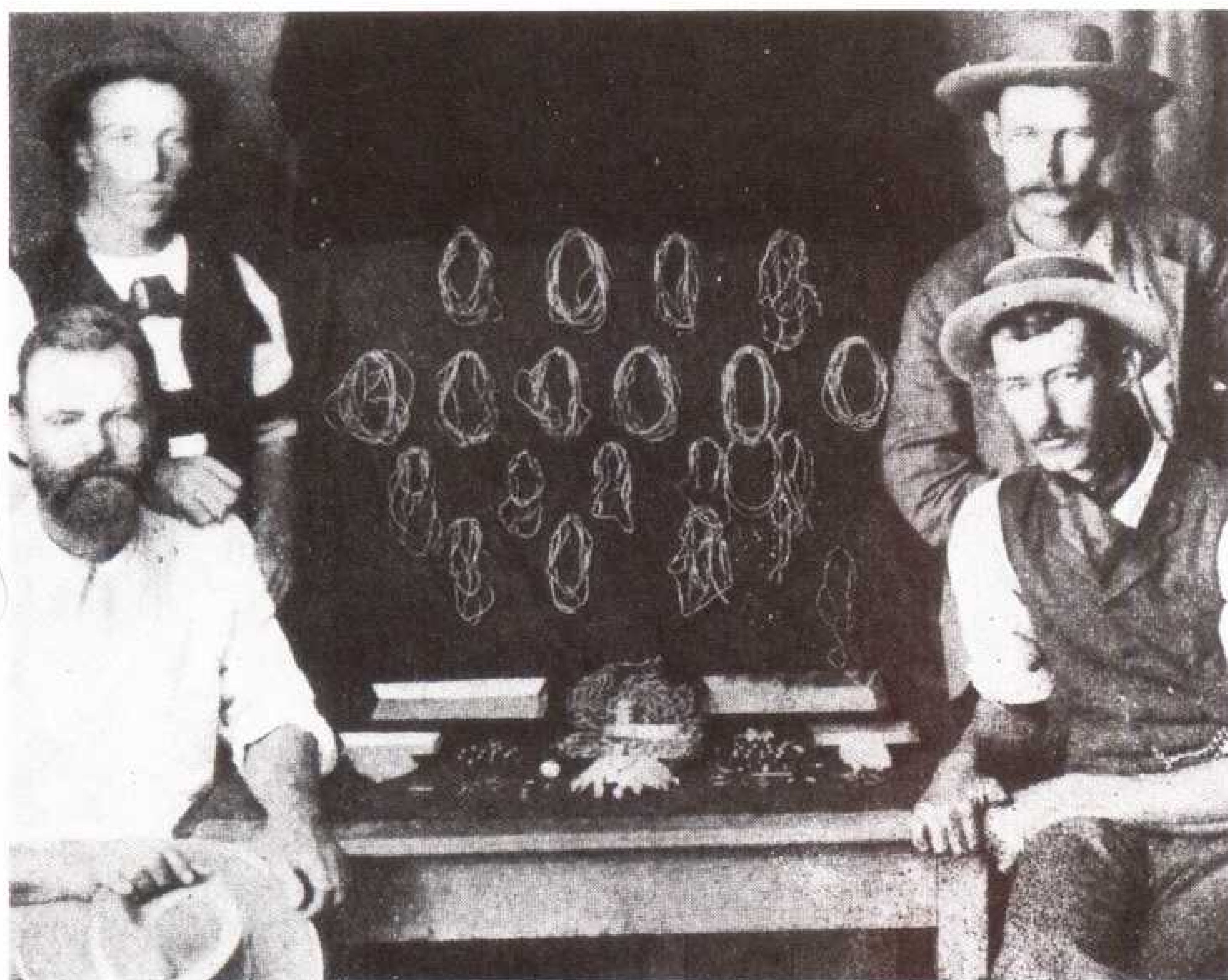
El diario *(abajo)* de Karl Mauch *(abajo izquierda)* describe su visita al Gran Zimbabwe el 11 de setiembre de 1871. Sobre el gong escribe: «Su uso era un completo acertijo para mí, pero demuestra con mucha claridad que en su tiempo debió de vivir aquí una nación civilizada».

En 1862 el reverendo A. Merensky, que durante muchos años había trabajado como misionero en el norte de Transvaal, visitó el Gran Zimbabwe. No sólo había leído los relatos de los cronistas portugueses sobre las ruinas del rey Salomón, sino que había recogido descripciones de unas enormes ruinas al norte del río Limpopo de boca de africanos que las habían visitado. La desgracia le obligó a volver. Su información, sin embargo, fue publicada en el libro del capitán Hugh Walmsley *Las ciudades en ruinas de Zululandia*, una romántica narración de viajes, presentada como ficción, en la que aparece Merensky, levemente disfrazado como el intrépido compañero de un oficial del ejército británico. Juntos viajaron río Sabi arriba, el «Río de Oro, por cuya corriente bajaban en tiempos pasados los botes cargados con oro, madera de cedro y piedras preciosas ... de ... los campos de oro de Salomón ... donde ... las ciudades en ruinas de los antiguos y poderosos egipcios, los antiguos cavadores de oro, se desmoronaban en polvo».

Este viaje se convirtió en una realidad cuando Merensky ayudó a Karl Mauch, un explorador y geólogo alemán, a viajar hacia el norte en dirección a «el más valioso e importante, y hasta la fecha la más misteriosa, parte de África, la antigua Monomotapa u Ofir». En 1871 Mauch alcanzó el poblado de Mapanshure, un jefe shona que vivía al norte del río Limpopo. Allá recibió «las noticias más excitantes»: «Hubo un tiempo en que hombres blancos vivieron en este país». Había «enormes ruinas que nunca hubieran podido ser construidas por negros». Fue llevado a ellas unos días más tarde. «Después de dos horas y media» de caminar alcanzamos una grande, desnuda y redondeada colina de granito, desde cuya cima se podía echar una mirada preliminar a la montaña ... La ladera occidental de la rocosa montaña



Arriba: Utilizar trabajadores como éstos convenció a los primeros excavadores de que los shona eran demasiado «atrasados» para haber construido alguna vez aquellas ruinas.



Izquierda: Los miembros de la Rhodesian Ancient Ruins Ltd. (Antiguas Ruinas Rodesianas Limitada), con derecho exclusivo «a explorar y trabajar en busca de tesoro», saquearon más de 50 ruinas entre 1897 y 1900.

está ... cubierta con ... fragmentos de piedra ... probablemente habían sido los muros de una fortificación ... Paseé un poco entre los extensos muros en ruinas y vi a corta distancia un edificio aparentemente redondo ... Me paré ante él y contemplé una pared de una altura de unos 6 metros de ... ladrillos de granito. No tuve que buscar mucho tiempo una entrada, porque muy cerca de allí había un lugar donde una especie de sendero, que al parecer es utilizado con mucha frecuencia, conducía por encima de unos cascotes al interior. Siguiendo este sendero tropecé con masas de cascotes y trozos de muros. Densa maleza y grandes árboles me impidieron conseguir una visión general del conjunto desde ningún punto.»

Durante casi nueve meses Mauch vivió cerca del Gran Zimbabwe. En las dos visitas posteriores que pudo

hacer a las ruinas, cartografió la más grande de ellas y recuperó objetos de metal y piedra tallada de entre los muros caídos. «Con paciencia, prudencia, astucia y algunas mentiras» consiguió también conocer a un hombre cuya familia había estado a cargo de las ceremonias religiosas que se habían celebrado durante generaciones dentro de las ruinas. «Le hice saber que con la reticencia y el silencio que mostraba hacia mí no estaba haciendo nada bueno, puesto que yo iría directamente a mi capitán, el cual reconstruiría Zimbabye y, en vez de elegirle a él como sumo sacerdote, instalaría en su puesto a alguien distinto. Esto tuvo el efecto deseado. Acudió de acuerdo con su promesa y se mostró muy dispuesto a responder a las muchas preguntas que yo le planteé.»

Mauch interpretó todo lo que oía a la luz de las creencias de Merensky de las asociaciones bíblicas de las ruinas. El olor de un fragmento de una viga de madera tomado de las ruinas fue concluyente. «Una comparación con la madera de mi lápiz muestra grandes similitudes, y en consecuencia supongo ... debe de tratarse de madera de cedro ... no puede proceder de ninguna otra parte excepto del Líbano ... Un testimonio muy revelador del hecho de que estas ruinas son una imitación de los edificios de Salomón.» El Gran Zimbabwe era Saba y las grandes ruinas una copia del palacio de la Reina de Saba. Las ceremonias religiosas eran evidentes imitaciones de los festivales de los judíos del Antiguo Testamento. El informante de Mauch debía de ser «un descendiente del sumo sacerdote oficiante, que Salomón envió con la Reina de Saba, la cual, con todo su séquito, se había convertido al judaísmo». La tenacidad de Mauch en alcanzar el Gran Zimbabwe, su paciencia y resistencia, y su habilidad en registrar los planes y descripciones de las ruinas, al final no le habían enseñado nada.

Las crónicas portuguesas que habían inspirado a Merensky, Walmsley y Mauch condujeron hasta Rider Haggard y sus novelas de África, *Ella* y *Las minas del rey Salomón*. Las mismas ideas adquirieron armónicos políticos cuando fueron tomadas en consideración por los financieros y abogados de la expansión colonial en África. Cecil John Rhodes compró las reliquias de Mauch del Gran Zimbabwe, y obtuvo otras de cazadores y prospectores posteriores que habían viajado a las ruinas. Creía: «Descubrirás que Zimbabye es una antigua residencia fenicia y todo apunta a que Sofalaes es el lugar desde el cual Hiram sacó su oro, la palabra «pavos reales» en la Biblia puede leerse como papagayos y entre los adornos de piedra de Zimbabye hay papagayos verdes, el tipo común en ese distrito, por lo demás tienes el oro y el marfil, también el hecho de que Zimbabye está construido con piedra desbastada sin emplear mortero». Estas teorías, en palabras del primer administrador de Rodesia, «ayudaron a despertar su imaginación y a modelar su política». Rhodes formó una compañía bajo concesión real para colonizar el territorio del Gran Zimbabwe. Al menos en parte, las ruinas fueron vistas como una promesa de riqueza y una garantía de la legitimidad del gobierno colonial. Ambas cosas se habían alcanzado en tiempos bíblicos. Frente a tales precedentes, los derechos de los bárbaros habitantes que vivían allí en la actualidad palidecían hasta la insignificancia.

Investigaciones sobre el Gran Zimbabwe. Al cabo de un año, Rhodes invitó a Theodore Bent a investigar el Gran Zimbabwe. Bent era un anticuario que había viajado extensamente por el Mediterráneo oriental, Asia Menor y el golfo Pérsico. Conocía algo sobre las antiguas civilizaciones del este. Empezó a excavar dentro del recinto amurallado principal del Gran Zimbabwe. A través de su capataz y guía local puede captarse algo de los problemas, métodos y actitudes de Bent, enfrentado a una nueva área e intensas preconcepciones sobre la creatividad y la habilidad africanas. «El señor Bent mostraba distintos humores acerca del origen de las Ruinas, algunos días pensaba que eran fenicias y en otras ocasiones creía que podían ser egipcias puesto que no habíamos encontrado nada parecido a una inscripción que pudiera servirnos de guía. Un día descubrimos una pieza de cristal blanco con algunos adornos en oro y pensó que se trataba de cristal chino. Otro día acudió a mí más bien deprimido y dijo: "No tengo mucha fe en la antigüedad de estas ruinas, creo que son nativas." Le pregunté por qué y dijo: "Todo lo que tenemos hasta ahora es nativo." No estuve de acuerdo con él y así se lo dije, admití

Gertrude Caton-Thompson detrás de su excavación en la ladera debajo de la Colina de las Ruinas, que produjo cuentas importadas y otros hallazgos en un vertedero de escombros enterrado 5 metros bajo otros escombros posteriores.



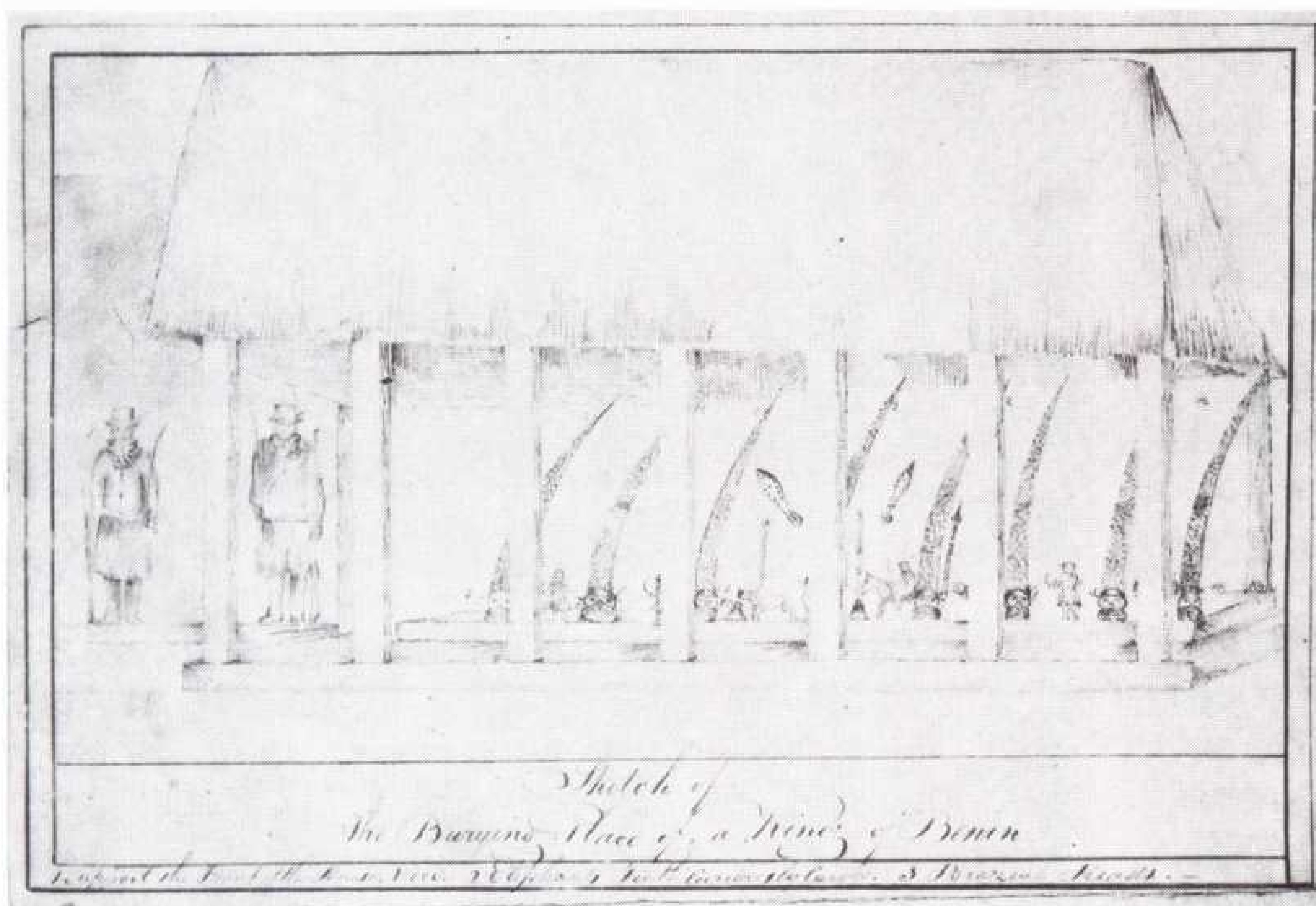
que los nativos habían ocupado el lugar tras la evacuación de los constructores originales, pero no podía estar de acuerdo en que nativos africanos lo hubieran construido. Uno o dos días más tarde había cambiado de nuevo a los fenicios y se había aferrado a la idea.» Bent no podía obtener ninguna ayuda de la historia tradicional ni siquiera aunque lo hubiera deseado. «No podía conseguir mucha información de confianza puesto que no había ningún lingüista chishona en el país. Los intérpretes que teníamos en Zimbabye eran buenos en el habla xhosa y zulú, pero no hablaban ni comprendían el chishona, y tenían que depender de gritos y gesticulaciones para conseguir que un nativo los entendiera a medias.»

Cuando Bent se decidió finalmente a interpretar su trabajo en *Las ciudades en ruinas de Mashonaland*, pudo ver semejanzas en el arte y la arquitectura del Gran Zimbabwe y los monumentos de Asiria, Fenicia, Chipre, Malta, Cerdeña, Egipto, Sudán y el sur de Arabia. Sin embargo, nada señalaba inequívocamente hacia una civilización extranjera en particular. Bent se vio obligado a llegar a la conclusión de que «una raza prehistórica construyó las ruinas ... que finalmente se vieron influenciadas y quizá absorbidas en las ... organizaciones de los semitas ... una raza septentrional procedente de Arabia ... muy afín a los fenicios y egipcios ... y finalmente se desarrolló en las razas más civilizadas de los mundos antiguos».

El trabajo de Bent fue seguido por una serie de desastrosas campañas de excavación efectuadas por colonos locales. Palearon grandes cantidades de depósitos estratificados fuera de los recintos amurallados en una obsesiva búsqueda de lo exótico. En agudo contraste con esto, el Gran Zimbabwe fue testigo también de la primera excavación científica jamás realizada en el África negra. En 1905, la Asociación Británica para el Progreso de la Ciencia encargó a David Randall-MacIver investigar las ruinas de Rodesia. La controversia que causaron sus descubrimientos entre los colonos de África del Sur duró toda una generación. Como resultado de ello, en 1929, la Asociación Británica invitó a Gertrude Caton-Thompson a repetir las investigaciones de Randall-MacIver.

Tanto Randall-MacIver como Caton-Thompson eran eminentes arqueólogos profesionales en la cúspide de sus carreras cuando fueron invitados a ir al Gran Zimbabwe. Ambos tenían considerable experiencia de campo en el Oriente Medio. Ambos enfocaron los problemas del Gran Zimbabwe como extranjeros, con poco conocimiento local y ningún consejo arqueológico local o información de fondo que les ayudara. Como resultado de ello, ambos decidieron visitar y excavar varias ruinas por todo el país antes de empezar a trabajar en el Gran Zimbabwe. Más importante aún, ambos utilizaron los mejores métodos arqueológicos desarrollados en aquella época en Europa, buscando con exactitud objetos identificables y datables, aquellos que estaban bien estratificados dentro de depósitos sellados asociados con las estructuras monumentales. Ambos publicaron también informes completos de su trabajo, con toda la parafernalia correspondiente: catálogos completos de hallazgos, secciones estratigráficas ilustradas y tipologías de artefactos locales.

La reacción local fue inmediata y hostil: «Me sentí tan históricamente ofendido que tuve la sensación de



El dibujo más antiguo de un templo o tumba de Benín, por Giovanni Belzoni, antiguo hombre fuerte de un circo, que amasó una enorme colección de antigüedades egipcias antes de ir a Benín y hasta su muerte en 1823.





Arriba: Una estatuilla de Benín de un soldado portugués con una armadura del siglo XVI.

Página opuesta: Miembros de la expedición punitiva de 1897 rodeados de placas saqueadas del palacio de Benín.

Abajo: Un altar profanado en Benín. Las varas talladas son símbolo de autoridad, y eran transmitidas a los oba por sus predecesores. Los cetros eran testimonio de su autoridad personal.

que nunca desearía acercarme de nuevo al lugar. Para mí fue como si Stonehenge hubiera sido comprado a Inglaterra por Guillermo el Conquistador».

El tipo de discusión que suscitó todo esto en Gran Bretaña queda reflejado en las páginas del *Geographical Journal* que primero publicó los hallazgos de Randall-MacIver. Sir Arthur Evans, excavador de la civilización minoica, señaló que «desde hacía mucho tiempo estuve negativamente convencido de que la supuesta evidencia de un contacto primitivo con Arabia o Fenicia no tenía ninguna base real. De hecho, me pareció que no había nada en común en la arquitectura o los restos descubiertos con los primitivos modelos árabes o fenicios tal como eran conocidos ... la gran presunción ... era que las ruinas existentes no eran más que ejemplos ampliados de los craals nativos». Hercules Read, conservador del Museo Británico, examinó, a petición de Rhodes, sus reliquias del Gran Zimbabwe. «Nada de lo que se me trajo difería de lo que hubieran podido hacer los nativos existentes o recientemente existentes, excepto en los casos que eran importaciones con una datación bien conocida. Es decir, había cerámica árabe y porcelana china ... de aproximadamente el siglo XIII.» David Hogarth, por aquel entonces el principal arabista en Gran Bretaña, señaló que «Toda la teoría semítica ... descansa también sobre una gran cantidad de vagas generalizaciones ... no quedé convencido por las evidencias del señor Bent. Siempre me sentí muy impresionado por dos hechos: uno, que no se me ofrecía ninguna evidencia real de una alta civilización, ni por la arquitectura, ni mucho menos por los hallazgos más pequeños, en particular aquellos muy alardeados falos y pájaros».

Las autoridades reconocidas sobre vida africana expresaron opiniones contradictorias. Frederick Courtenay Selous conocía lo suficientemente bien el país y su gente



como para ser elegido para guiar la columna de ocupación de Rhodes a Mashonaland. No pudo ver «ninguna evidencia de que un pueblo altamente civilizado y culturizado hubiera vivido nunca en ese país, y fuera destruido por la repentina incursión de una raza bárbara... Si existió un poderoso jefe en Mashonaland hace un centenar de años, en una época en la que los nativos todavía estaban acostumbrados a construir paredes de bien encajadas piedras de granito, no veo ninguna razón por la cual ese jefe no hubiera podido hacer levantar unos edificios como los del Gran Zimbabwe». Sir Harry Johnston, administrador de Nyasalandia, no supo nunca «exactamente en qué parte de África están situadas estas ruinas». Sin embargo, permaneció «relativamente firme acerca de que, en un período al menos tan antiguo como el nacimiento de Cristo –creo que antes– se produjo una incursión en este país de una raza semítica de maestros».

Lo más significativo es que todos ellos representaban opiniones subjetivas, aunque cautelosas y llenas de experiencia. Randall-MacIver habían obtenido las evidencias objetivas. Eran claras, precisas e irrefutables. Su excavación había puesto al descubierto artículos importados de una fecha y un tipo conocidos, sellados bajo suelos de arcilla, en asociación con las paredes de piedras. No había ningún material significativo anterior, y no había otro material extranjero. El Gran Zimbabwe podía ser datado: su naturaleza, sus orígenes y su cultura africanos quedaban firmemente establecidos.

Dentro de un tumulto de emociones locales, Randall-MacIver y Caton-Thompson establecieron independientemente que podían emplearse los métodos objetivos y científicos de la arqueología para investigar yacimientos aislados en el profundo interior de África del mismo modo que podían utilizarse para descubrir las ruinas de las antiguas civilizaciones alfabetizadas del Oriente Medio. La cronología y la cultura de los constructores en piedra cuyos contactos con el mundo exterior eran tenues, oscuros e indirectos, y que no tenían conocimiento de la escritura, podían determinarse por métodos arqueológicos. Las comparaciones de estilo en escultura o edificación no podían igualar estos métodos. Las generalizaciones acerca del carácter africano eran a la vez irrelevantes y demostrablemente erróneas. Ciertamente, no tenían lugar en la discusión. La arqueología científica había sido introducida en África en un yacimiento clave. Las implicaciones políticas, financieras y raciales de las interpretaciones arqueológicas del Gran Zimbabwe eran a la vez obvias y cruciales. El método científico había triunfado.

Benín. Seis años después de que Mashonaland fuera ocupada, una expedición punitiva británica entró en Benín para ejercer represalias por la muerte de un cónsul general en funciones. Tras 400 años de comercio con Europa, la independencia del reino llegaba a su fin. A principios del siglo XVII los mercaderes holandeses habían descrito Benín como una ciudad con calles «siete u ocho veces más anchas que la calle Warmoes de Amsterdam» que avanzaban en línea recta hasta donde los ojos podían ver. Sólo el palacio del rey «ocupaba tanto espacio como la ciudad de Haarlem, y se halla amurallado ... con finas galerías, la mayoría de las cuales son tan grandes como las de la Lonja en Amsterdam. Están sostenidas por columnas de madera incrustadas con bronce, donde están representadas sus victorias, y se mantienen escrupulosamente limpias». Ahora los británicos encontraron «sólo una dispersa colección de casas, edificadas en racimos aquí y allí, con poco o ningún orden. El número de ruinas atestiguaba el hecho de que en sus tiempos había sido mucho más grande». El palacio seguía siendo el edificio más imponente de la ciudad: «Se entra a través de una puerta cuya gran hoja está forrada con láminas de latón que muestran figuras grabadas de cabezas de hombres y leopardos ... En el otro lado del com-

Abajo: Leo Frobenius. *Página opuesta:* Su ayudante, dibujado en la excavación por el artista de la expedición, examina unos hallazgos, de pie en las extraordinarias excavaciones muy profundas debajo del bosquecillo de Olokun.



plejo ... el muro se halla parcialmente techado, y a lo largo de él hay una hilera de cabezas de latón, y encima de cada cabeza hay un largo y pesado colmillo de marfil, finamente tallado y maltratado por la intemperie ... Entre las cabezas de latón hay vaciados de latón de hombres a caballo, con armadura, con cota de mallas ... Todos los artículos muestran una gruesa costra de sangre, y un terrible olor permea el lugar ... Al otro lado de este complejo ... está la casa de reuniones del rey ... Lo primero que te llama la atención es el techo de metal en donde, justo frente a ti, hay una inmensa serpiente de latón que se arrastra hacia abajo con su gran cabeza cerca del canalón ... Todas las maderas han sido recubiertas con planchas de latón en las que se han grabado con un punzón toda una serie de figuras. El techo está sostenido por más de un centenar de columnas de láminas de bronce remachadas juntas, lo cual proporciona un muy buen efecto».

Grabados y esculturas de todo tamaño y forma fueron saqueados por la expedición antes de que el fuego arrasara la ciudad hasta los cimientos. H. Ling Roth, hermano del cirujano de la expedición de castigo, en el más detallado y completo estudio de Benín y su arte, escrito en 1903, señaló que muchos de los bronces mostraban a soldados portugueses con ropas del siglo XVI, delineados con detalles tan exactos que era imposible afirmar que no eran representaciones de la época. Como tampoco podía aducirse que se trataba de importaciones. «No existía un arte de esta alta clase en la península ibérica a finales del siglo XV; y sabemos que no existía mucho de este arte en el resto de Europa.» En consecuencia, aunque «su cerámica era excepcionalmente tosca y sus supersticiones de lo más bajo, parece que la única conclusión a la que podemos llegar es que tenemos [en los bronces] una forma de auténtico arte nativo». Benín terminó en medio de un río de sangre humana, sacrificada en medio de consternadoras crueldades, escualidez y libertinaje. Sin embargo, es preciso reconocer que había producido obras de una pericia estética y técnica y de un mérito jamás igualados en Europa. En aquella época esta conclusión se vio particularmente reforzada debido a que las esculturas poseían un realismo al que los gustos victorianos podían responder fácilmente.

Los orígenes de este florecimiento creativo no fueron investigados. Ningún prehistoriador fue atraído al estudio del pasado de África Occidental hasta pasado 1910, cuando Leo Frobenius llegó al sur de Nigeria para estudiar a los yorubas. Eran los vecinos occidentales de Benín, y siempre se había supuesto que constituían la fuente de buena parte de su cultura. Allá donde los ar-



queólogos extranjeros habían pasado como máximo una estación en los yacimientos más importantes como el Gran Zimbabwe, Frobenius iba a dedicar su vida a una investigación sistemática de la prehistoria de toda África. Su estímulo había surgido a raíz de un periódico de Berlín, que había descrito África en términos hegelianos: «Ningún enigma histórico ... exige una solución, porque ... la civilización propiamente dicha en este continente empieza ... con la invasión mahometana ... Antes de la introducción de una genuina fe y un estándar más alto de cultura por parte de los árabes, los nativos no tenían ni organización política ni ... ninguna religión, ni desarrollo industrial ... Si el suelo de África es levantado hoy por los arados de los colonos, ningún arma antigua aparecerá entre los surcos; ... las excavaciones no revelarán ninguna tumba antigua, y si el hacha efectúa una limpieza en los bosques primigenios no tropezará en ninguna parte con los cimientos de un palacio del mundo antiguo ... El "África negra" es un continente que no posee ni misterio ni historia». Frobenius se dio cuenta de lo absurdo de este planteamiento. Por ejemplo, parecía inmediatamente obvio que la amplia diversidad de culturas de África sólo podía ser producto de diferentes desarrollos históricos. Decidió dedicarse a demostrar esto.

Frobenius vio también un significado práctico inmediato en su trabajo. Los administradores coloniales estaban buscando movilizar las fuerzas de trabajo de África y someterlas a las demandas de Europa. Los africanos eran poco cooperativos, y parecían indiferentes a las virtudes europeas de la industria y la ambición. Para Frobenius parecía que las causas y los orígenes de tales perversiones sólo podían hallarse si uno examinaba hasta qué punto funcionaban bien las sociedades africanas. Esto exigía una perspectiva histórica. África había cambiado a lo largo del tiempo. No debía permitirse que todo lo que ahora parecía escuálido y degradado oscureciera la cultura del pasado. «El africano carece de la facultad de conservar intactos los tesoros de la civilización y mantener inmaculada su herencia. Todo lo que hace es revestir las antiguas huellas con una masa tan grande de florituras extrañas u ocurrentes, sin arte o extravagantes, pero casi siempre carentes de gusto, que los ojos necesitan un prolongado y muy cuidadoso entrenamiento antes de poder reconocer el texto original ... Aprender a ver es una de las cosas más difíciles en el laborioso estudio de la historia africana.»

Como un trueno: ¡Frobenius! Frobenius se dio cuenta de que el pasado africano no debía ser estudiado sólo a través de los documentos escritos o los grandes monumentos, aunque sabía que ambos existían. Por ejemplo, ya había excavado las tumbas de los reyes primitivos al lado del río Níger. En vez de ello, había dos métodos básicos de investigación. El primero era reunir e interpretar los mitos y tradiciones de la gente local, «la fuerza divina de la memoria en aquellos que vivieron antes del advenimiento de la palabra escrita». El segundo método era la excavación arqueológica. «Nos arrojábamos al suelo ... y apretábamos nuestro oído contra la dura tierra, con la esperanza de oír por casualidad las pisadas de hombres muertos hacía mucho tiempo ... Cavamos; profundizamos mucho; dejamos que la luz del día brillara sobre palacios de antiguos días y minas abandonadas y talleres en descomposición. Luchamos por desenterrar las huellas de hasta el último impulso humano.»

Un marinero yoruba en los muelles de Hamburgo fue el primero en hablarle a Frobenius de su hogar, Ife, la ciudad santa de los yorubas, el centro y origen del hombre y su mundo. Su gobernante, el oni, era el primero y más honrado entre todos los reyes yorubas. Te-

Un bronce de Ife, que se dice era de la deidad Olokun. Frobenius obtuvo una cabeza muy similar en el bosquecillo de Olokun, hoy perdida. En 1949 se demostró que la cabeza que se dijo fue dejada en Ife por Frobenius era un vaciado europeo reciente.



nía que aprobar y validar sus coronaciones. Era probablemente el ogane, de quien el pueblo de Benín había hablado a los portugueses, que habían creído que podía tratarse del Preste Juan. A Frobenius le dijeron también que en Ife podían estar enterradas «las cabezas de los antepasados convertidas en piedra». Halló una ciudad deshecha. Grandes zonas de ella habían sido abandonadas y la mayor parte del palacio estaba en ruinas. Dieciséis años antes había estallado una guerra civil en Ife y la ciudad había sido evacuada. Los desórdenes –y había habido otros no mucho antes– habían dañado gravemente la confianza y el sentido de continuidad de la ciudad.

Frobenius se dedicó de inmediato a visitar los templos de los dioses yorubas. Su primera impresión fue decepcionante. Muchos eran simples claros en el bosque tropical. No tenían edificios, y sus objetos de culto distaban mucho de ser impresionantes: como máximo piedras toscamente labradas. De todos modos, parecían el mejor lugar donde empezar a buscar antigüedades. Al cabo de pocos días, mientras observaba los ritos en uno de esos templos, «tropecé con uno o dos fragmentos de terracota de color pardo rojizo medio enterrados ... Eran partes de un rostro humano roto y, cuando vi esos fragmentos, capté todo el significado de lo que me habían dicho ... Aquí estaban los restos de un espléndido tipo de arte muy antiguo, infinitamente más noble que las comparativamente toscas imágenes de piedra ... Esas magras reliquias hablaban de una simetría, una vitalidad, una delicadeza de formas que recordaban directamente la antigua Grecia».

Movido por este nuevo aliento, el ayudante de Frobenius empezó a cavar pozos y túneles en el bosquecillo de Olokun, la diosa yoruba de la riqueza y el mar. A poco más de cinco metros de profundidad, sus extraordinarias «madrigueras» todavía seguían produciendo cerámica y «exquisitamente realistas cabezas de terracota, con rasgos muy perfilados y una gran pureza de estilo». Para rematar todo aquello, y tras muchas vacilaciones y reluctancias, el sacerdote del bosquecillo de Olokun mostró a Frobenius «una cabeza de maravillosa belleza, primorosamente vaciada en bronce antiguo, tremendamente realista, encostrada con una pátina de glorioso color verde oscuro. Se trataba a todas luces de Olokun, el Poseidón del África atlántica». Frobenius se sintió profundamente emocionado. «Miré a mi alrededor y vi a los negros, el círculo de los hijos del "venerable sacerdote", los amigos de Su Santidad el Oni, y sus inteligentes funcionarios. Me sentí sumido en una silenciosa melancolía ante el pensamiento de que aquella reunión de degenerada y estúpida posteridad eran los legítimos guardianes de toda aquella belleza clásica.»

Frobenius examinó la cultura, los mitos y las antigüedades de Ife en busca de indicios de su origen. El tranquilo reposo y realismo de las esculturas le recordaban la Grecia clásica. El panteón de los dioses yorubas, sus atributos, sus vívidas vidas y sus complejas responsabilidades hacían eco del Monte Olimpo. La arquitectura de casas y palacios, donde las habitaciones se abrían a recogidos patios abiertos al cielo, recordaban a los impluvios de los edificios del Mediterráneo primitivo, en particular los etruscos. El concepto yoruba del universo, su sistema educativo, la organización de su sociedad y su arte de gobernar apuntaban a una conexión griega. No parecía haber ningún precedente local a esta elevada cultura.

En su enfoque a los problemas históricos de África y los medios de solucionarlos, Frobenius se vio maravillado ante la riqueza de aquel material. Reconocía el valor de las técnicas arqueológicas, pero sus excavaciones se estaban convirtiendo simplemente en otro medio de adquirir objetos de arte. No debían nada a los métodos científicos. Aunque el número de objetos que reunió era fenomenal, sus evaluaciones de ellos tenían exactamente la misma subjetividad y el mismo núcleo emocional que las de Cecil Rhodes o Theodore Bent. La erudición, disciplina y precisión de Randall-MacIver no hallaron eco en Frobenius. Al final, Frobenius se sintió satisfecho pensando que las culturas ife y yoruba podían ser las últimas reliquias de Atlantis, la isla de Poseidón, perdida en los océanos más allá de las Columnas de Hércules.

Afortunadamente, la contribución de Frobenius a la prehistoria africana no terminó aquí. El estímulo de Ife le permitió efectuar una contribución más reveladora en otra esfera. Tras abandonar Ife, viajó al norte hasta los estados hausas del oeste del Sudán. Allá los británicos estaban estableciendo una política de gobierno indirecto. La autoridad británica era transmitida a través de los sultanes y emires hausas de habla camítica a sus súbditos negroides. Esta política reflejaba la convicción de que los pueblos camíticos poseían una competencia inherente como constructores y administradores de las organizaciones del estado. Frobenius lo veía de forma distinta. Para él, los camitas eran antiguos esclavistas y los instigadores del comercio de esclavos que había despojado a África de una mano de obra productiva. Frobenius creía que los camitas, con sus antecedentes culturales, podían contribuir poco a los principales valores de África: como una fuente de trabajo para la economía europea. En estas circunstancias, creía que los camitas no debían recibir los poderes propuestos por los administradores británicos.

Más allá de sus objeciones lógicas, las simpatías emocionales de Frobenius estaban con los agricultores negroides de los bosques de África Occidental, los pueblos «etíopes». Frobenius asociaba a los etíopes con un cierto misticismo y una espontaneidad no racional. Mostraban un sentido de comunión con la naturaleza, formas inductivas de razonamiento y una preocupación por los mitos. Para Frobenius estas características hacían eco a la innata personalidad de los pueblos germánicos de los

que él mismo había surgido. La personalidad etíope era debida indudablemente a la larga influencia de la civilización atlántica sobre las culturas de África Occidental, ejemplificadas por las artes de Ife.

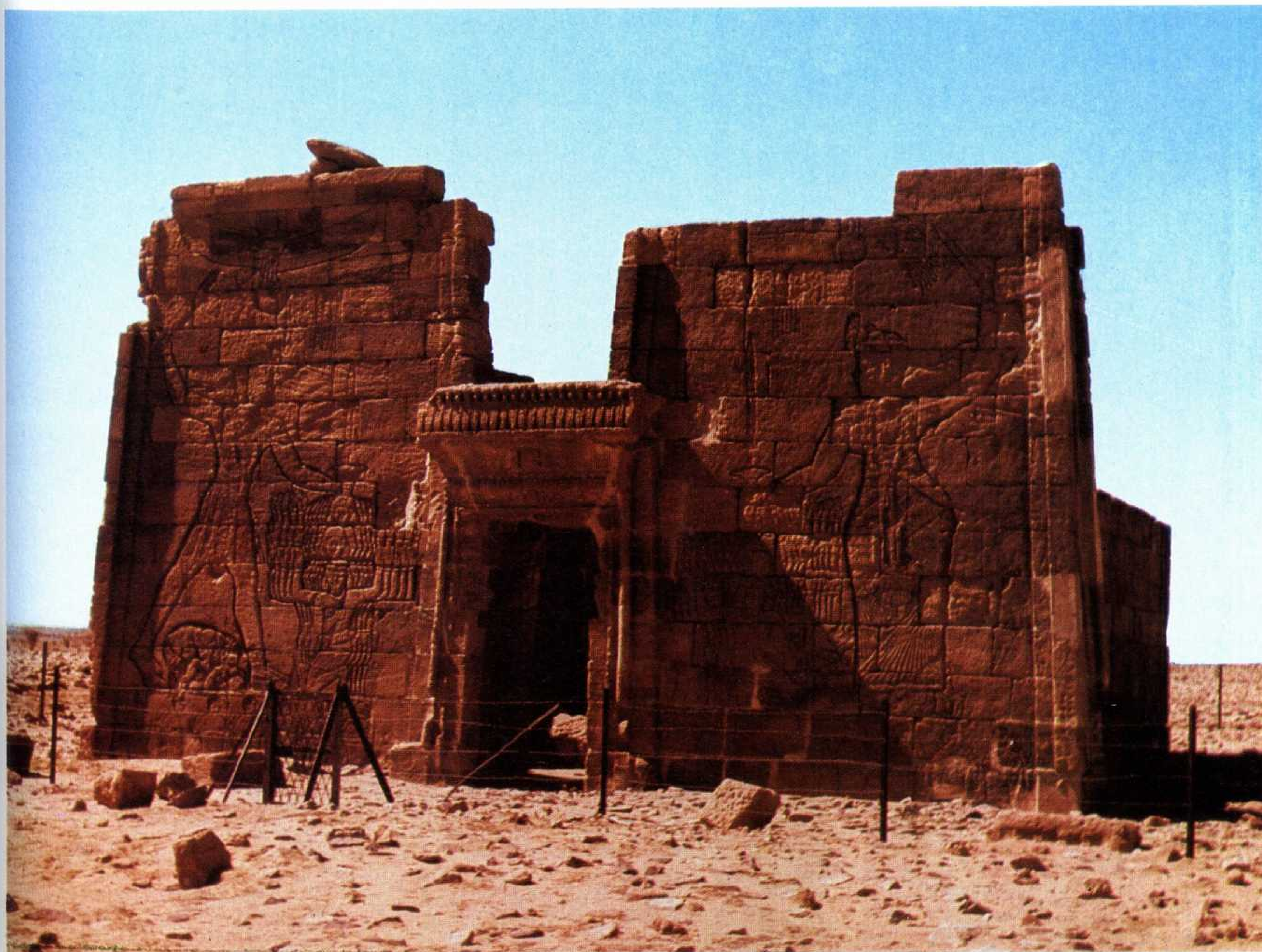
Muchos ven la esencia del trabajo de Frobenius en África Occidental como su revelación de la personalidad africana. Leopold Senghor, hoy presidente de Senegal, desarrolló sus creencias en una personalidad africana característica en el concepto de «negritud», y las encarnó en una poderosa poesía y drama. Esta filosofía ha proporcionado a muchas naciones africanas que han conseguido recientemente la independencia un sentido de identidad, orgullo y propósito. Senghor reconoce plenamente su deuda con Frobenius. «De pronto, como un trueno: ¡Frobenius! Toda la historia y prehistoria de África se vieron iluminadas hasta sus últimas profundidades. Y seguimos llevando la marca del amo en nuestras mentes y espíritus, como una forma de tatuaje exhibido en las ceremonias de iniciación en el bosquecillo sagrado.» El Ife revelado por Frobenius encarna más que cualquier otro lugar el espíritu de la negritud. En 1971 el presidente Senghor le rindió homenaje en Ife. «Aquí, en tiempos antiguos, florecieron el alma y la imaginación negras, creando mitos, componiendo plegarias, desarrollando el arte.» El hombre primigenio de Ife «no tenía necesidad de editar libros o edificar museos. Su función era expresar la vida a través de la plegaria y el arte, por el simbolismo. Así ayudó a otros hombres, a todos los hombres, a llevar una vida mejor. El hombre de Ife, que fue saludado por Occidente a través de la voz de Leo Frobenius el alemán, fue dotado con poderes poéticos. Su misión era ayudar a modelar el mundo ... En las esculturas de Ife se hallan reflejados todo el arte, la historia y la filosofía de África. Y de ellas descubrió la Europa occidental las nociones olvidadas del arte en la plegaria, la gravedad en la alegría, la dignidad en el sufrimiento, la contención en el amplio barrido de un gesto».

La disciplina y la ciencia de MacIver, el arqueólogo británico que restableció un cierto sentido de realidad histórica al Gran Zimbabwe, se halla en el polo opuesto al misticismo poético de Frobenius y Senghor. Ambos han representado un papel importante en el establecimiento de la autenticidad y el significado contemporáneos de la prehistoria africana. Ambos modelaron nuevos conceptos de África.

Meroe y Aksum

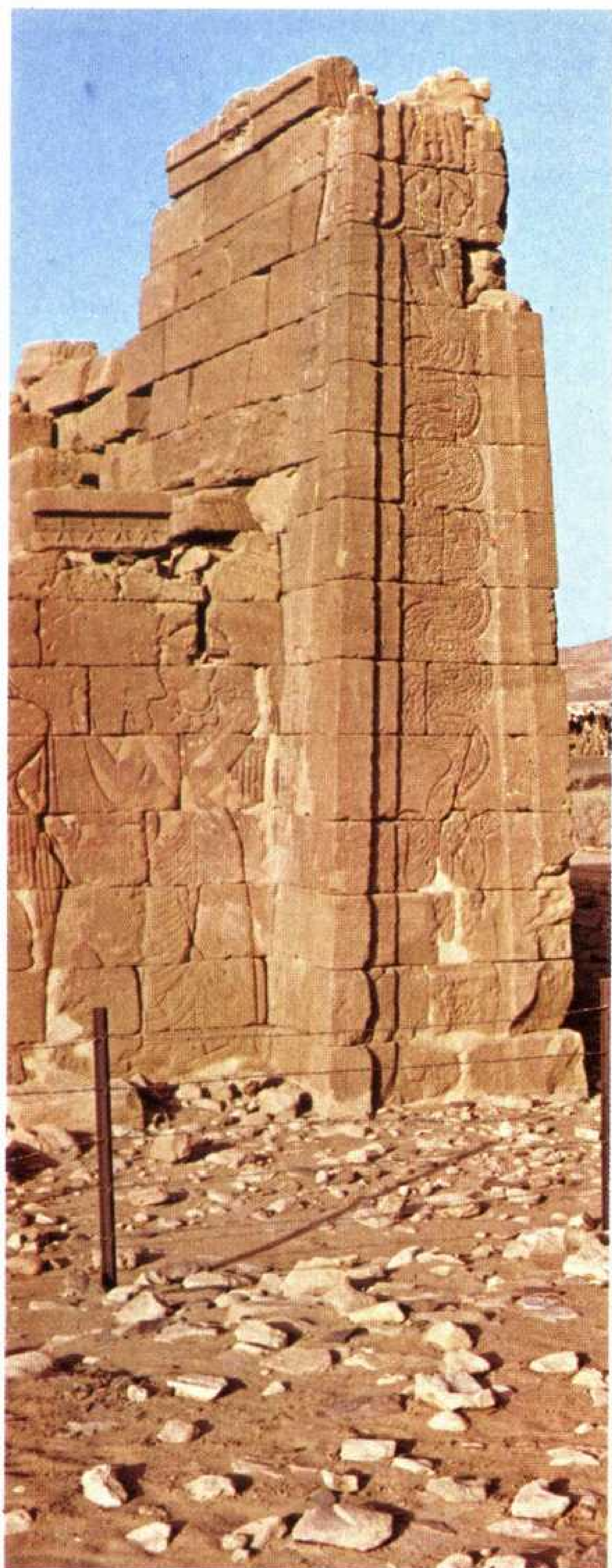
Meroe se extiende en el Nilo, por encima de su confluencia con el Atbara, que fluye de las altiplanicies etíopes. Representa la mayor penetración dinástica de Egipto hacia el sur y su contacto más cercano con el África negra. La interacción de ambas características proporciona la mayor parte del interés y el significado de Meroe. Los reyes nubios que habían conquistado brevemente Egipto se vieron obligados a retroceder a causa de la invasión asiria del 671 a.C. y fundaron un nuevo reino en su tierra natal. Su capital se estableció en Meroe poco después del 600 a.C. Las influencias egipcias la dominaron durante unos 300 años, pero gradualmente las conexiones con el sur fueron creciendo. Los jeroglíficos egipcios cedieron paso en el siglo II a una escritura meroítica que aún tiene que ser descifrada. Puede representar un lenguaje sudánico o tener elementos del kanuri (hablado hoy en día cerca del lago Chad). La influencia de Meroe sobre el África negra aún no está clara. Las antiguas ideas de la difusión de las instituciones sudánicas de reinado han sido descartadas. Cómo y cuándo se inició el trabajo del hierro es un tema controvertido. Meroe estaba en declive en el siglo I d.C., cuando los espías de Nerón informaron de que no valía la pena la conquista. En Etiopía crecía un poder rival: Aksum. Meroe fue finalmente abandonada frente a los aksumitas y otras invasiones en el siglo VII d.C.

Abajo: El *Templo del León* de Naqa es de estilo absolutamente egipcio. Los pilones de la entrada muestran al rey y la reina aniquilando a sus enemigos. Cumplían estrictamente con las convenciones artísticas egipcias, pero la reina es claramente regordeta y así encaja con los ideales de belleza del África negra.









El dios león, Apedemek, a quien estaba dedicado el templo de Naqa, no tiene ningún lugar en la iconografía egipcia. Es claramente meroítico y la deidad más importante del reino. Al lado del pilón de entrada en Naqa *(izquierda)*, Apedemek es representado con cuerpo de serpiente y brotando de una flor. En la pared de atrás *(arriba)*, como una criatura de tres cabezas y cuatro brazos, recibe la adoración de la familia real. Sus elaboradas joyas y ropas son quizá más africanas que egipcias.

Abajo: El elefante tuvo un papel tan prominente como el león en la iconografía y el ritual meroíticos. Aquí aparece un friso de elefantes en las paredes de piedra arenisca de un templo en Musawwarat es Sufra, a 16 kilómetros al nordeste de Naqa. Parece como si las rampas y los recintos alrededor de los templos en Musawwarat pudieran haber sido usados para el entrenamiento de animales. Ciertamente, los elefantes de Butana proporcionaron el principal artículo de exportación de Meroe: el marfil.

Arriba: Naqa se halla corriente arriba con respecto a Meroe, y a un día de marcha al este del Nilo. Fue probablemente un punto de parada en las rutas al Mar Rojo. Los dos templos mejor conservados fueron construidos por el rey Natakamani, el último gran constructor de la dinastía cusita, al principio de la era cristiana. El Templo del León es totalmente egipcio, el templo en primer término clásico y helénico. Sólo el disco alado y el friso de cobras encima de la ventana central muestran claramente influencias egipcias.

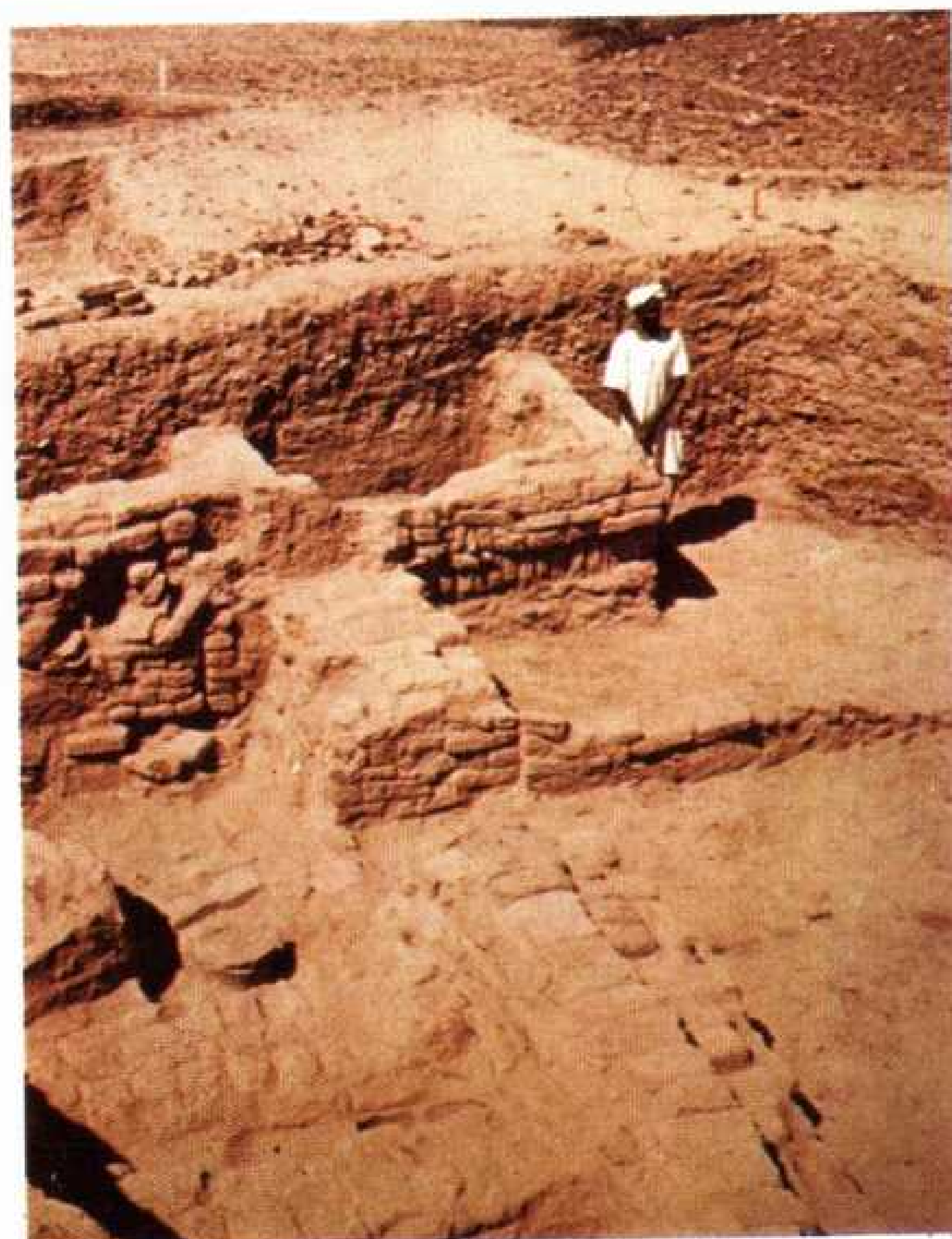
Página opuesta: Excavaciones en Meroe.





Abajo: Meroe desde el aire. La ciudad real se extiende junto al Nilo, y el río le proporcionaba irrigación y tierras de aluvión. El principal comercio de Meroe no descendía por el Nilo sino que iba hacia el este hasta el Mar Rojo, los reinos árabes y la India, conectando con la amplia red helénica.

Abajo: Un montón de escoria, producto de desecho de una intensa industria de elaboración del hierro. Es demasiado pronto para determinar si Meroe fue la fuente del conocimiento de la fundición de los metales para toda el África de habla bantú. *Derecha:* Un horno recientemente excavado.









En el siglo V a.C., los emigrantes del sur de Arabia, incluida Saba, habían establecido una civilización alfabetizada y urbana entre los agricultores de las altiplanicies etíopes. De la mezcla de estos dos pueblos y culturas surgió el reino de Aksum. Entró en la historia en el *Periplo* como «el más importante mercado de marfil del nordeste de África». Los suministros llegaban desde tan lejos como «más allá del Nilo» y Butana. Aksum, como Meroe, formaba parte de la red comercial helénica a través de su puerto de Adulis en el Mar Rojo. En el siglo IV el rey Ezana, como el emperador Constantino, se convirtió al cristianismo. También como Constantino, fue un líder expedicionario militar: Meroe fue saqueada por Ezana. En el siglo VI d.C. Aksum inició su declive. Sus colonias árabes cayeron ante los ejércitos persas, y en el siglo VII la Arabia islámica cortó el tráfico al Mar Rojo.

Lo monumentos supervivientes más espectaculares en Aksum son un grupo de estelas de granito procedentes de canteras locales. Sobreviven 119 de ellas, y la más larga mide 21 metros de alto *(arriba)*. Siempre se creyó que señalaban tumbas reales, pero las excavaciones de 1973 y 1974 del Instituto Británico en África Oriental revelaron una notable serie de tumbas debajo de las estelas. Detrás de la estela más alta, que se muestra aquí, hay una red de pozos, pasadizos y cámaras toscamente desbastada: catacumbas a 7,5 metros por debajo del suelo. Se entró en ellas por primera vez en siglos en 1974. En las delgadas capas de lodo del suelo eran visibles huesos y objetos sepulcrales, pero fueron selladas de nuevo antes de su excavación.

Derecha: La estela más grande en el campo principal de Aksum, de más de 30 metros de largo y la piedra más grande extraída de una sola pieza de una cantera o erigida nunca en el mundo antiguo, ha caído. Las estelas son fantasías arquitectónicas, mansiones de muchos pisos del espíritu que se tienden hacia el cielo. Pero las tallas representan técnicas de construcción aksumitas con un profundo detalle realista. Las paredes de mampostería a base de cascotes eran reforzadas con un armazón de madera. Las vigas longitudinales, ligeramente embutidas, rompían la superficie de la pared. Estaban unidas con vigas transversales, encajadas en los miembros longitudinales y que se proyectaban de las paredes como redondeadas «cabezas de mono».

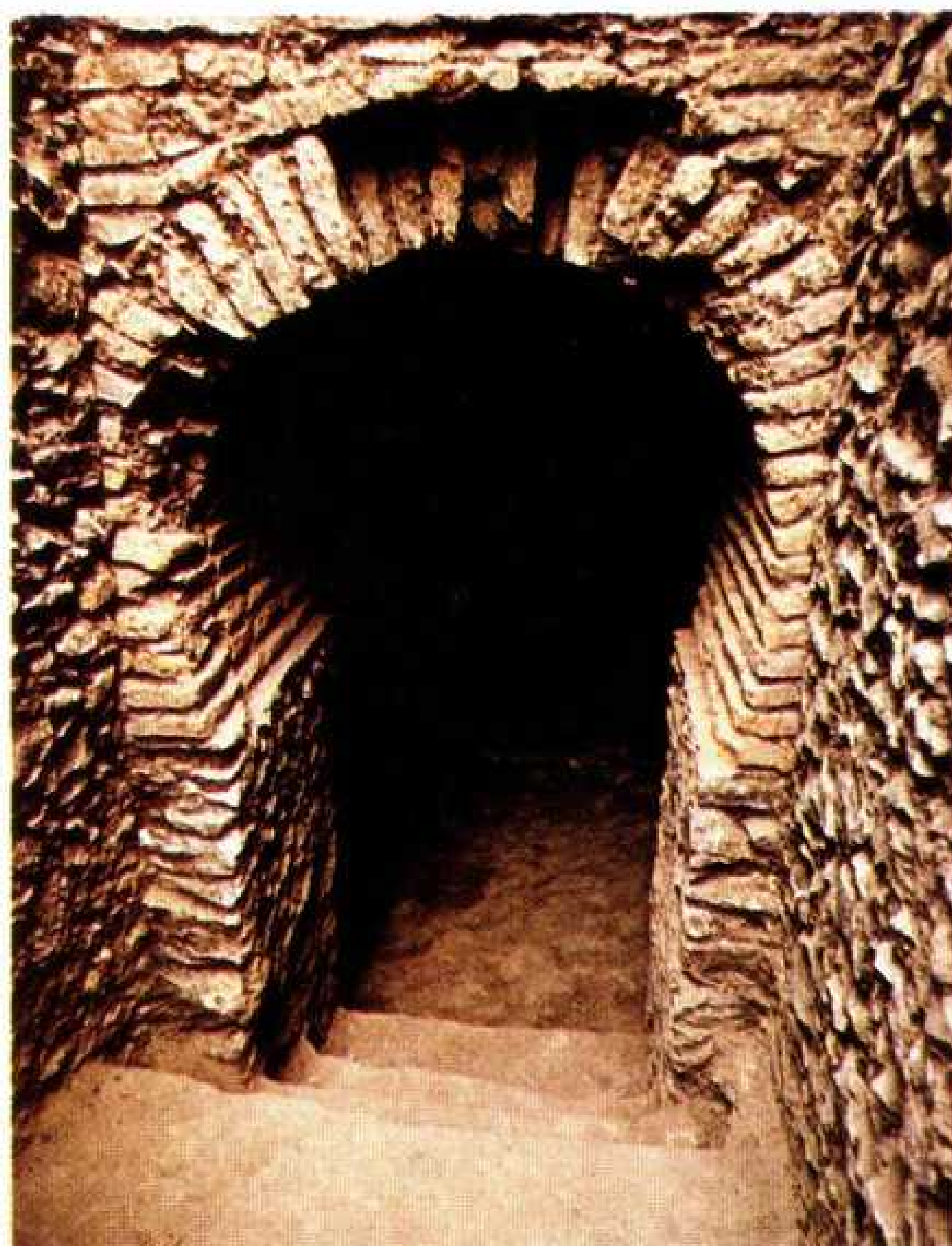


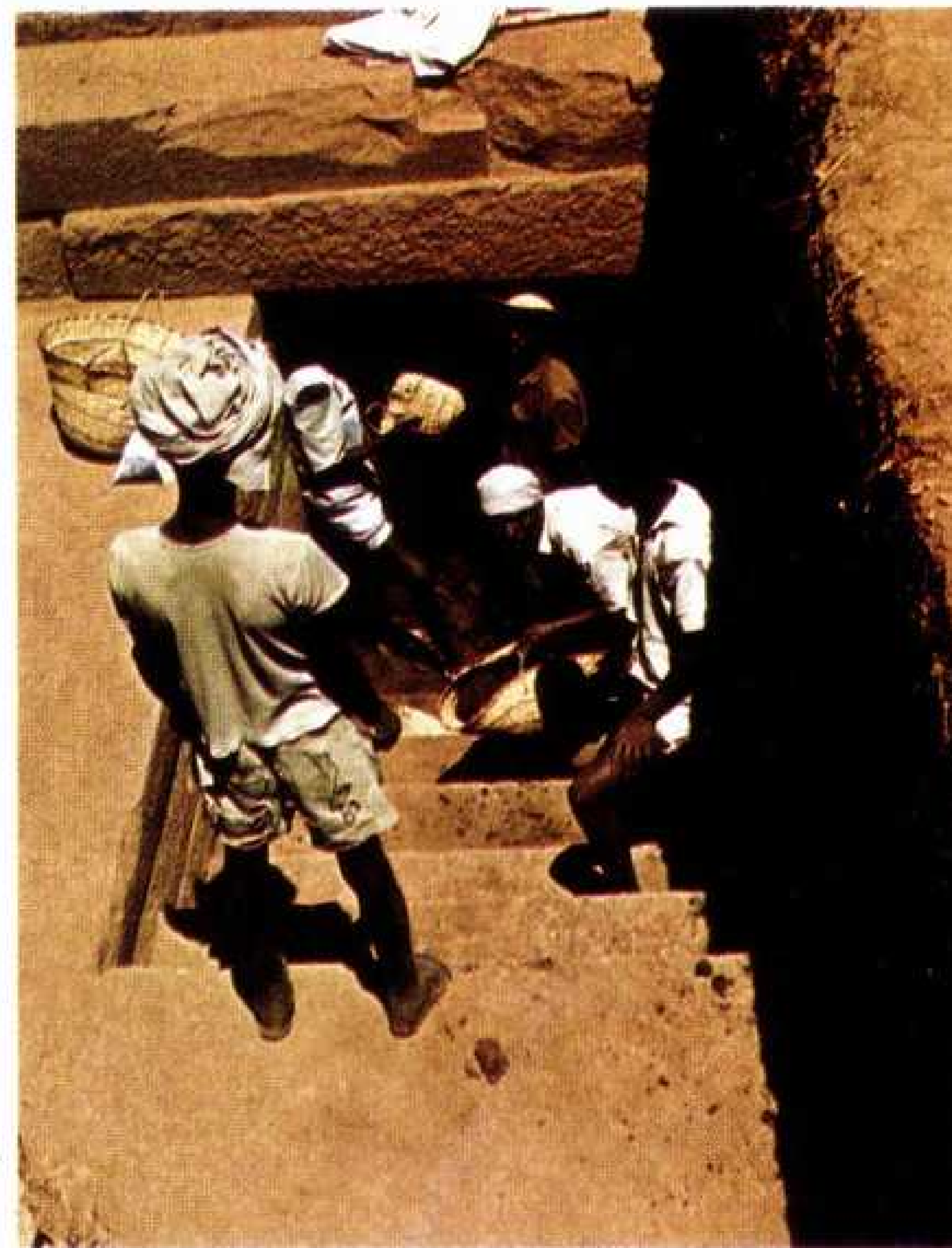


Izquierda: Las estelas estaban rematadas con crecientes que contenían placas de bronce. Hoy sólo quedan los agujeros de los remaches. Probablemente exhibían representaciones del creciente y el disco de Ilmuquh, el dios luna sabeo. Los agujeros de los remaches y los detalles tallados del maderamen de las ventanas superiores son visibles en esta parte superior caída de la estela.

Abajo: Excavación, en 1973, de los escalones de granito que descienden al interior de una tumba en el campo de la estela principal. Una casa simbólica, completa con una puerta tallada con detalles realistas sobre una gran losa de granito, fue erigida sobre la tumba: de ahí que recibiera el nombre de la Tumba de la Puerta Falsa.

Derecha: La entrada a la antecámara de la llamada Tumba de los Arcos de Ladrillo. Puertas similares, de 5,5 metros de alto, conducían a dos cámaras mortuorias. El inicio de las excavaciones –pronto interrumpidas y hasta ahora no reanudadas– reveló la existencia de una masa de objetos funerarios –fragmentos de oro, plata y bronce, copas y frascos de cristal, armas de hierro y una masa de fragmentos de vasijas– revueltos y saqueados por ladrones de tumbas. Esta forma de arco –más tarde característica de la arquitectura islámica– aparece por primera vez en la Siria cristiana del siglo IV d.C., presumiblemente la fuente del motivo que hallamos en Aksum poco después.







En las afueras de Aksum se halla otro campo de estelas, el campo Gudith, llamado así por Judith, la formidable reina pagana nativa que destruyó Aksum y la influencia semítica en el siglo X d.C. Pese al nombre, no hay ninguna evidencia que la conecte a ella con las estelas.



Izquierda: Una tumba fue excavada en el campo Gudith en las afueras de Aksum, una cámara de tierra en la base de un monolito de casi 4 metros. De ella se recuperaron un cierto número de objetos funerarios, entre ellos 80 vasijas de cerámica roja. Las copas y frascos de cristal, probablemente de fabricación egipcia, han sido atribuidos al siglo III o IV d.C.

Capítulo tercero: Poblados y agricultores





En el período de lluvias más abundantes entre el 7000 y el 2000 a.C., las cadenas montañosas saharianas, como el Tassili N'Ajjer, contuvieron florecientes asentamientos de pescadores, cazadores y, más tarde, pastores.

Los reinos de África se hallan arraigados en la vida de poblado. Reyes, cortesanos y administradores cumplen con muchas de las funciones de los ancianos del poblado. Llevan a cabo sus tareas de la misma forma. Las instituciones del estado se desarrollan a partir de aquellas que regulan la vida del poblado. La economía autosuficiente del poblado sigue alimentando y sosteniendo la gran masa de los súbditos de cualquier reino. Ciudades y capitales no son estructural y funcionalmente muy distintas de los poblados grandes. La continuidad en población, cultura e historia es evidente de inmediato.

La vida del poblado, basada en cosechas cultivadas que aseguran una provisión regular de alimentos, se ve a menudo contrastada por la ardua vida de las bandas cazadoras. Dependen de las plantas y animales salvajes en su constante e incierta búsqueda de comida. Por su parte, la vida para el habitante del poblado es relajada, con tiempo para las artes y oficios. Proporciona oportunidades para acumular posesiones, mientras que la existencia del cazador es miserable, pobre y embrutecida. Para aquellos que creen en estas dos imágenes, las diferencias en el estilo de vida son tan amplias y nítidas que la extensión de la agricultura tiene que ser fácilmente reconocible en el registro arqueológico. Esta dicotomía es falsa. Ninguna tecnología única ofreció los mejores medios de progreso. Diferentes hábitats produjeron diferentes estímulos, los cuales generaron diferentes respuestas. No hubo una repentina transformación de caza a agricultura. La búsqueda de los orígenes de la agricultura en un único lugar y tiempo es algo condenado de antemano. Es mucho más fructífero intentar comprender los procesos de cambio por los cuales el hombre, en distintas regiones y de formas diferentes, respondió a nuevas presiones y oportunidades sociales, tecnológicas y ambientales.

Página anterior: Un tipo de mijo –el *Eleusine*– recolectado mediante trillado y aventado. Recientemente se han hallado evidencias de la existencia del *Eleusine* cerca de Aksum en el tercer milenio a.C., lo cual lo convierte en el más antiguo domesticado en África.

Los últimos cazadores y recolectores. El tipo de entorno que ofreció los mayores estímulos para el desarrollo fue uno en el que se presentaron muchos recursos diferentes en una distancia corta de un asentamiento. En

este sentido el valle del Nilo fue rico en oportunidades. El río contenía peces. Los cocodrilos e hipopótamos de las orillas podían ser cazados para carne. Los pantanos y marismas de las riberas proporcionaban muchas plantas acuáticas y tubérculos comestibles. También albergaban aves salvajes. Las densas malezas a orillas del río eran el hogar de grandes antílopes y depredadores. Los cereales crecían de forma silvestre en la fértil llanura de aluvión. El desierto y la estepa abiertos de los bordes del valle eran hogar de mucha caza menor, como la gacela. La riqueza y variedad de estos recursos significaba que, a lo largo del año, podían cazarse diferentes especies de animales y recolectarse muchos tipos de plantas sin necesidad de trasladar el campamento.

En Egipto se han investigado muchas comunidades de cazadores y pescadores que vivieron entre los años 15.000 y 9000 a.C. Un resultado directo de la vida sedentaria y la explotación intensiva de un entorno geográficamente restringido y muy rico fue el incremento de la población. Las presiones resultantes produjeron una creciente sensación de identidad de grupo y de unidad y un sentimiento territorial. Extensos cementerios de grupos culturalmente distintos, muchos de los cuales habían resultado muertos en la guerra, son una prueba arqueológica que ilustra la densidad, permanencia y rivalidad de las nuevas «tribus». Los primitivos asentamientos del valle del Nilo demuestran claramente que la vida de los poblados en África no fue prerrogativa de los agricultores.

Los forrajeadores son inevitablemente muy conscientes del potencial de su entorno natural. Buscan y prueban todas las plantas disponibles para hallarles un uso. Las semillas de las hierbas silvestres eran una obvia fuente de comida potencial. Hoy en día, incluso en ambientes tan aparentemente hostiles como las montañas del desierto del Sáhara, el valor alimentario de estas plantas sigue siendo enorme. Un estudio de las comunidades tuareg en las montañas Ahaggar de Argelia muestra que, de las 446 variedades de plantas silvestres que crecen en las montañas, 80 producen partes comestibles. Doce de ellas son regularmente recolectadas. Cuatro son fuentes de alimento muy importantes. En una buena estación, una familia puede en muy poco tiempo recoger suficiente cereal silvestre como para abastecerse todo un año de comida. Cuando los alimentos son escasos, o en cualquier año en que fallen las cosechas, las hierbas salvajes son un «alimento de hambruna» para el agricultor. En otras ocasiones significan como mínimo un cambio y son a menudo usadas como un complemento para los cereales básicos.

En las Ahaggar, el terreno alrededor de los campamentos tuaregs abandonados se halla a menudo cubierto por abundancia de cereales germinados espontáneamente, que pueden ser cosechados dos o tres veces al año. Esta fuente de alimento y su conexión con la ocupación humana no ha pasado por alto a pueblos tan agudamente observadores y tan sensibles a la naturaleza como las comunidades cazadoras. En consecuencia, las hierbas silvestres fueron una amplia, rica y fácil fuente de alimento mucho antes de que la domesticación condujera a su cultivo y mejora sistemáticos.

La sabana abierta y la estepa de las regiones del Sudán y el Sahel, que atraviesan África al sur del desierto del Sáhara, fueron el hogar original de las principales cosechas indígenas de cereales de África. Varias especies diferentes de mijos y sorgos, cada una adaptada a unas condiciones particulares de pluviosidad y terreno, son las cosechas principales de África. Todas son cosechas de verano, con una estación de crecimiento corta. Esto las sitúa aparte de cereales como el trigo y la cebada, las cosechas que fueron domesticadas en el sudoeste de Asia para iniciar la «revolución del neolítico» en el Levante y Europa. Éstas necesitan lluvia en invierno. Las orillas mediterráneas del Norte de África, el valle del Nilo inferior y las tierras altas de Etiopía son los únicos lugares en África donde pueden crecer.

Esto suscita algunos de los problemas clave en una discusión sobre la agricultura. ¿Existe preocupación por la difusión desde una fuente externa, sea de gente, de cosas o de ideas? ¿Es la ascensión de la agricultura en África debida a la migración de granjeros de éxito y en consecuencia prolíficos y sus cosechas desde fuera de África, que superaron o asimilaron a debilitados y no previsores cazadores? ¿Representa la difusión de ideas o de tecnologías? Los conceptos de seleccionar, plantar, cuidar y controlar plantas como alimento, ¿se desarrollaron en un área en particular para un grupo en particular de plantas y ambientes, y luego fueron adaptados por diferentes pueblos a nuevas situaciones? ¿O fueron lleva-

En las tierras altas etíopes, una hierba nativa, el teff, fue domesticada antes de la introducción del trigo y la cebada. En el primer milenio a.C. se extendió a Arabia, pero no pudo competir con los más productivos cereales.



dos a nuevas áreas los productos en sí, las semillas, plantas y animales domesticados?

Sistemas de agricultura. Antes de examinar esto más a fondo, es preciso identificar más las implicaciones del desarrollo de las cosechas en la sabana. Los cereales necesitan campos abiertos al sol y a la lluvia. Esto significa que es preciso despejar el suelo de árboles y maleza. Las cosechas, en su desarrollo, tienen que mantenerse limpias de hierbas (aunque los cacahuetes y las cucurbitáceas pueden crecer con provecho entre el cereal, para proporcionar una cobertura al suelo e impedir la evaporación y la erosión). Los agricultores de cereales tienden a confiar grandemente en una cosecha única. Los campos suelen ser grandes y sólo pueden ser utilizados durante períodos limitados. Las cosechas de cereales exigen mucho del suelo; en consecuencia, la fertilidad se agota rápidamente: es preciso limpiar y plantar nuevos campos cada pocos años, para proporcionar a las viejas tierras tiempo para que se rejuvenezcan. Las evidencias arqueológicas del desarrollo de los cereales suelen ser fácilmente reconocibles. Las azadas para cuidar los campos, las hoces para cosechar, los molinillos de mano y las piedras



Arriba: En los bosques tropicales puede desarrollarse toda una variedad de cosechas, en particular tubérculos, en claros pequeños cultivados permanentemente.





Abajo y derecha: La azada es la herramienta tradicional de los agricultores africanos. Puede ser utilizada por todos los miembros de una familia, pero no revigoriza el suelo como un arado. Es ineficaz contra las raíces de hierba, e inclina a los agricultores hacia suelos más ligeros y menos fértiles. Según Livingstone.

de moler para preparar el grano, la cerámica para cocerlo y los restos de recipientes y pozos de almacenaje se hallan con frecuencia conservados. Las impresiones de los granos en la cerámica o los yesos proporcionan una evidencia directa de cereales específicos. Lo importante es saber si estos granos proceden de variedades silvestres o domesticadas. Esta crucial distinción ha quedado a menudo poco clara, en particular cuando la distinción entre caza y agricultura parecía absoluta. Las identificaciones precisas son esenciales.

En los bosques tropicales de África los métodos de agricultura son muy diferentes. Aquí las cosechas de cereal eran una fuente insignificante de comida. Los claros en el bosque se utilizaban para hacer crecer una considerable gama de plantas en un área confinada. Por ejemplo, los tubérculos como los ñames, los árboles como los plátanos y las palmeras de aceite, y las nueces de cola crecen normalmente juntos. Cada uno tiene un sistema de raíces, un esquema de crecimiento y una época de maduración distintos. Cada uno llena un nicho ecológico específico y explora una gama diferente de luz, calor, humedad y nutrientes disponibles. Este sistema asegura una producción satisfactoria de al menos unas cuantas cosechas, sean cuales sean las circunstancias. No todas las cosechas fallarán en un mismo año. Las cosechas se complementan también entre sí en los nutrientes que proporcionan a la dieta: carbohidratos, proteínas y vitaminas. Los campos tienden a hallarse alrededor de las casas y se benefician de la fertilización de sus excrementos y residuos. Frecuentemente permanecen bajo cultivo de forma permanente.





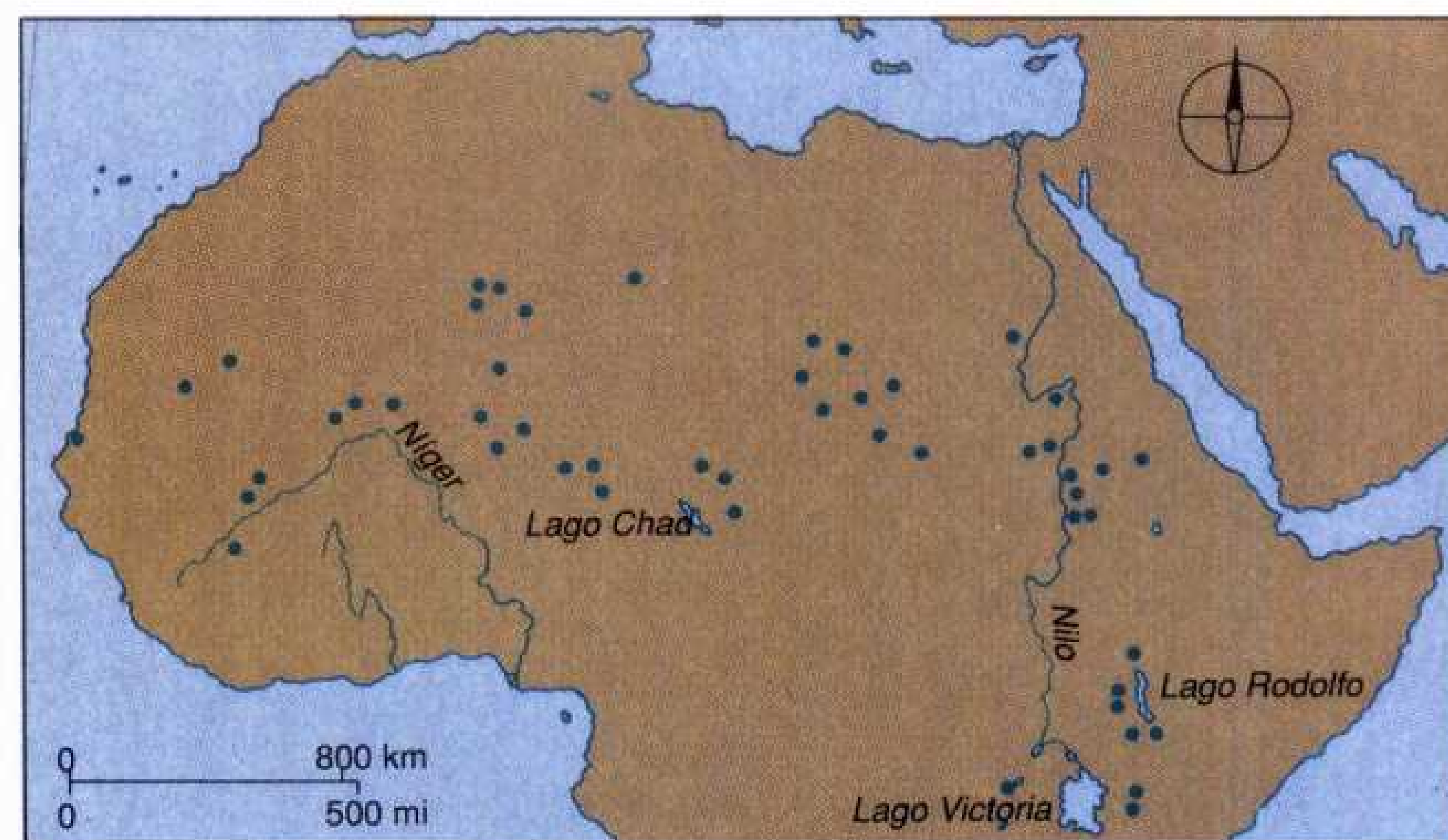
En la agricultura basada en cortar y quemar, las ramas son arrancadas de los árboles, amontonadas y quemadas. Las cenizas fertilizan la tierra. Los tocones de los árboles pueden dejarse en el sitio.

Puesto que este sistema reproduce las condiciones naturales del bosque, resulta difícil discernir arqueológicamente sus evidencias. Las cosechas en sí necesitan poca atención. Los contenedores para el almacenaje no son esenciales, como lo son en otros lugares. El equipo usado para el cultivo, la cosecha y la preparación son mínimos y no sobreviven largo tiempo. Los palos de madera para cavar, morteros y trituradores se descomponen muy pronto. Las cosechas en sí no se propagan por semillas y muchas producen poco o ningún polen. Sus restos nunca son carbonizados o conservados.

Todo el proceso de vegecultivos tropicales es una manipulación del entorno existente antes que la creación de uno nuevo. Resulta fácil ver los sistemas actuales de vegecultivos tropicales como el resultado de milenios de adaptación gradual. Los primeros forrajeadores de los bosques recolectaban probablemente tubérculos silvestres y desechaban partes de ellos en sus campos. Esto incrementaba la propagación: pronto debieron darse cuenta de que esto daba como resultaba el enriquecimiento gradual en plantas alimenticias de un área en particular, y que este proceso podía utilizarse para aprovechar, alentar y finalmente controlar deliberadamente esa programación. Así pues, el cultivo de los bosques fue un proceso que surgió gradualmente y de forma natural. Inicialmente apenas puede distinguirse o separarse de la recolección casual o de la más intensiva explotación natural. La prehistoria de la agricultura tropical nunca será fácil de discernir. La investigación sistemática en este campo apenas ha empezado.

Los lugares donde sabana y bosque se encuentran ofrecen desafíos y recompensas particulares para los cultivadores. Muchas cosechas importantes son nativas de los límites de los bosques. Los ñames son tubérculos diseñados para almacenar humedad. En consecuencia, son





Arriba: Distribución de los arpones de hueso y cerámica de «línea de puntos ondulada». Según Sutton.

Izquierda: Asentamientos primitivos en el Sáhara.

plantas inherentemente adaptadas a regiones como los bordes de los bosques, con pluviosidad alta pero marcadamente estacional. Las palmeras de aceite necesitan el sol y no pueden existir bajo el cerrado dosel del bosque. Aquí también los sistemas basados en cereales y tubérculos se encuentran y coexisten. Proporcionan un enriquecimiento correspondiente a las oportunidades agrícolas.

El fértil Sáhara: Cuando se buscan los orígenes de la agricultura, se buscan evidencias de asentamientos permanentes en áreas de diversidad y desafío. Las montañas del Sáhara central deberían de contener algunas de las respuestas. En las resecas extensiones de este desierto se alzan varios grandes macizos montañosos. De este a oeste, las cadenas montañosas del Air y Adrar, Ahaggar, Tassili, Tibesti y Ennedi forman un creciente de tierra casi continuo que alcanza los 2.700 metros de altura por encima del nivel del mar. Se extienden por el desierto desde la sabana y proporcionan un lazo de unión entre los dos ambientes. Al oeste las montañas son accesibles hasta la curva del río Níger. Al este se tienden hacia el valle del Nilo superior.

Desde el 7000 hasta el 2000 a.C. el clima en esta parte del Sáhara era significativamente más frío y húmedo que hoy. Las llanuras eran una estepa seca y abierta, cubierta de hierba y poblada de gacelas y antílopes. Lo que hoy son uadis eran ríos, flanqueados por densos arbustos o bosques. Sedimentos y playas elevadas indican que había pantanos y lagos en los pies de muchas colinas. Albergaban percas del Nilo, cocodrilos e hipopótamos. Las muestras de polen indican que las laderas de las colinas estaban cubiertas por una flora mediterránea de pinos, cipreses y enebros. Los bosques entremezclados de robles que ocupaban las laderas superiores albergaban ganado salvaje indígena y ovejas de Berbería. Los brezales cubrían la meseta alta. Esta rica situación ecológica era muy parecida al valle del Nilo. Había cambios rápidos de hábitat, que albergaba diferentes tipos de caza y plantas comestibles. Eran accesibles desde los mismos campamentos. Las zonas estaban también restringidas, y exigían una cohesión social y nuevos métodos de explotación estimulantes. Cuando se producían fluctuaciones climáticas, los rápidos cambios de altitud, la gran área cubierta y el enlace con las zonas de vegetación del sur aseguraban que la flora y la fauna pudiera trasladarse a áreas más adecuadas. No se enfrentaban a la extinción.

En muchas partes del Sáhara central se han excavado campamentos. Muy a menudo estaban en la parte inferior de las laderas de las colinas, protegidos del sol y del viento por peñascos o salientes. A menudo dominaban los lagos y la zona abierta de las llanuras. Pocos han revelado estructuras, moradas o incluso extensiones de herramientas formando estratos únicos no alterados. Todos ellos contienen restos de cerámica. Ésta, una forma pesada y frágil de contenedor, es en general un buen indicador de vida asentada, aunque no se correlaciona necesariamente de forma absoluta con la agricultura. La decoración de casi toda la cerámica sahariana es extremadamente distintiva. Hileras de marcas y líneas incisas cubren buena parte de la superficie. Eran hechas con espinas de barbo, un pez grande, comestible, cuyas espinas pueden causar desagradables llagas y que en consecuencia los pescadores arrancan tan pronto como los atrapan. Esta cerámica es conocida por los arqueólogos como de «línea de puntos ondulada». Con la cerámica había microlitos y puntas de fecha de piedra lascadas bifacialmente. Las cuentas estaban formadas a partir de huesos de avestruz. Las armas más distintivas eran arpones, tallados en hueso, con una o dos hileras de púas.

La cerámica de «línea de puntos ondulada» y los arpones han sido hallados en áreas muy dispersas. Dos importantes yacimientos saharianos son Amekni, cerca de Tamanrasset, en el sur de Argelia, hacia el extremo sudoeste de la cadena de montañas sahariana, y Meniet, a unos 250 kilómetros más al interior del desierto. Ambos contenían polen y granos de hierbas que los excavadores

supusieron, por su tamaño, que podían indicar domesticación. Pero sólo había uno o dos especímenes, y el criterio del tamaño de los granos no es fiable. También se ha encontrado cerámica de «línea de puntos ondulada» en muchos campamentos junto al Nilo, cerca de Jartum y cerca del lago Turkana (antiguamente lago Rudolf) en las llanuras desérticas del norte de Kenia. Se considera que un trozo de cerámica, hallado junto con una industria de obsidiana en la Cueva de Gamble en el Rift Valley de Kenia, lleva la misma forma característica de decoración.

Poblados de pescadores. La uniformidad de la decoración de la cerámica y los característicos arpones han conducido a John Sutton a proponer que una «civilización» única cubrió en sus tiempos buena parte del Sudán, explotando lagos y ríos. Los distintivos artefactos reflejan métodos especializados de pescar, por arponeo, y de cocinar el producto, utilizando botes de cerámica para guisarlo. Sutton sugiere que esta tecnología tuvo tanto éxito que pudieron establecerse y habitarse grandes poblados durante largos períodos de tiempo. Otros métodos de producción de alimentos no presentaron ventajas. En consecuencia, no hubo incentivos para desarrollar economías de agricultura o pastoreo. Para algunos, estas sociedades parecen estancadas. Para el pescador africano, los recursos acuáticos eran más que suficientes para vivir de ellos. El cambio no tenía atractivos.

Este modelo es probablemente demasiado simple. Las formas características de los artefactos enmascaran una considerable diversidad cultural regional. Cuando se examina de cerca la cerámica, muestra claras diferencias en técnicas de elaboración. Unos cambios similares son visibles en las herramientas de piedra. Otras distinciones significativas entre áreas se volverán indudablemente obvias cuando se comparen con detalle ensamblajes de artefactos completos. En la actualidad, todo esto queda oscurecido por el abrumador peso que se le ha dado a la presencia o ausencia de uno o dos rasgos estilísticos. Lo que muestran ya los ensamblajes de herramientas de piedra es una clara e ininterrumpida secuencia y una continuidad entre las comunidades cazadoras y recolectoras locales de la Edad de Piedra y los pescadores y ceramistas que les sucedieron. No hubo una unidad de cultura total y general. Cazadores de muchas «culturas» distintas adoptaron la nueva cerámica y el nuevo equipo de pesca casi al mismo tiempo.

La aparición de la cerámica en muchas áreas distintas a finales del séptimo milenio representa la rápida difusión de una nueva idea, una nueva tecnología. Durante muchos siglos después, las comunidades del Sáhara central y del Nilo superior desarrollaron la cerámica, mientras que los pueblos del Nilo inferior, del delta del Nilo y a lo largo de la costa norteafricana carecían de ella. La cerámica sólo aparece en Cirenaica a mediados del quinto milenio y en el bajo Egipto en el cuarto milenio. El desierto entre el Nilo superior y los yacimientos de cerámica saharianos –áreas que se extienden a horcajadas sobre el único vínculo entre el Sáhara central y los primitivos usuarios de la cerámica del sudoeste de Asia– sólo adoptaron la cerámica a mediados del tercer milenio. Este modelo de distribución muestra pues que los poblados asentados en África tuvieron que inventar y desarrollar su propia industria de la cerámica sin influencias externas.

El inicio de la ganadería vacuna. A principios del cuarto milenio, más de dos mil años después de que se estableciera la vida en poblados en las montañas del Sáhara, hubo un cambio hacia una economía más pastoral. El ganado vacuno salvaje ya merodeaba por los bosques de las montañas. El animal indígena, el *Bos africanus* o *ibe-*

Las evidencias de asentamientos pastorales primitivos en Adrar Bous, en el desierto del Teneré, incluían *(abajo izquierda)* tres concentraciones circulares de piedra, posiblemente las bases de sendos depósitos de almacenaje, y *(abajo)* el esqueleto casi completo de una vaca doméstica de cuerno corto (datada del 3810 ± 500 a.C.), excavada en un estercolero en Agorass in-Tast.







Un refugio de roca pintado en una de las gargantas de piedra arenisca del macizo del Sefar en las montañas del Tassili N'Ajjer.

ricus, era de cuernos cortos y sin giba. Es muy probable que fuera domesticado por primera vez por las comunidades saharianas. Ciertamente, no fueron importados animales domesticados ni de Asia ni de las tierras del Mediterráneo. El primer ganado vacuno domesticado de Egipto tenía cuernos largos. Los cuernos cortos sólo aparecieron aquí hacia mediados del tercer milenio.

Los depósitos en las cuevas cirenaicas muestran que las ovejas y las cabras domesticadas eran pastoreadas aquí ya a principios del quinto milenio. Los yacimientos del Nilo superior –incluido Shaheinab, uno de los primeros en ser excavados– contienen ovejas domesticadas en contextos que son quizá tan primitivos como los de Cirenaica. De hecho, el pastoreo de ovejas distingue estos yacimientos del «Jartum neolítico» de sus inmediatos predecesores, los campamentos pescadores del «Jartum primitivo» o «Jartum mesolítico». Otro yacimiento del «Jartum neolítico» en el Nilo, Kadero, ha producido recientemente una gran cantidad de huesos de ganado vacuno que superan en mucho los de ovejas y cabras. Está datado de finales del cuarto milenio, y el ganado vacuno parece haber sido domesticado. Kadero proporciona evidencias de que el ganado vacuno mantenido en el Nilo superior pudo iniciarse tan pronto como lo hizo en el Sáhara.

La gente del sur del Sáhara pudo muy bien haber sido estimulada en sus experimentos de domesticación de su ganado vacuno indígena por el ejemplo de los pequeños rebaños que les llegaban desde Cirenaica. Puede que existieran fuertes razones climáticas que convirtieran esta innovación en algo urgente. La gradual desertización del Sáhara pudo hacer decrecer las manadas de animales salvajes. A medida que lagos y pantanos disminuían, la caza y la pesca pudo convertirse en algo sólo marginalmente rentable, aunque ambas actividades prosiguieron en cierta forma durante siglos. El papel social y económico del ganado vacuno, como medio de acumular riqueza y reforzar las alianzas de grupo, pudo hacer que su cría se convirtiera en algo socialmente significativo.

Todavía existen muchos problemas sin resolver respecto al pastoreo en el Sáhara. Los yacimientos saharianos son inusuales en el sentido de que hasta ahora no existen evidencias de que haya alguna relación cercana



entre hombre y ganado vacuno antes de su domesticación; por ejemplo, no evolucionaron métodos de caza especializados. El ganado vacuno salvaje no parece que fuera una fuente de alimento importante o exclusiva. Sin embargo, la evidencia de una simbiosis de este tipo es el precursor lógico y usual a los experimentos en domesticación. El pastoreo es normalmente una consecuencia especializada de formas más generales de cría de animales domésticos. Es adoptado por los agricultores establecidos a fin de enfrentarse a circunstancias ecológicas especiales. Por lo demás, los pastoreadores permanecen siempre dependientes de la agricultura para al menos algunas de sus necesidades. Sin embargo, en el Sáhara, el pastoreo parece que fue la única forma de producción de comida durante siglos.

Existen algunas evidencias, de los restos humanos y la gente reflejada en las pinturas rupestres, de que los pastoreadores saharianos no eran negroides, al contrario que los primeros usuarios de la cerámica. El cambio al pastoreo puede en consecuencia reflejar un cambio en la población. Ciertamente, resulta evidente un cambio en el modelo de asentamientos. Los campos eran establecidos ahora muy adentro en las llanuras. Adrar Bous, en el desierto del Teneré, al este del macizo de Air, es uno de ellos. Los poblados aquí cubren cada uno un área considerable. Sus poblaciones pudieron ser numerosas, pero las moradas eran frágiles: poco más que cortavientos de hierba montados sobre un anillo de piedras. Parecía como si fueran campamentos estacionales de nómadas.

Tadrart Acacus, un campamento pastoral al norte de las montañas del Tassili, ha producido dataciones de mediados del sexto y muy a primeros del quinto milenio. El ganado vacuno domesticado puede que no estuviera presente en esta época: las evidencias y asociaciones son inciertas. Una datación de primeros del cuarto milenio de este yacimiento tiene asociaciones más claras con un grupo pastoral. El esqueleto de una vaca de cuernos cortos excavado en un campamento en Adrar Bous está datado del 3810 a.C. En las montañas del Tassili los refugios y salientes de roca estaban encerrados tras muros de piedra para formar corrales para el ganado vacuno y animales más pequeños. Muchos de estos recintos han sido datados del cuarto milenio.

Los frisos pintados en las paredes de los refugios del Tassili han proporcionado vívidos indicios sobre la vida de los primeros pastores. Grandes rebaños mixtos de vacas y bueyes, muchos con pieles moteadas, fueron dibujados con minuciosa atención al detalle. La forma grande, curvada, parecida a una lira, de los grandes cuernos y los contrastados cuernos cortos e inclinados hacia delante aparecen en los mismos rebaños. La mayoría de los animales eran mantenidos probablemente por la carne y no por la leche, porque las vacas aparecen sin ubres. Los rebaños avanzan por las paredes, atendidos por gente con una gran variedad de atuendos. Muchos de ellos se parecen a los pastoreadores fulani del Sudán de hoy.

Después del 2000 a.C. la lluvia se había vuelto tan rara e incierta en las tierras altas del Sáhara que la cría de

Un extenso y bajo montículo de residuos señala un asentamiento pastoral en Karkarichinkat. La en sus tiempos llanura de aluvión se ha visto degradada a un desierto.





Página opuesta: Ganado vacuno de cuerno largo –incluidas vacas lecheras– del refugio de Tamrit en el Tassili.

Derecha: Pintura no datada de ganado vacuno en Genda Biftu, un refugio en el borde nordeste de la meseta etíope.

Abajo: Manadas de ganado vacuno y un campamento de pastores de un refugio de roca del Tassili.



animales domésticos apenas era posible. Los pastores se trasladaron a las llanuras y siguieron hacia la sabana del sur la vegetación que orillaba los ríos y los uadis que se iban secando. En Karkarichinkat, en el desierto al norte del río Níger, en su punto más septentrional antes de girar al sur y fluir hacia los bosques tropicales, las excavaciones de 1968 ilustraron los últimos estadios de este proceso. Bajas dispersiones de restos de asentamientos, depositados a lo largo de principios del segundo milenio, mostraron que era consumido más ganado vacuno en los poblados del Níger que todos los demás animales combinados. El resto de la carne procedía a partes iguales de pequeños animales domésticos y caza. Aunque la lluvia en estos poblados era de unos 20-30 centímetros anuales, dos veces la de hoy, y aunque el poco profundo valle aluvial contiene un suelo fértil, no había señales de cultivos.

Los primeros agricultores. Es de una de las áreas marginales del Sudán, en un período que sigue inmediatamente después de Karkarichinkat, que se ha obtenido la primera evidencia clara, directa e incontrovertible de cultivos en África. En 1960 Patrick Munson investigó una serie de yacimientos en Dhar Tichitt, en Mauritania. Allá se habían establecido algunos asentamientos en la cresta de una hilera de riscos y otros al lado de lagos y pantanos secos en los pies de estos riscos. Las evidencias directas de cultivos proceden de vaciados de mijo domesticado incorporado en vasijas de cerámica. Una sucesión de yacimientos, divididos en ocho fases, ilustran los cambios sociales y económicos que entrañó la nueva economía.

A medida que se secaban los lagos, las dos primeras fases, que empezaron hacia el 1759 a.C., vieron la desaparición de los cazadores que habían utilizado puntas de flecha microlíticas. En las siguientes dos fases, del 1500 al 1100 a.C., las lluvias mejoraron y la pesca empezó de nuevo. Los campamentos contenían ahora cerámica. Se pastoreaban pequeños rebaños. Las hierbas silvestres –incluida una forma de mijo– y las bayas –los «alimentos de hambruna» de hoy– eran cosechadas y almacenadas en pozos. En la quinta fase se construyeron grandes poblados de casas de piedra. Se había adoptado la vida sedentaria. El cultivo de cereales pudo ser la raíz de esta crucial transformación social, aunque las evidencias directas son pocas. En la fase siguiente, datada por los alrededores del 1100 a.C., el tema ya no ofrece ninguna duda: 72 de las 121 impresiones de cereales en la cerámica de esta fase eran del mijo *Pennisetum.* La mitad de ellas pertenecían claramente a una variedad domesticada. Los poblados estaban ahora fortificados y situados a lo largo de la cima de los riscos. En las fases siguientes, del 750 al 400 a.C., los poblados se escindieron y la gente se dispersó. La concentración en el cultivo del mijo, incluso

Un refugio de piedra arenisca en Kintampo se convirtió en una cantera y una fábrica de producción de molinillos de mano. Por encima de los 1.000 blancos fueron recuperados de los restos que sellaban lentes oscuras de material de Kintampo.



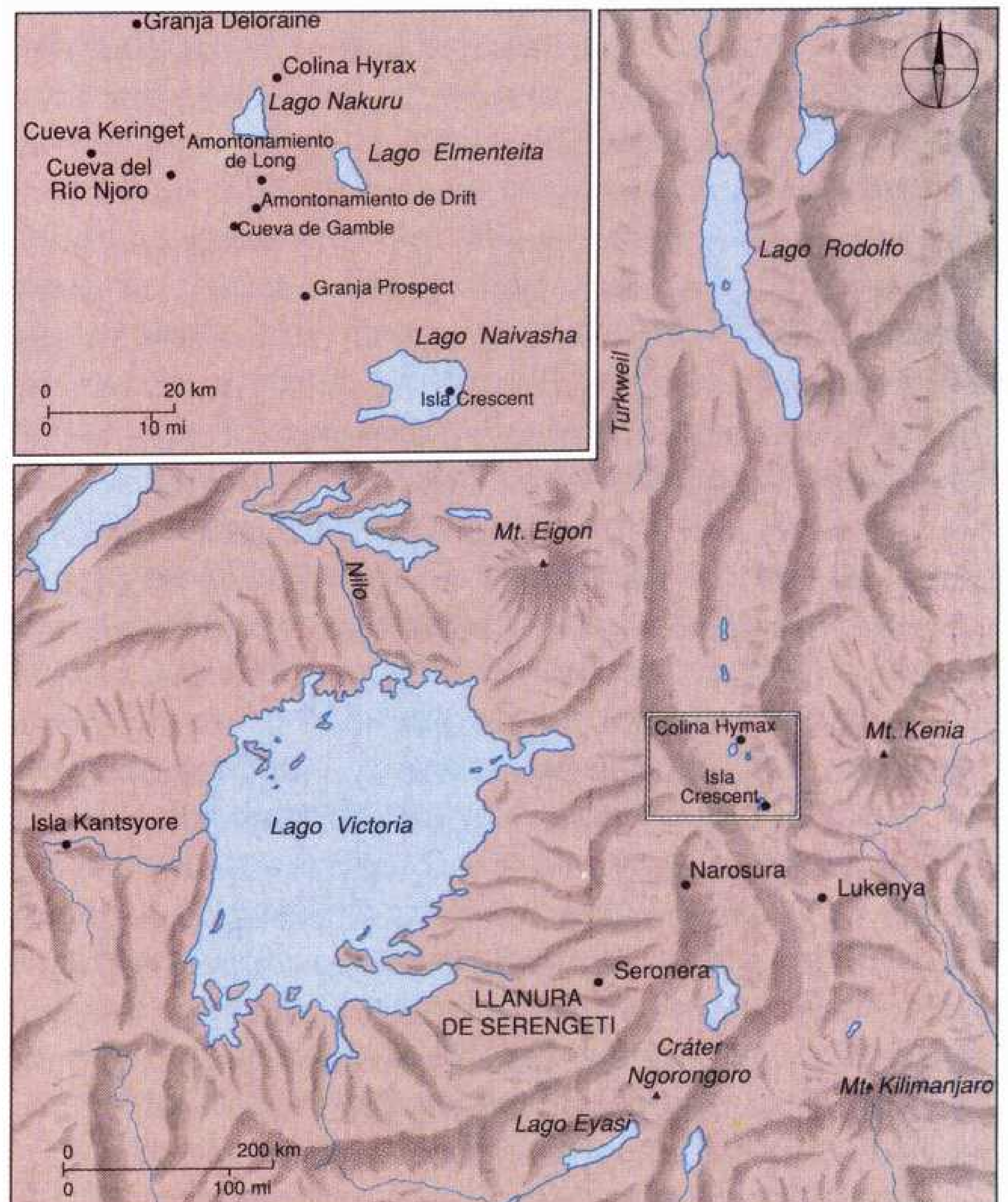


Arriba: el Rift Valley de Kenia, cerca del lago Naivasha. Los escalones causados por las fallas sucesivas son claramente visibles en la escarpa.

Derecha: Primitivos yacimientos pastorales en África Oriental.

Abajo: Uno de un grupo de 60 cairns en Kapkures, en el oeste de Kenia; de 12 metros de diámetro, contenía toda una acumulación de lascas de obsidiana, cerámica y los restos de un buey joven que había sido consumido. Escala en pies.





a expensas del ganado vacuno, no trajo la prosperidad necesaria para que los habitantes de los poblados se defendieran contra los ataques, o la flexibilidad necesaria para responder a un clima que se deterioraba firmemente.

El propio Dhar Tichitt es quizás un yacimiento tardío y periférico en la historia de la primitiva cultura sahariana o sudánica. No refleja necesariamente los primeros pasos dados en el cultivo de los cereales. Lo que muestra es la amplia gama de efectos que tuvo la introducción de la agricultura sobre las comunidades saharianas. E, igual de importante, ilustra también las preguntas que deben formularse, la escala del trabajo de campo que debe hacerse, y el tipo de evidencias que deben recuperarse si los arqueólogos desean investigar las implicaciones y procesos sociales relativos al desarrollo de la agricultura. El trabajo de Munson en Dhar Tichitt es el tipo de investigación que se necesita desesperadamente en los estudios prehistóricos de África.

A medida que el Sáhara se iba desertizando, la gente se alejaba y creaba nuevas presiones demográficas en sus límites: en la sabana, en el borde de los bosques tropicales en África Occidental y cerca del Nilo. Hubo repercusiones indirectas incluso más allá, en Etiopía y África Oriental.

La penetración en el bosque estimuló nuevos desarrollos. Su potencial agrícola era completamente distinto. Las interpretaciones de sentido común del largo, casi inintencionado e inevitable desarrollo de los claros del bosque permanentemente cultivados, que albergaban muchas cosechas distintas, ya han sido examinadas. También hemos visto cómo las evidencias arqueológicas para esto son muy difíciles de rastrear y en la actualidad carecemos casi enteramente de ellas. El tipo de inferencias que pueden hacerse a partir de la botánica de los ñames y las palmeras de aceite sugieren que su domesticación se halla relacionada con un inicio de los cultivos allá donde se unen sabana y bosque. En el bosque se han hallado pesadas herramientas de piedra lascada –que los arqueólogos interpretan como azadas o azuelas– y cabezas de hachas de piedra pulida. Nunca han sido datadas o asociadas con otros artefactos o depósitos de ocupación. Su contexto no está claro. Ciertamente no pueden ser consideradas por sí mismas como evidencia de cultivos. Las especulaciones sobre estas líneas se basan en malinterpretaciones de las antiguas teorías europeas que igualan la piedra pulida «neolítica» con los primeros cultivos.

Un grupo de yacimientos en Ghana nos cuentan algo acerca de los primeros agricultores del bosque. Estos yacimientos se producen en varias áreas ampliamente separadas donde se unen bosque y sabana. En el norte están cerca de los bosques que orillan el río Volta, allá donde fluye al interior de la sabana. Dentro de la zona del bosque hay yacimientos en las tierras altas de piedra arenisca menos densamente arboladas. Cerca de la costa, donde las praderas de la llanura de Accra se extienden hasta el mar, hay más yacimientos. El yacimiento tipo es Kintampo, aunque Ntereso fue el primero en ser excavado. Ambos están datados entre aproximadamente el 1600 y el 1200 a.C. Los poblados estaban formados por casas sólidas, construidas de mimbre y argamasa o bloques de arcilla laterítica. Constituyen las moradas permanentes más antiguas en el África tropical. Había también ganado vacuno pequeño de cuernos cortos y ovejas y cabras (también especímenes pequeños, que recuerdan los animales del «Jartum neolítico»). Arpones de hueso, puntas de flecha de base hueca y anzuelos para la pesca han sugerido a algunos prehistoriadores una conexión cultural con el Nilo. Sin embargo, la cerámica kintampo es completamente distinta a la de «línea de puntos ondulada» del Nilo. Aunque los excavadores han probado varios métodos de recuperar semillas, los poblados de Kintampo no han ofrecido hasta ahora ninguna evidencia directa de cosechas de cereales domesticados. Sin embargo, su economía difícilmente pudo ser sólo pastoral, en el tipo de entorno que decidieron habitar. La consistente elección del borde de los bosques para sus poblados es un indicador importante de que los agricultores kintampo cultivaban tanto cereales como ñames.

Es fácil visualizar los progresos de la agricultura desde el Sáhara, a través de los límites del desierto y los valles fluviales del norte de Sudán y hasta los bosques tropicales de África Occidental, como un único proceso continuo. En el África Oriental, las complejas interrelaciones



entre diferentes entornos y zonas de vegetación exigía respuestas más individuales.

Ganaderos de África Oriental. A principios del primer milenio a.C. los grupos pastoreadores se asentaron en las tierras altas del oeste de Kenia y las regiones adyacentes de Tanzania. Las abiertas llanuras herbosas de estas áreas eran hogar de grandes manadas de antílopes. Hoy los pocos que quedan atraen a muchos turistas extranjeros a las famosas reservas de caza como las de la llanura del Serengeti o el cráter del Ngorongoro. Se trata de un área tectónicamente inestable de terremotos y volcanes. Ngorongoro es un enorme cráter extinto. Las montañas que delimitan las tierras altas –Elgon, Kenia y Kilimanjaro– son todas de origen volcánico. El Rift Valley –la gran falla en la corteza terrestre que parte en dos las tierras altas– tiene en su fondo muchos pequeños lagos. En el remoto pasado se veían ahogados por los flujos de lava o vaciados por los terremotos y las fallas. El suelo del valle es apreciablemente más cálido y seco que cualquier otro lugar de las tierras altas.

Las altiplanicies contienen áreas de excelente tierra arable, pero son los pastos los que ocupan un lugar preeminente. Los asentamientos de los pastoreadores primitivos han empezado a ser descubiertos muy recientemente en las tierras altas. Los únicos dos poblados excavados hasta ahora son Narosura, en el borde del Rift Valley en el norte de Tanzania, y la Granja Prospect, en el suelo del valle, en Kenia. Sin embargo, las excavaciones de ambos yacimientos todavía han dicho muy poco. Ambos lugares han sido muy erosionados y se hallan destruidos en gran parte. Los ocasionales agujeros de postes que han sido puestos al descubierto dicen poco sobre el tamaño o densidad de los asentamientos. Ni siquiera indican el plano o estructura de las casas. En Narosura, según sus restos, el ganado pequeño superaba en número al grande como alimento, pero la economía estaba ciertamente basada primariamente en el pastoreo. Es posible que la vida, como hoy, fuera predominantemente nómada.

Página opuesta: Un campo mixto de cereales básicos africanos. El sorgo, la planta más alta, es la cosecha indígena más importante. El mijo perlino –*Pennisetum*–, con la cabeza más oscura y densa, fue desarrollado en Dhar Tichitt a finales del segundo milenio. En el 1000 a.C. se había extendido hasta la India.

Abajo: un cuenco, cubierto por *daga* caída, expuesto en el suelo de una choza en el poblado de la Edad de Hierro primitiva de Dambwa, en el sur de Zambia, datado del siglo VIII d.C. Escala en pulgadas.



Un material más abundante, si no más revelador, procede de los enterramientos. En 1938 Louis Leakey puso al descubierto los restos de 80 enterramientos por cremación en la Cueva del Río Njoro, otro yacimiento del Rift Valley. Parece probable que cada cuerpo fuera enterrado con un pequeño bol poco hondo de gruesas paredes, cortado o pulido de la toba volcánica. Fueron recuperados casi tantos de estos cuencos como enterramientos había. Estas curiosas y características vasijas han sido encontradas también en casi todos los demás yacimientos, de ahí el nombre popular para el grupo, la «Cultura del Cuenco de Piedra». Los cuencos absorben demasiado calor como para haber sido usados para cocinar. Algunos tienen huellas de carbono u ocre en su interior. Quizá fueran lámparas, paletas para pintar o contenedores para ofrendas funerarias.

La cremación no era el único medio de ocuparse de los muertos. Muchos enterramientos estaban cubiertos con cairns, esos montones de piedras que señalan un mojón, conmemoran un acontecimiento o indican una sepultura. Algunos tenían pozos revestidos con piedras en su centro. Algunos alcanzaban los 15 metros de diámetro. Se arraciman en grupos de hasta un centenar de cairns. Muchos contenían cuencos de piedra y largas hojas de cuchillo de obsidiana, colocados al lado del cuerpo como ofrendas funerarias. Aunque los primeros pastoreadores habían perdido su característica identidad cultural alrededor del 100 a.C., los enterramientos bajo cairns tuvieron lugar en África Oriental durante muchos siglos, de hecho milenios. Al menos un enterramiento bajo cairn está datado con una fecha tan próxima a nosotros como el 1600 d.C.

Hay una gran cantidad de evidencias que sugieren que estas comunidades pastorales de África Oriental se originaron en las tierras altas etíopes. En Etiopía se encuentran también cuencos de piedra y cairns funerarios, aunque su distribución, contextos y dataciones son inseguros. (Los cuencos de piedra asociados con la cerámica en North Horr, cerca de la frontera de Kenia con Etiopía, han sido datados recientemente del segundo y tercer

milenio a.C.) Hubo un tiempo que se consideró que las evidencias de esqueletos y cremaciones de los cairns demostraban que los pastoreadores no eran negroides sino caucasoides. Esto parecía una indicación más segura aún de un origen septentrional, porque los pueblos etíopes son caucasoides. Sin embargo, una reevaluación más reciente de los huesos los sitúa dentro de la gama de la variación física negroide. Las lenguas cusíticas están centradas en Etiopía. Los actuales habitantes de las tierras altas de Kenia y Tanzania hablan nilótico meridional. Desplazaron a los cusitas meridionales del área hará unos dos mil años. Los nilotas del sur muestran evidencias de profundas influencias culturales cusíticas. La interacción entre las dos comunidades se produjo probablemente en el sur de Etiopía antes de que los que hablaban nilótico se trasladaran al sur. Hoy en día pequeñas comunidades del Rift Valley hablan dialectos cusíticos meridionales. Están próximos a la extinción y sobreviven tan sólo como islas aisladas en un mar de habla bantú. Su distribución, edad, economía y tradiciones respecto a su origen e historia sugieren que todos ellos son supervivientes de los primeros pastoreadores.

Según las evidencias arqueológicas, los pastoreadores de África Oriental jamás fueron más allá de las tierras altas. Puede que haya habido buenas razones ambientales para ello. Los bosques de tierra adentro en Tanzania ofrecen pastos pobres y un alto peligro de infestación por la mosca tsé-tsé. También es muy posible que el entorno extraño fuera otro factor significativo que limitara la expansión.

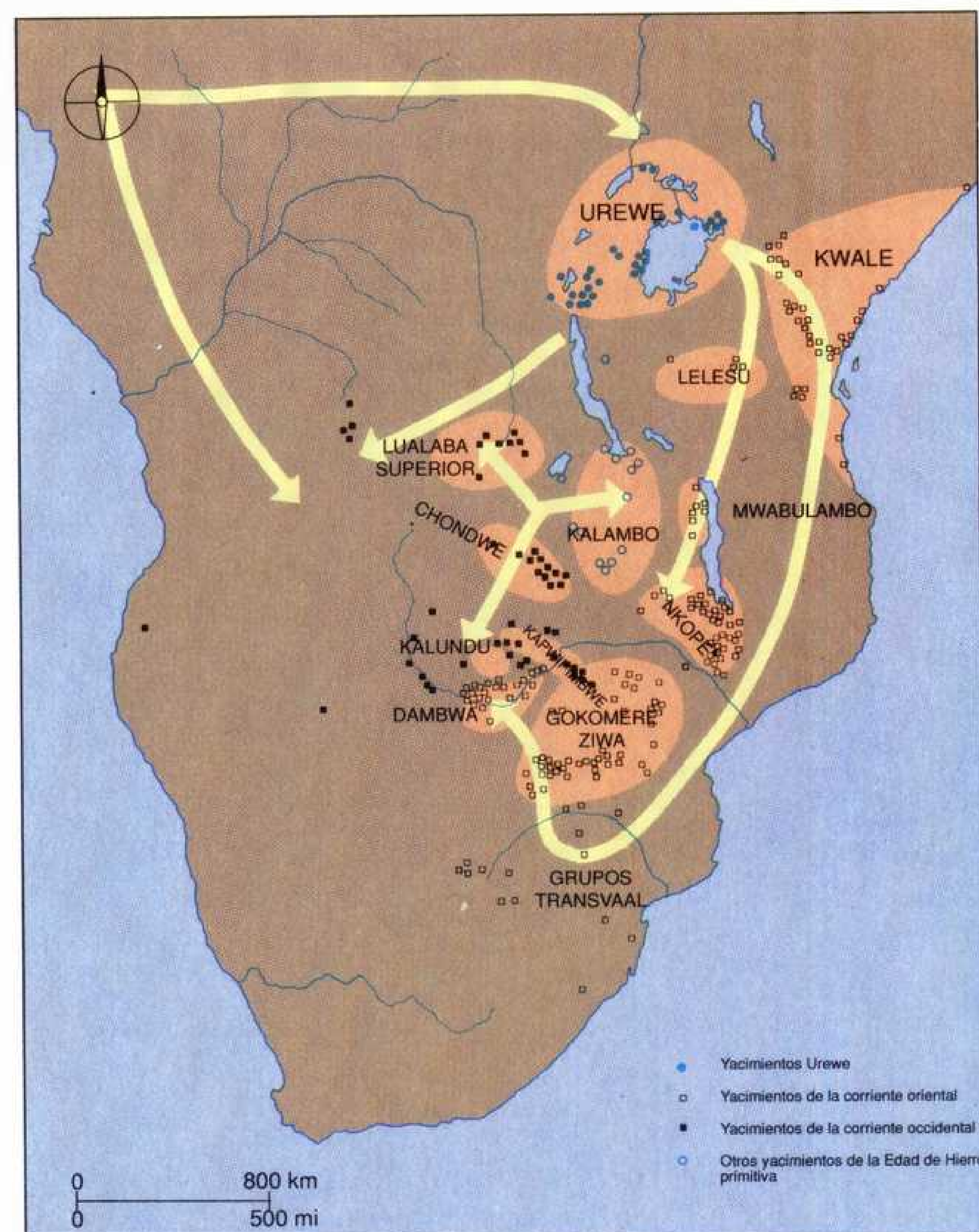
Las cálidas tierras bajas alrededor del lago Victoria, con fértiles suelos volcánicos, sustentan ahora densas poblaciones basadas en el cultivo del plátano. Estas áreas han proporcionado varias colecciones de un tipo característico de cerámica, la cerámica Kantsyore. Sus fabricantes son aún unas figuras muy en la sombra, pero su contemporaneidad con los primeros pastoreadores parece asegurada por las evidencias estratigráficas y por las dataciones absolutas. En su estilo y motivos es una cerámica muy parecida a la de «línea punteada ondulada» del norte del Sudán y el valle del Nilo. Pudo muy bien ser una variante de este complejo de cerámica.

Es posible que los fabricantes de la cerámica Kantsyore fueran también primariamente pescadores. La distribución de sus yacimientos da peso a esto. Pero las tierras en las que decidieron asentarse eran también muy fértiles, y los sedimentos lacustres, datados del 1000 a.C., del lago Victoria contenían pólenes de hierbas particularmente asociadas con la regeneración de la tierra tras el cultivo. Así, los fabricantes de la cerámica Kantsyore pudieron ser muy bien agricultores. En este caso, hace tres mil años África Oriental pudo ver una interacción entre cultivadores y pastoreadores. La variada topografía y vegetación pudieron reforzar estas especializaciones. La interacción entre las dos pudo ser también la clave a buena parte de la historia más reciente de África Oriental.

Ahondando más en busca de evidencias de los primeros cultivadores en África del Sur, en la actualidad uno debe contentarse con incitantes y aislados atisbos de inexplicadas «anomalías» en el registro arqueológico. En los refugios de roca de Rodesia se han hallado, en estratos de la Edad de Piedra tardía, fragmentos de cerámica de paredes delgadas, completamente distinta a la más conocida cerámica posterior. Por su misma rareza, esta «cerámica Bambata» no puede ser un producto regular de los cazadores de la Edad de Piedra. Los fragmentos se extraviaron probablemente de otros contextos. Quizá vinieron de campamentos temporales, cuyas indicaciones superficiales, como las de sus contemporáneos de la Edad de Piedra, son tan ligeras que hoy resultan irreconocibles. Para poder sobrevivir amigablemente con los cazadores, la economía de estos ceramistas tuvo que ser muy diferente. Esto sugiere que los fabricantes de la cerámica Bambata eran agricultores.

En África del Sur, algunos pueblos de la Edad de Piedra tardía fabricaron sin duda cerámica. Montones de conchas a lo largo de las orillas de la Provincia del Cabo,

Distribución de objetos de la Edad de Hierro primitiva en el este de África, mostrando la posible secuencia de su difusión. Según Phillipson.



en Sudáfrica, son los restos de campamentos nómadas que vivieron principalmente de pescado y moluscos que capturaban en los estuarios del río o en las poco profundas aguas de entre mareas. Han sido denominados «strandloopers», nómadas de playa. Fabricaban cerámica de un modelo tan consistente que algunos arqueólogos creen que tiene que representar el final de una larga tradición cerámica. Si es así, es preciso contemplar sus orígenes fuera de Sudáfrica. No hay signos de su anterior desarrollo en la secuencia cultural local.

Los depósitos de la Edad de Piedra tardía en las cuevas costeras de Sudáfrica en la bahía Nelson, Bonteberg y Die Kelders en la Provincia del Cabo, datados entre el 135 a.C. y el 15 d.C., contienen huesos de ovejas domesticadas. También debieron de ser una introducción extranjera en Sudáfrica. Resulta difícil ver la cerámica y las ovejas como introducciones por mar desde Madagascar o Indonesia, aunque se ha sugerido. Es más probable un punto de origen más cercano, dentro del continente. Aunque todavía tiene que demostrarse.

Como veremos más adelante en este capítulo, hay indicaciones lingüísticas de una amplia población agrícola primitiva por todo el este de África. Pudieron muy bien haber precedido a los agricultores de habla bantú, que evidentemente representan una fase posterior del registro prehistórico. Quizá los primeros agricultores fueron los fabricantes de la cerámica Kantsyore en Kenia y la cerámica Bambata en Rodesia e introdujeron la cerámica y las ovejas a los pueblos de la Edad de Piedra tardía de la punta sur del continente.

La Edad de Hierro primitiva. Las evidencias de los primeros experimentos agrícolas en la parte este y sur de África son dudosas, fragmentadas e incoherentes. Su propia validez es discutible. En comparación, los cambios que siguieron fueron rápidos, generales y amplios. Representan la Edad de Hierro primitiva. Son fácilmente reconocibles por todas partes. Las nuevas sociedades y economías introducidas eran completamente distintas de sus predecesoras de la Edad de Piedra tardía. Los cambios afectaron a todos los aspectos de la vida. De hecho, el rompimiento con el pasado fue tan brusco y completo que sólo puede suponerse que refleja un cambio en la población. Este cambio, sin embargo, no fue necesariamente rápido o total. En algunas áreas los cazadores de la Edad de Piedra tardía coexistieron durante largo tiempo con los últimos agricultores y sólo fueron asimilados gradualmente por las sociedades con más éxito.

La Edad de Hierro primitiva ha sido tema de intensas investigaciones desde 1960. Antes de eso, la mayoría de los arqueólogos en África habían estudiado o bien la Edad de Piedra o los grandes y controvertidos monumentos. La Edad de Hierro primitiva estaba enteramente indocumentada y era demasiado remota para que las historias tradicionales fueran precisas o iluminadoras. En consecuencia, la arqueología parecía la única disciplina relevante para su investigación. Esto proporcionaba una particular pureza científica que atrajo a muchos trabajadores de campo. La Edad de Hierro primitiva sentó también los cimientos culturales de la vida tradicional africana tal como la conocemos hoy en día. Casi con toda seguridad esto se equipara a la ascensión de los pueblos de habla bantú, que hoy ocupan toda África al sur del ecuador. Su importancia fundamental para la prehistoria de las sociedades africanas fue muy clara.

Pese a su nombre, el hierro en sí es un elemento menor en la mayor parte de los conjuntos arqueológicos de la Edad de Hierro primitiva. Aun teniendo en cuenta el efecto corrosivo de los suelos ácidos y la lluvia tropical, muchos yacimientos primitivos contienen muy poco hierro elaborado. A lo largo de todo este período el hierro siguió siendo un material escaso, difícil de producir. Era considerado atractivo y lo suficientemente valioso como para utilizarlo en cuentas, brazaletes y otras piezas de joyería. Se usaba principalmente para pequeñas herramientas cortantes: navajas, puntas de flecha y puntas de lanza. Los objetos grandes –azadas y azadones– consumían tanto metal que representaban inversiones considerables. Eran usados durante tanto tiempo como era posible hasta que quedaban reducidos a meros muñones. Los restos eran entonces fundidos de nuevo. La tecnología del hierro nunca se desarrolló lo suficiente como para permitir la fabricación de objetos grandes, ya fueran espadas o rejas de arado.

Las menas de hierro utilizables podían ser extraídas del suelo casi en cualquier parte en África, aunque las mejores menas eran lo suficientemente raras como para permitir que algunas áreas se especializaran en trabajar y comerciar el hierro en períodos muy posteriores. La fundición del hierro es un proceso extremadamente complejo. Las menas tienen que ser trituradas y, a menudo, calcinadas. Es preciso quemar carbón. Los hornos tienen que cargarse con cantidades exactas de estos materiales. Hay que diseñar los hornos de tal modo que, al final del proceso de fundido, el metal y la escoria sean separables. Las temperaturas del fuego son altas y tienen que ser cuidadosamente controladas y mantenidas durante horas o incluso días. Lo más importante es que el aporte de aire al horno debe manipularse de una forma tan exacta que pueda producirse la acción química que reduce las menas oxidadas a metal puro.

Difusión del trabajo del hierro. La elaboración del hierro es un proceso tan complejo que la tecnología tuvo que llegar al África tropical procedente de otras áreas. Parecen existir dos fuentes posibles. Una es el reino de Meroe, en el Nilo superior. Debía buena parte de su

cultura a Roma y al Egipto faraónico. En consecuencia, aparece extraña y exótica en términos africanos. Su industria de fundición del hierro fue a la vez eficiente y prolífica desde aproximadamente el siglo IV a.C. Alternativamente, el conocimiento de la fundición del hierro pudo difundirse desde las ciudades fenicias del Norte de África, llevado por las caravanas que cruzaban el desierto del Sáhara o por los marineros fenicios en sus viajes costa Atlántico abajo. O quizás el conocimiento viajó hacia el oeste a través del Sudán. Ciertamente, la tecnología había alcanzado ya los bosques al sur del Sudán occidental en el siglo IV a.C. La cultura nok de Nigeria central estaba produciendo hierro por aquella época. Esta sociedad africana tradicional, con comunidades basadas en poblados que dependían de la agricultura para su subsistencia, pudieron ser el primer centro de tecnología del trabajo del hierro para el África negra. A partir del pueblo nok pudo difundirse hacia el este a través del Sudán hasta el África Occidental y del Sur. Falta una evidencia completa que confirme cualquiera de estas especulaciones. Poco, en las investigaciones de Meroe, el Norte de África o Nok, ha abordado hasta ahora la tecnología, orígenes, tipos de hornos u otros aspectos de la tecnología del trabajo del hierro. Hasta que esto ocurra, la especulación es un ejercicio infructuoso.

La fundición del hierro representó un avance tecnológico extremadamente significativo. Proporcionó herramientas y armas eficientes para protección, caza, limpieza del suelo y labranza en todo tipo de terrenos: bosque, monte bajo o prado. La economía de la Edad de Hierro primitiva estaba basada en una agricultura mixta. Todas las comunidades tenían ovejas o cabras. El ganado vacuno no era desconocido, pero su papel era pequeño en la economía de muchas áreas, en particular en el este. Las evidencias directas de cosechas –impresiones de granos o los propios granos carbonizados– aparecen raras veces. Sin embargo, no puede dudarse de su presencia. En las áreas seleccionadas para asentamientos, los poblados no podrían existir sin el plantado de las cosechas. Molinillos de mano, piedras de moler, recipientes para cocer, pozos de almacenaje y los cimientos de piedra de los arcones para guardar las semillas demuestran que los cereales eran cosechados y consumidos.

La evidencia más reveladora de la agricultura es la forma en que estaban distribuidos los patrones regionales de asentamientos para aprovechar las buenas tierras de labor. Esto ha quedado muy claro gracias a las investigaciones arqueológicas en Zambia. En los densos bosques de hoja caduca del norte, que cubren suelos arenosos comparativamente poco fértiles, los yacimientos son pocos y muy separados entre sí. Allá donde existen, sus depósitos son escasos. En los bosques densos, los yacimientos sólo aparecen en los bordes de los claros naturales fértiles, llamados *dambos*, donde las arcillas impermeables mantienen el suelo húmedo e impiden el crecimiento de los árboles. Los hormigueros, con su suelo enriquecido, atraían particularmente los asentamientos individuales. En las praderas más altas de la divisoria de aguas, los poblados estaban comparativamente juntos unos de otros. Muchos permanecían ocupados tanto tiempo que montones de cenizas y escombros marcan sus emplazamientos. En Rodesia los poblados estaban situados al pie de las colinas graníticas, donde los suelos ligeros derivados del granito son fáciles de trabajar, aunque no permanezcan fértiles durante mucho tiempo.

Todos los poblados de la Edad de Hierro primitiva tenían un carácter general muy común. Las chozas estaban hechas con anillos de delgados postes enhiestos, clavados en el suelo y enlucidos con arcilla o *daga*. Presumiblemente estaban recubiertos con techos de bálago. La mayoría eran estructuras muy simples. Todos eran utilizados probablemente como moradas, varias chozas para una familia. No había edificios especializados o públicos. No hay el menor signo de diferencias en la disposición o tamaño de los edificios. Como tampoco hay ninguna indicación de diferencias en especializaciones ocupacionales, riqueza o status. Las chozas no tenían ninguna de las elaboradas decoraciones de arcilla moldeada y mobiliario que se encuentran en las casas de períodos posteriores. Los poblados cubrían varias hectáreas. Muchos se habían establecido en las llanuras abiertas. Raras veces, si alguna, necesitaban buscar el amparo y la protección de las cimas de las colinas o las cuevas. Al parecer no había ninguna razón para tomar medidas defensivas.

Evidencias arqueológicas. Los arqueólogos reconocen la Edad de Hierro primitiva por su cerámica. Hay una clara unidad de estilo en todas partes, desde Uganda hasta el Transvaal. Los materiales eran gruesos y arenosos y habían sido horneados para producir un color rojo uniforme. Las vasijas más características eran achaparradas, de cuello corto, curvadas hacia fuera y decoradas con acanaladuras hechas en la arcilla aún húmeda formando líneas horizontales o dibujos curvilíneos. Se ha utilizado el análisis detallado de los ensamblajes cerámicos para definir las variantes regionales. En la actualidad se han reconocido al menos 16, siete de ellos en Sambia. Se han efectuado varios intentos de agrupar esas variantes en complejos más amplios, a fin de discernir modelos de cambio y difusión. Esto resulta particularmente difícil por la extraordinaria y universal falta de cambios a lo largo del tiempo en la mayor parte de la cerámica de la Edad de Hierro primitiva. Los ceramistas eran tan conservadores que, en muchos casos, conjuntos separados por un millar de años son indistinguibles. Sólo en una industria rodesiana y otra zambiana del sur pueden distinguirse fases temporales en el estilo de la cerámica, tres en cada caso.

Los poblados de la Edad de Hierro primitiva eran casi enteramente autosuficientes, y había poca necesidad económica de establecer sistemas de intercambio. Sin embargo, había un cierto comercio en objetos de lujo. Casi en cada excavación de la Edad de Hierro primitiva aparecen unas cuantas chucherías de cobre. Las menas de cobre en el este de África son mucho más limitadas en su distribución que las menas de hierro. El año 700 d.C. eran explotadas las ricas y fácilmente accesibles menas de cobre del sur del Zaire y el norte de Zambia. El metal era comerciado en lingotes y en hilo.

Hay algunos signos de que existieron contactos con comerciantes extranjeros en el sudeste de África casi desde el principio de la Edad de Hierro primitiva. Se han hallado ocasionales conchas marinas, en particular cauríes del océano Índico, y cuentas de cristal, incluso en los yacimientos de la Edad de Hierro más primitiva en Rodesia. A finales del primer milenio d.C. puede reconocerse un flujo regular de importación de cuentas de cristal. A juzgar por la uniformidad de las cuentas, todas ellas procedían de una misma fuente. Ésta debió hallarse fuera de África, probablemente en la India. Pero las cantidades importadas eran muy pequeñas. La independencia local de la economía de cada poblado apenas resultó afectada. La especialización en la producción, distribución o comercio estaba todavía en el futuro, con la Edad de Hierro tardía.

En la actualidad, el más completo y convincente estudio de los orígenes y difusión de la Edad de Hierro primitiva lo ha efectuado David Phillipson. Tras tomar 163 dataciones por el método del radiocarbono de muestras obtenidas en excavaciones de yacimientos de la Edad de Hierro primitiva por todo el este de África, y utilizar un modelo estadístico para ellas, que minimiza las dataciones con más posibilidades de ser anómalas y producir confusión, Phillipson ha demostrado que existe una clara secuencia cronológica en las industrias de la Edad de Hierro primitiva. Utilizando análisis tipológicos de los estilos cerámicos, ha producido un modelo de relaciones estilísticas en la cerámica que cubre toda el área. Una correlación de estos dos conjuntos de datos proporciona un cuadro detallado de la difusión de la Edad de Hierro primitiva. Los yacimientos más antiguos, que datan aproximadamente del 300 a.C., son de las orillas norte y oeste del lago Victoria. Las piezas más cercanas en estilo a éstas son las halladas costa este abajo, empezando cerca de la frontera de Tanzania aproximadamente el 150 d.C. y cruzando Malawi, el Transvaal y probablemente el sur de Mozambique en los siguientes dos siglos. La Edad de Hierro primitiva alcanzó Rodesia muy poco después. Las piezas rodesianas tienen un estilo similar al de la corriente oriental. Hacia el oeste, en dirección al interior, una «corriente occidental» más lenta y más diversa y heterogénea está datada alrededor del 480 d.C. en Zambia. Alcanza la máxima expansión de la corriente oriental en las inmediaciones de las cataratas Victoria, menos de un siglo más tarde.

Siguiendo este esquema, los orígenes de la Edad de Hierro primitiva deben buscarse al norte y al oeste de Uganda –probablemente en el Chad o la República Centroafricana–, áreas que en su mayor parte se hallan arqueológicamente inexploradas. Las praderas sudánicas de estos países son el hogar natural de muchos cereales indígenas africanos. Forman un cinturón de fáciles comunicaciones que se extiende desde el oeste hasta el Nilo superior y Etiopía. El Sudán es también un área que recibió los restos de los pastoreadores saharianos cuando sus hogares se secaron y se convirtieron en un desierto inhabitable. Parece que está empezando a emerger un único modelo general, que marca desde el inicio de la vida en poblados de África hasta la remota antigüedad en el Sáhara en una única secuencia continua de acontecimientos relacionados.

Evidencias lingüísticas. Puede traerse más a la vida la Edad de Hierro primitiva cuando uno se da cuenta de que probablemente se equipara con los primeros pueblos de habla bantú en el este de África. Sin documentos e inscripciones, una correlación entre una cultura prehistórica y un grupo de lenguajes jamás puede demostrarse directamente. No puede ser nunca más que, en el mejor de los casos, una suposición muy intensa. Sin embargo, en este caso, hay muchas indicaciones sugestivas. Las formas sociales, economía, arquitectura, parecen ser idénticas. De acuerdo con las evidencias internas, los lingüistas dan a los lenguajes bantúes una edad similar a los de la Edad de Hierro primitiva. La distribución de ambos es idéntica. Desde la Edad de Hierro primitiva no ha habido cambios en población o cultura a la escala representada por ella. No hay acontecimientos posteriores en el registro arqueológico que puedan igualarse a la difusión de los pueblos de habla bantú. Tanto las culturas prehistóricas como los lenguajes bantúes exhiben una diversidad similar dentro de la unidad. En ambos hay un amplio abanico de variantes regionales, entre las cuales puede trazarse una compleja serie de interrelaciones.

En su manejo de las cuestiones relativas a las relaciones entre grupos arqueológicos y lingüísticos, los prehistoriadores se han visto obligados a utilizar una información muy incompleta. Los datos arqueológicos, en particular, derivan casi enteramente de programas de investigación que raras veces toman en consideración implicaciones lingüísticas. En general se preocupan por cuestiones muy diferentes. Esto significa que los datos contienen todo tipo de prejuicios inintencionados y ocultos. Para demostrar cuánta precaución es necesaria, puede ponerse como ejemplo el ampliamente aceptado modelo de la expansión bantú que aceptó la hipótesis lingüística de Malcolm Guthrie de un origen o núcleo

primitivo de habla bantú al sur de los bosques ecuatoriales, en el sur del Zaire. Tomó las primeras seis u ocho fechas del radiocarbomo para la Edad de Hierro primitiva y sugirió que mostraban una difusión que irradiaba desde el sur del Zaire. Los cínicos podrían señalar que los orígenes tanto de la Edad de Hierro primitiva como de los pueblos de habla bantú quedaban así convenientemente situados en un área que estaba arqueológicamente vacía e inexplorada. (Lamentablemente, las áreas clave para la hipótesis de Phillipson también se hallan en territorios arqueológicamente desconocidos.) La hipótesis de Guthrie no sólo ha demostrado ser insostenible; los datos arqueológicos con los que se correlacionaba eran lamentablemente inadecuados para ser manipulados de esta forma.

Las evidencias lingüísticas hacen hoy indiscutible que los lenguajes bantúes se originaron en algún lugar cerca de la frontera de Nigeria y el Camerún, en el borde del bosque tropical en el ángulo extremo noroeste de su actual distribución. Los bosques tropicales del Zaire resultaron probablemente una barrera impenetrable a la expansión meridional de los primitivos agricultores bantúes. Debieron eludir el bosque hacia el norte y moverse hacia el este a través del Sudán. Esto encaja de forma excelente con las sugerencias de Phillipson.

Los estudios lingüísticos de Christopher Ehret tienen una importante conexión con la correlación Edad de Hierro primitiva-bantúes. En un estudio detallado de las palabras tomadas de prestado, Ehret ha demostrado cómo los lenguajes bantúes del este y del sur de África han tomado prestados sucesivos conjuntos de palabras extranjeras. Ehret cree que la fuente de estas palabras fue un grupo lingüístico sudánico central, ahora casi enteramente extinto, cuyo lenguaje hoy en día es identificable sólo a través del pequeño grupo de palabras que sobreviven en los lenguajes bantúes vivos. Este prestamismo lingüístico connota interacciones culturales. Si un conjunto de palabras prestadas se conecta con una tecnología específica, esto tiene que indicar que la tecnología fue adquirida de la misma fuente que las palabras prestadas. Las palabras que el pueblo bantú tomó prestadas de los grupos sudánicos centrales son todas ellas palabras relacionadas con el ganado vacuno y la agricultura de los cereales. Si Ehret tiene razón, parece que tiene que haber existido una amplia población primitiva de agricultores que cultivaban el mijo y el sorgo, tenían rebaños de ganado vacuno y ovejas y vacas lecheras, y transmitieron el conocimiento de estas prácticas a los grupos de habla bantú. Ehret cree que estas interacciones tuvieron lugar dentro del África oriental. Varios estadios del proceso están marcados por sucesivos conjuntos de palabras prestadas, compartidas por grupos más amplios o más reducidos de habla bantú.

Los de habla bantú no son los únicos pueblos que tomaron prestadas palabras conectadas con la producción de alimentos de los pueblos de habla sudánica central. El khoin es el lenguaje de un pueblo bosquimano, los descendientes indiscutidos de los cazadores-recolectores de la Edad de Piedra tardía del sur de África. También contiene palabras sudánicas centrales para varias prácticas agrícolas.

Si los dos grupos de lenguajes compartieron una prolongada asociación, cabe suponer que la economía de cereales y ganado vacuno sudánica central estaba mejor adaptada a las altas praderas abiertas, mientras que los agricultores de habla bantú vivían en un entorno más cálido y húmedo, con una economía basada predominantemente en los vegecultivos, el cultivo de ñames y plátanos. Cuando los pueblos de habla bantú obtuvieron ganado vacuno y cereales, pudieron adoptar una economía agrícola mixta. Esto les permitió dispersarse por todo el este de África y extinguir a los pueblos de habla sudánica central.

Los intentos de establecer una correlación detallada entre industrias arqueológicas regionales y lenguajes y dialectos bantúes debe permanecer a nivel especulativo hasta que se disponga de más datos arqueológicos. Pero los prehistoriadores se están formulando ya el tipo de preguntas que prepararán el camino para el siguiente estadio de investigación. ¿Se correlacionan las dos corrientes de la Edad de Hierro primitiva con las dos divisiones principales dentro de los lenguajes bantúes, el bantú oriental y el occidental? Los lenguajes sudánicos centrales, que Ehret cree que se establecieron en el este de África antes que los bantúes, ¿se equiparan con la Edad de Hierro primitiva y los bantúes con la Edad de Hierro tardía? ¿Puede equipararse la Edad de Hierro primitiva con el bantú oriental y la Edad de Hierro tardía con el bantú occidental? ¿Tuvo lugar la interacción sudánico central-bantú, examinada con tanto detalle por Ehret, por todo el este de África como él supone? ¿O se produjo la interacción en la actual frontera entre el habla bantú y sudánica, y de ahí se extendió hacia el sur? ¿Es el Sudán el lugar donde la Edad de Hierro primitiva obtuvo la experiencia agrícola que impulsó su expansión?

Estas preguntas todavía no tienen respuesta. Sin embargo, la contribución de los estudios sobre la Edad de Hierro primitiva con respecto a la prehistoria africana poseen un significado clave. La Edad de Hierro primitiva proporcionó a África los cimientos de una organización social, basada en poblados autónomos y autosuficientes, sin clases y con base en la familia, que sobrevivieron en enormes áreas del continente hasta los tiempos coloniales. Su economía estaba basada en una agricultura de subsistencia mixta. Su artesanía en una cerámica y un trabajo de los metales sencillos. Sobre estas bases, en unas pocas áreas afortunadas con recursos minerales y comunicaciones con el mundo exterior iban a desarrollarse organizaciones sociales más complejas: los reinos y estados del último milenio.

Arquitectura tradicional

Los edificios tradicionales de África reflejan la historia del continente. Algunos no parecen ser más que refugios, que responden de la forma más simple a un entorno duro. Pero siempre hay más que eso. Los edificios cierran un espacio. Las cualidades espaciales reflejan la filosofía de una sociedad, su historia, sus ideales y sus creencias. Las estructuras tradicionales se hallan imbuidas de simbolismo. Las nuevas formas sociales desarrollan una nueva estética.

Los modelos de asentamientos reflejan la relación del hombre con la tierra. Racimos de casas con techo de bálago ejemplifican el hogar del campesino: igualitario y autosuficiente. Continúan un modelo de la Edad de Hierro primitiva. Los poblados crecen a capitales. *Zimbabwe* o las tumbas de los reyes buganda manifiestan el nuevo poder, y una continuidad con las antiguas estructuras. El Islam trajo nuevos valores. Las mezquitas representan algo más que adoración: refugio, caridad, aprendizaje, relaciones sociales: las virtudes urbanas. Los pueblos de los bosques del oeste de Nigeria se hallan entre los más sociales de África. Los patios intensifican y promocionan la intimidad pública que alientan, mientras que las laberínticas complejidades de sus palacios reflejan las múltiples responsabilidades de un gobernante divino.

Abajo: Un círculo de casas familiares, cubiertas con esteras y pieles, de los samburu, pastoreadores nómadas de los matorrales desérticos del norte de Kenia.







Arriba: Ganvie, en Benín, es un poblado de pescadores akanos, originalmente refugiados de las guerras del siglo XIX, que han desarrollado una adaptación única a los recursos del lago Nokwe. Las casas poseen un armazón de postes de mangles y los lados abiertos para permitir que la ventilación alivie la humedad.

Izquierda: Un poblado de pastoreadores karamojong del norte de Uganda, empalizado contra depredadores e incursores, con su más valiosa posesión, el ganado vacuno, encerrado en corrales en el centro del asentamiento.





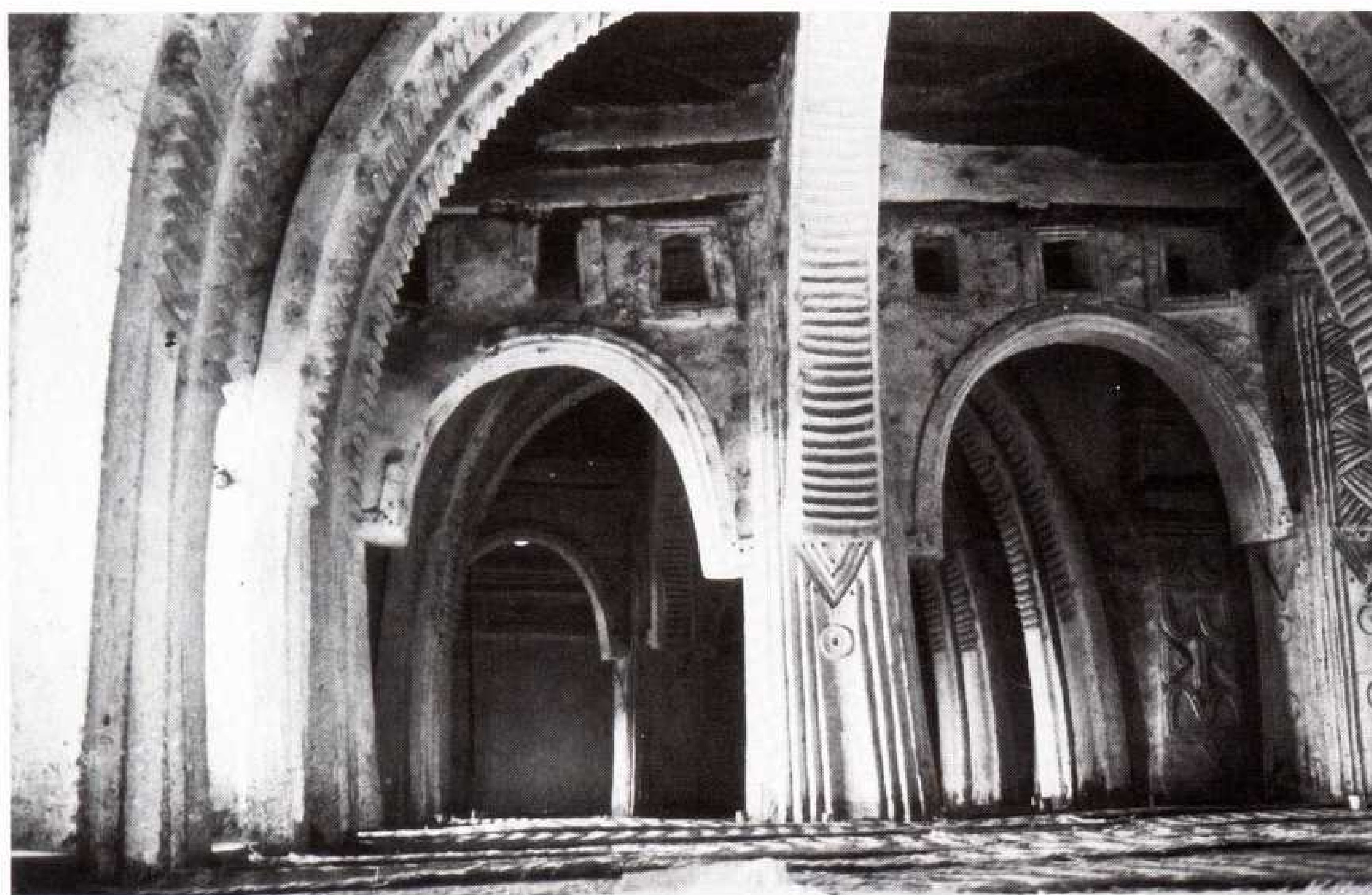
Página opuesta abajo: Un pequeño poblado de agricultores nupe al borde del bosque nigeriano. El mijo es su alimento principal, y los depósitos de grano son un elemento arquitectónico importante. El cercado continuo exterior refleja la necesidad de protección e intimidad y además un fuerte sentido escultórico.

Arriba: La tumba de los últimos tres kabakas, reyes de la Buganda precolonial. Estaba protegida y cuidada hasta muy recientemente por mujeres de la corte real, las «viudas» de los kabakas. El revestimiento es mantenido y renovado constantemente. Para los bugandas, era el epítome de la majestad y la continuidad, la presencia permanente de sus reyes.

Abajo: En el norte de Tanzania, las *tembe*, grandes casas comunales de techo plano, cubiertas con tierra y sostenidas por un armazón de postes, son construidas –como un expediente contra las incursiones– por varios grupos que suelen vivir en chozas de techo de bálago redondas y aisladas. Éstas se hallan cerca de las orillas del lago Manyara, en el este del Rift Valley.







Las mezquitas del oeste del Sudán reflejan el carácter comercial urbano de los estados comerciantes islámicos. En el seco clima, los techos planos y las paredes de barro son posibles pero necesitan una constante renovación. Los diseños pueden ser antiguos aunque el revestimiento sea nuevo. Así, la Mezquita del Viernes en Jenne *(arriba)* se remonta al siglo XIV, cuando la ciudad estaba en la cúspide de su prosperidad. La mezquita Zaria *(izquierda)* refleja las conquistas fulanis en el Sudán a principios del siglo XIX. Nuevas formas arquitectónicas –cúpulas, bóvedas y arcos derivados de los restos romanos del Norte de África– buscan conscientemente expresar el nuevo sistema de estado. Pero estas formas ya no fueron expresadas en piedra sino en flexibles maderos doblados en formas curvas, encajados en la tierra y revestidos con arcilla.





La civilización suahili en el este de África halla su expresión arquitectónica a través de materiales distintos y en un clima muy diferente del de sus contemporáneas en el lejano oeste, aunque ambas comparten los mismos valores. El coral y sus productos inducen una sensación de frescor, unidad y calma. La hospitalidad se promociona a través de habitaciones de recepción de un tamaño imponente y una decoración elaborada. El Palacio de Djombe en Domoni, en las islas Comoro *(arriba)*, probablemente un edificio del siglo XVIII, es un recordatorio de lo que fue en su tiempo la vida en el interior del continente. Pueden encontrarse pequeñas mezquitas, sin pretensiones arquitectónicas, en cada barrio de una ciudad. La Mezquita Msangani en Moroni, capital de los comoros *(abajo)*, es un ejemplo.



Etiopía ha sido cristiana desde el siglo IV. Cada iglesia posee un santuario interior completamente cerrado, al que sólo entran los sacerdotes, con un exterior lleno de ricos frescos; un claustro o deambulatorio interior; y un espacio exterior o porche para la masa de la congregación... Las iglesias circulares como la iglesia monasterio en las orillas del lago Tana en Zeghie *(arriba)* son innovaciones comparativamente recientes (post siglo XVI). Los *tankwas*, botes de papiro de diseño antiguo, se apoyan contra la pared exterior del deambulatorio de San Gabriel en la isla Kebran en el lago Tana *(izquierda)*. El techo de la iglesia incorpora el mismo material. Las ventanas en el porche exterior en Zeghie *(abajo)* son un pálido reflejo externo de las riquezas que se ocultan dentro.

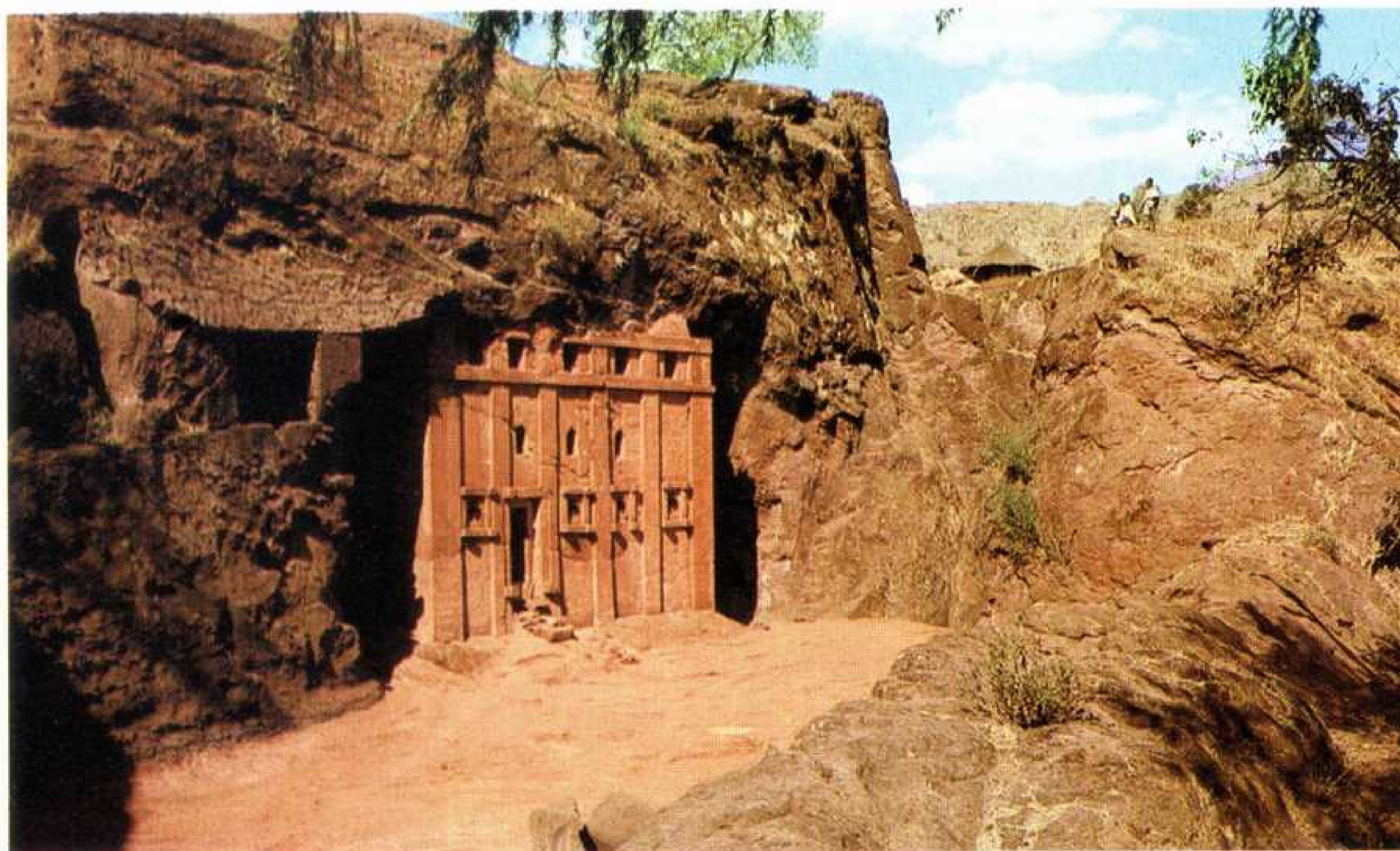






Las iglesias de Gondar rompieron con el estilo imperial de Aksum y evolucionaron hacia el estilo rígido de las pinturas de la corte inspiradas por los misioneros portugueses del siglo XVI. Los serafines alados que cubren el techo de la iglesia del siglo XVII de Debra Berhan Selassie *(izquierda)* refleja esto, al tiempo que retiene su propio sabor etíope, intenso e individual.

Una serie de iglesias fueron talladas en la misma roca en Lalibela a principios del siglo XIII. La iglesia de Abba Libanos *(abajo)* tiene una fachada tallada que imita muchos rasgos de los palacios aksumitas. Los alrededores de las ventanas bajas reflejan en particular los maderos que se entrelazan y proyectan y que eran una característica estructural aksumita para reforzar las paredes de piedra blanda.





Extremo izquierda: Un patio dentro del palacio de un gobernante yoruba, el ogoga de Ikere Ekiti, en el oeste de Nigeria. Los postes están tallados con figuras de reyes y deidades yorubas. La figura sentada es el ogoga, que lleva una corona de cuentas. Cada patio tiene un altar dedicado a una deidad diferente, y es el escenario de ceremonias y sacrificios regulares. Un palacio tendrá una gran cantidad de estos patios, mientras que en un complejo familiar la vida se centra en un único y gran patio, escenario de todas las tareas domésticas y todas las relaciones sociales.



Izquierda: Los templos, particularmente entre los yorubas, pueden ser un árbol, una roca natural o tallada o la estructura más trivial. No tienen que ser necesariamente monumentales. El templo de Ogun Laadin –dios del hierro– en el palacio de Ife incluye una talla de piedra de un pez y un gran bloque de hierro forjado, modelado como una lágrima.

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

ORIGENES DEL HOMBRE

43

Los Reinos de Africa (I)

folio